RUDOLF ALLERS O EL ANTI-FREUD

LUIS JUGNET

RUDOLF ALLERS
O
EL ANTI-FREUD

Traducción directa del francés de:
Benjamín Agüero

PLANTIN
Editorial *Librería*
Buenos Aires

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAISES.

Copyright Plantin, S. R. L., Buenos Aires, 1952.

INTRODUCCION

Mientras en los medios intelectuales franceses (los católicos a la cabeza) se considera el pensamiento freudiano como una adquisición definitiva de la ciencia, y mientras las resistencias en nuestro país se hacen cada vez más raras, fuera de él se cumple un vasto trabajo. Entre los autores cuya obra habrá de perdurar, Rudolf Allers [1] *merece lugar aparte. A*

---

1 *Rudolf Allers*, nació en Viena en 1883. Médico clínico en Praga. Estudios clásicos de psiquiatría con *Kraepelin*, etc.... Sus primeros trabajos no lo orientaron hacia la psicología, sino que recayeron sobre problemas de medicina pura, a propósito del metabolismo de las enfermedades mentales y de la fisiología del sistema nervioso. Desde entonces, no ha perdido contacto con estas cuestiones y nos pide lo recordemos. Instituto de Fisiología de Viena. Profesor libre de psiquiatría en la Universidad de Viena y de Munich. Además de su doctorado en medicina logra grados académicos (Doctor en filosofía escolástica). Ganado por las ideas de *Alfred Adler*. Ruptura con éste en 1927. Un error de información nos había hecho escribir en nuestro estudio en "Pensée catholique", nº 9 ("A propos de la Psychanalyse") que el maestro era israelita convertido. En efecto, ha nacido de matrimonio católico, ha sido bautizado en su tierna infancia, y no puede ser calificado de convertido, como él mismo nos lo ha hecho notar, bondadosamente, sino en el sentido de que el Catolicismo bastante tarde comenzó a obrar en su pensamiento... Deja Austria ante el hitlerismo. Profesor de psicología en la *Catholic University of America* de Wáshington (School of Philosophy), después en la Georgetown University de la misma ciudad. Cuarenta años de estudios psiquiátricos, treinta de práctica psicoterapéutica.

La obra de *Allers* es considerable. No podemos dar sobre ella, aquí, una biografía exhaustiva. El mismo abiertamente nos ha aconsejado que no lo hagamos. Mencionemos sin embargo:

Colaboración en el *Traité de Psychologie comparée* de C. Kafka, por una "Psychologie de la vie sexuelle" (T. III, Munich); "Medizinische Charakterologie" (en *Traité de Biologie et de Phatologie de la personnalité*, edición Brugsch et Lévy, Berlín, 1927). "Arbeit, Ermündung und Ruhe" (en *Traité d'Hygienie sociale*, edición Gottsen, Berlín, 1928) y, sobre todo, "Das Werden der Sittlichen Person" (Friburgo, Herder), traducido al flamenco (Gante, 1931) y al portugués (Río de Janeiro, 1948), en inglés bajo

pesar de esto sus ideas continúan siendo ignoradas entre nosotros, no sólo del gran público (lo que es comprensible) sino también (y ello, seguramente, es menos excusable) de los peritos mismos.

No es que, a veces, no se encuentren a su respecto elogiosas apreciaciones. Un pedagogo belga ve en él a uno de los maestros católicos de la psicología contemporánea. Un sacerdote caracterólogo lo calificaba, hace algunos años, de "tomista reputado y psiquíatra sagaz", y veía en él a "una de las personalidades más sobresalientes de la ciencia católica austríaca". El adleriano Olivier Brachfeld *lo consi-*

---

el título: "The Psychology of Character" (trad. Strauss, Sheed and Ward, Londres, 1932). "The New Psychology" (Londres-Nueva York, 1931). "Self-Improvement" (Nueva York, 1939). Una edición de Dublín, en 1942, lleva el título: "Difficulties of life". Existe, igualmente, una traducción holandesa (Tilburgo, 1947). "Character Education in Adolescence" (Nueva York, 1940). "Sex-Psychology in Education" (Raemer Saint-Louis, EE. UU. de N. A., 1937). "Heilerzrehung bei Abwegigkeit der Charakter" (Colonia, Einsielden, 1934). "Temperament und Charakter" (Munich, 1932). Sobre el freudismo, "Ueber Psychonalayse", fué publicado primero en 1920, como cuaderno suplementario de la Montschrift für Neurologie und Psychiatrie. Citemos sobre todo: "The Successful Error" (Sheed and Ward, Londres, 1941), traducido al portugués (Porto, 1946) y al holandés (1948). Desgraciadamente, ahora no es posible encontrar muchos de estos textos .

Añadamos a esta lista numerosísimos artículos publicados en varios periódicos: "Zeitschrift für die gesammte Neurologie und Psychiatrie", "The New-Scholasticism", "The Thomist", "Thought", "Franciscan Studies", Wiener Zeitschrift für Neurologie und Gregsgebiete", "Etudes Carmélitaines", etc....

Desde el punto de vista propiamente filosófico, citemos una traducción alemana con notas del "De Ente et Essentia" de Santo *Tomás de Aquino* (Viena, 1936) y una traducción a la misma lengua de las obras filosóficas de San *Anselmo*, con una introducción de 250 páginas y 90 páginas de notas (Viena, 1936). Además, artículos como "Evaluation and the Vis Cogitativa" (The New-Scholasticism 1941). "The Cognitive aspect of Emotion" (The Thomist, 1942). Igual publicación: "The intellectual cognition of particular according to St. Thomas"; además: "Darkness, Silence and the Nought". En el volumen titulado "Essays in Thomism" (E. R. Brennen): "Intellectual cognition". In "Franciscan Studies"; "Abstraction and Intuition", etc....

dera como a uno de los mejores representantes de la alta psiquiatría actual (son éstos sus propios términos). Gustave Thibon, *que conoce la obra de* Allers *y la aprecia grandemente, a él envía a sus lectores no pocas veces. El R. P.* Gemelli, *muy conocido rector de la Universidad del Sagrado Corazón de Milán, y cuya doble competencia en materia de filosofía y de ciencias es notoria, escribió hace tiempo un prefacio sumamente elogioso para la obra principal de* Allers. *Conocemos algunos personajes universitarios parisienses que hablan favorablemente de esta importante obra. Pero, éstos, son testimonios aislados que poco pueden contra un silencio casi general entre nosotros.*

Hemos querido remediar en parte esta falta inconcebible. El presente opúsculo no pretende, de modo alguno, ser exhaustivo. Trata de dar una idea sumaria y fiel a la vez, clara y precisa, de una obra cuya importancia nos parece capital en el siglo XX. Algunos, tal vez, querrán comprender después de leernos sin prevención, que ya no hay que aceptar más tantas ideas rectoras de una psicología naturalista heredada del siglo XIX en lo que tiene éste de más caduco...

No se trata, por otra parte, de proponer algo principalmente negativo: no se destruye sino lo que se reemplaza. La crítica (tan vigorosa y decisiva a nuestro entender) del maestro austro-americano no es, ni con mucho, el todo de su obra: Ella no tiene por objeto sino hacer sitio nítido para una antropología total, es decir, espiritualista y cristiana, que pide a la "Philosophia perennis" y al auténtico espíritu de la Iglesia los temas centrales de su inspiración.

Es decir, nuestro librito se dirige sobre todo —pero no exclusivamente— al público católico. Así como ha podido oponerse a las estériles cogitaciones de la etnografía atea los admirables trabajos de W. Schmidt *y de su escuela, con la revista "Anthropos", sobre el monoteísmo primitivo entre los pigmeos; así como a las fantasmagorías seudocientíficas de un evolucionismo tan vasto en sus pretensiones como feble en sus fundamentos, se ha podido responder con la excelente obra de* Louis Vialleton *y, más recientemente, con la de los biólogos alemanes de la "Idealistiche Morphologie"* [2]*, así podemos nosotros oponer a la ola freudiana y naturalista que invade hasta nuestras revistas de espiritualidad, la obra de un especialista eminente en caracterología y psicopatología, que es, al mismo tiempo, un filósofo cristiano.*

Gracias a nuestro conocimiento de las obras-claves del maestro, a nuestras reflexiones sobre ellas, a nuestro contacto personal con los casos más concretos, y, más aún, a las numerosas aclaraciones que Rudolf Allers *ha tenido a bien proporcionarnos no* obstante la multiplicidad de sus tareas (lo que le

---

2 Un sabio italiano declaraba recientemente (1947) que las ideas defendidas tan vigorosamente por el llorado Louis *Vialleton*, decano de la Facultad de Medicina de Montpellier, en el "Origine des Etres vivants" (Plon) y "Membres et Ceintures des Vertébrés tétrapodes" (Doin) conservaban todo su valor, toda su actualidad, y no podían ser monespreciados sino por los aficionados a hipótesis gratuitas. Citemos, además, entre los sabios franceses, al profesor *Lefevre* ("Manuel critique de Biologie", Masson) y al profesor *Rouvière*, miembro de la Academia de Medicina. Entre los alemanes cuéntanse por decenas, en estos últimos años, las obras hostiles a la mitología evolucionista. Mencionemos a Oscar *Kuhn*, *Von Uexkull*, *Gehlen*, *Standinger*, etc. Hemos dado una ojeada a sus ideas en el nº 11 de "Pensée catholique", bajo el título "Science allemande, Théologie romaine et Evolution". Un amigo nuestro, médico y biólogo catalán, prepara una obra sobre estos problemas.

agradecemos una vez más), hemos pensado que podíamos llevar a cabo esta tarea. Exponemos aquí las ideas del maestro austro-americano, con la simpatía que le profesamos, sin duda, pero eclipsándonos ante nuestro autor, excepto para algunos detalles de presentación.

Esperamos que nuestra realización, por imperfecta que sea, no esté demasiado por debajo de nuestras intenciones, puesto que el mismo Allers *ha tenido a bien escribirnos personalmente, después de haber conocido en detalle nuestro texto y haberlo anotado abundantemente:*

"En la medida en que un autor es juez de su obra, me parece que no se hubiera podido presentar mis ideas de una manera más clara, ni resumirlas tan bien en tan pocas líneas. No sin cierto embarazo he leído su introducción, que es más elogiosa de lo que yo merezco. Con todo, sería sumamente dichoso si su libro contribuyese a hacer conocer estas ideas al público francés... Su texto no tiene necesidad de ser ampliado... salvo, acaso, en lo que concierne a la deshumanización implicada por el psicoanálisis... De hecho, encuentro notable su conocimiento de la producción no francesa. Aquí, la mayoría de los autores, aun cultos o sabios, casi no leen revistas o libros publicados en otra parte... No sé cómo agradecerle. Es un trabajo enorme el que usted ha emprendido y ejecutado tan bien..." (Carta del 10 de enero de 1950.) Esta apreciación nos anima a publicar este ensayo.

Aunque Allers *posee una formación filosófica profunda, con todo no es este aspecto no despreciable de su obra el que nos detendrá al presente, sino más*

bien sus perspectivas psicopatológicas y caracterológicas, indisociables, por lo demás (como la de sus adversarios, pero de una manera consciente y justificada), de una vista de conjunto del hombre y del Universo.

Toulouse, enero de 1950.

Capítulo I

LA CRITICA DEL FREUDISMO [1]

"¿El psicoanálisis llevaría, pues, en sí un germen de muerte?"

(Dr. Hesnard, en 1943.)

"...El Dr. *Allers* muestra que el psicoanálisis mismo debe ser abandonado y por qué. Muestra que las teorías de Freud son falsas en su base, y que Freud mismo está en falta constantemente frente a los hechos. Da a los freudianos una buenísima ocasión de responder". Este encabezamiento del editor inglés de "The Successful Error" [2] parecerá duro a muchos, tanto más cuanto que la impresión producida es aún reforzada por el contenido de la obra. Sin embargo, esperamos que un estudio honesto de lo que sigue hará reflexionar al lector más enamorado de la verdad que acorde con la moda intelectual, por tiránica que ésta sea.

En el presente capítulo nos contentaremos con ha-

---

1 En un estudio consagrado a la misma cuestión ("A propos de la Psychanalyse", *Pensée catholique*, nº 9, pp. 40-56) hemos desarrollado una argumentación personal un poco diferente a la que se va a leer, que se mantendrá mucho más directamente en contacto con la carta de Allers.

2 Sheed and Ward, Londres, 1941. Este libro es para su crítica del freudismo, lo que "Das Werden..." o "The Psychology of Caracter" son para la exposición personal y sistemática de sus propias ideas (ver Bibliografía y Cap. II y III). Sin hablar de obras menos importantes que se irán citando en este libro. Cf., por ej., "Ueber Psychoanalyse", Berlín, 1922.

cer valer lo esencial de la crítica allersiana contra Freud, sin perjuicio de modificar el orden en el cual los argumentos han sido cronológicamente expuestos, y esto por razones puramente prácticas, diríamos: pedagógicas.

Bien sabemos que, en ciertos medios, se nos echará en cara "no ser médico" (y, por ende, que no podemos hablar congruamente de psicoanálisis). A nuestro parecer, es fácil la respuesta. Primero, si no somos médico, Allers lo es, ¡y de qué *práctica* manera!, pues ejerce la psiquiatría desde hace decenas de años. En segundo lugar, poseemos una formación psiquiátrica que no es del todo despreciable, pues se estrenó ya hace veinte años con cursos en asilos y hospicios (éramos entonces estudiante de filosofía) para continuar poniéndonos al corriente, muy concienzudamente, de la literatura psiquiátrica. Además, tenemos amigos médicos que no se mostraron avaros en informes clínicos. Mucho más: hemos visto de cerca, *personalmente*, un cierto número de "casos" interesantes y característicos. Recordemos, en fin —argumento "ad hominem"...— que Freud, así como la mayoría de los psicoanalistas ortodoxos o disidentes, declaran que prefieren en estas materias los psicólogos no médicos a los médicos de carrera. Muchos psicoanalistas extranjeros no son médicos.

Los freudianos, insistiendo, objetan que no se puede hablar convenientemente de psicoanálisis si *uno mismo* no ha sido psicoanalizado. Yendo más lejos, tienen la lamentable costumbre de explicar mediante represiones e inhibiciones (esencialmetne sexuales) las oposiciones que se formulan a sus vistas. Debe-

mos decir una palabra acerca de esta manera de argumentar.

Decir que todos los adversarios del psicoanálisis se le oponen a causa de sus propios complejos, no es muy serio. *Allers* tiene mucha razón de decir que "esta manera de razonar es *única* en la historia del pensamiento y de la ciencia". La doctora Madeleine *Cave*, en "L'oeuvre paradoxale de Freud", en el capítulo II lo confiesa no sin candidez, bajo el título: "Situación *única* en que se encuentra el psicoanálisis con relación a las otras ciencias". Autores independientes, como el profesor *Lhermitte*, no dejan de protestar vigorosamente contra este procedimiento de discusión: "En verdad, una dialéctica tal de parte de médicos no puede sino sorprender... Semejante argumentación es *indigna del espíritu científico*" ("Qu'est-ce que la Psychanalyse", en "Réflexions sur la Psychanalyse", Bloud, p. 12). La señora *Cave* misma reconoce, con cierto humor, que el procedimiento es poco probatorio: "Sería menester, entonces, concluir sin reirse que los psiquíatras que durante mucho tiempo han sido reacios al psicoanálisis están más reprimidos sexualmente que los literatos que han aceptado sus tesis sin distinción; que el señor Ch. *Blondel*, al rechazar el psicoanálisis después de una simple lectura, está más reprimido que el señor *Dalbiez* que lo acepta con algunas reservas después de haberlo practicado, y que este último está sin embargo mucho más reprimido que los psicoanalistas que aceptan todo lo que casi indistintamente lleve como firma: Freud" (p. 86, op. cit.). Después de todo, reprimidos o no, los adversarios del psicoanálisis presentan *argumentos* en for-

ma, a los que hay que responder no obstante (lo que no parece urgir mucho en ciertos medios...)

¿Sería preciso haber sido psicoanalizado para juzgar bien sobre el método? ¿Por qué, si se ha escrutado y estudiado la relación de "casos" con atención y honestidad? Podemos hacer notar, por lo demás, como lo decía un reciente artículo de los "Cahiers Laënnec" —bastante favorable al psicoanálisis—, que "el padre del psicoanálisis (*Freud* mismo) *nunca ha sido analizado*", lo que no deja de ser picante. Lo mismo se nos ha dicho de uno de sus principales discípulos...

Que no se espere de nosotros una exposición previa del freudismo. Suponemos conocido lo esencial de éste, tal como se lo encontrará sin dificultad en numerosas obras del doctor *Arlendy*, del doctor *Hesnard*, o en la tesis del señor *Roland Dalbiez*. No recordaremos de él sino lo que sea necesario en nuestra discusión.

Comenzaremos por exponer los axiomas básicos y la filosofía fundamental del freudismo, y mostraremos su carácter ruinoso. Mostraremos, después, siguiendo a *Allers*, que el *Método psicoanalítico* es estrechamente solidario de la *Doctrina* freudiana, contrariamente a una idea muy difundida en nuestros días (sobre todo en el mundo católico). Por añadidura, estableceremos que el psicoanálisis-método se asienta sobre sofismas desastrosos y burdos y se funda sobre una teoría errónea de la sexualidad; y que, por lo demás, su valor médico y puramente práctico es exageradamente encarecido. Todo nos permitirá hacer un balance y protestar contra la invasión de la pedagogía por parte del psicoanálisis.

I. — LA FILOSOFIA FREUDIANA

A) *Exposición.*

El edificio freudiano descansa sobre ciertas tesis más o menos explícitamente formuladas por los psicoanalistas, pero que no por eso rigen menos todas sus ideas. Es relativamente fácil a un espíritu dotado de una buena formación filosófica señalar y jerarquizar estos supuestos previos, muchos de los cuales, por otra parte, son más o menos claramente articulados por los mismos freudianos [3].

Allers reduce a seis estos axiomas fundamentales:

Axioma 1: Todos los procesos mentales tienen esencialmente, el mismo mecanismo que los reflejos.

Esto supone que no hay diferencia de naturaleza entre procesos psíquicos y procesos fisiológicos (nerviosos). Esta idea, corriente en el medio en que Freud elaboró su obra, viene, en el fondo, de la filosofía materialista de *Vogt* y *Buchner*, así como del materialismo práctico de autores como *Broca*, *Wernicke*, etc. (Concepción demasiado estrecha de las localizaciones), sin hablar de la "Réflexologie" rusa de *Pavlov* y *Bechterew*. (Más adelante volveremos sobre esto a propósito del materialismo freudiano.)

Axioma 2: Todos los procesos mentales son de naturaleza energética. *Allers* envía aquí a la noción freudiana de "cathexis" (carga afectiva de un objeto), a la de "conversión somática" (transmutación de un trastorno psíquico en trastorno corporal), cuyo

3 Ver "Charakter als Ausdruck", 1924 y "The New Psychology", Londres-N. York, 1932. Y, sobre todo, "*The Successful...*", cap. III: "The Axioms of Psychoanalysis".

origen (por lo menos parcial) ve él en el "fisicismo" energetista de la segunda parte del siglo XIX.

Axioma 3: Todos los fenómenos psíquicos son estrictamente determinados por la ley de causalidad entendida estrictamente (determinismo) [4]. Nada de libertad, sino dictadura del pasado y de nuestros antecedentes psico-fisiológicos. Aquí también "fisicismo" y mecanicismo.

Axioma 4: Todo fenómeno mental deriva en último análisis de un instinto. Para los freudianos, un instinto es fundamentalmente una función dependiente de la *biología*, no de la psicología. Pero sucede que este elemento corporal suscita representaciones, y se manifiesta así en el plano del psiquismo. De allí una concepción asociacionista y monista de los conflictos intra-psíquicos, a base de materialismo, sobre la cual volveremos en el capítulo siguiente.

Axioma 5: El principio de la evolución, concebido sobre el modelo de la filogenesia clásica, se aplica al desarrollo del espíritu humano a través de la historia.

Se vuelven a encontrar aquí las ideas de *Darwin*, *Haeckel*, etc.... y el mito de lo "primitivo" concebido a la manera del siglo XIX, o de la sociología lévy-brühliana primera manera (pues Lévy-Brühl ha renunciado, posteriomente, a muchas de sus maneras de ver [5]. Esto nos conduce a la noción bastarda y por otra parte monstruosa que se llama "mentalidad ar-

4 *Allers*, op. laud., loc. laud., más: "Cause in Psychology". Process of the American Catholic Philosophical Association, 1938.

5 Ver la publicación de los *Carnets de Lévy-Bruhl*, "Revue philosophique", julio-septiembre 1947.

caica", en la cual tantos autores modernos amontonan como pueden rasgos tomados de los norte y centro-australianos, reacciones infantiles y comportamientos mórbidos. Ahora bien, dentro de todo esto, *todo es precario*, desde el punto de vista biológico como del etnográfico o propiamente filosófico [6]. La señora *Cave*, a pesar de ser freudiana, trata de "factor sentimental" al evolucionismo freudiano.

---

6 Ver nota precedente, más la excelente crítica de Lévy-Brühl, primera manera, por *O. Leroy*: "La Raison primitive" (Geuthner), sin hablar de los etnógrafos americanos, holandeses y vieneses que han tratado tal como lo merecen a las bases seudo-etnográficas de la teoría incriminada. Análoga observación sobre la "mentalidad infantil" de *Piaget*, que no se basa sobre lo real, sino sobre *a priori* evolucionistas y relativistas tiránicos en grado sumo. (Cf. *L. Jugnet* "Pour connaître la pensée de *St. Thomas D'Aquin*, Bordas, p. 65, nota 64 y 133) como para la "conciencia mórbida" de *Ch. Blondel*. La amalgama (teratológica en todos los sentidos del término) de estas tres nociones proporciona lo que se se llama la "mentalidad arcaica", tan cara a los evolucionistas de toda escuela. *Allers* se expresa con severidad sobre esta noción: "Esto es en realidad UNA PURA FICCIÓN", p. 81). "No creemos que haya ganado algo la psicología con la introducción de esta noción de "pensamiento arcaico" que, en toda hipótesis, tan estrechamente está ligada a ideas erróneas sobre etnología y cultura primitiva que no puede ser aceptable" (p. 148). Ver también del mismo autor: "Ueber die Begriffe eines "archaischen Denkens" und der "Regression" (in: Wiener Zeitschrift für Nervenheilkunde und deren Grenzgebiete, 1948), donde se halla muy bien subrayado lo arbitrario y las prenociones "cientistas" impuestas a hechos que pueden explicarse perfectamente de otro modo.

Al respecto son de tenerse en cuenta las saludables reacciones de filósofos independientes del todo con relación al catolicismo y a la escolástica, tales como *Parodi* y *E. Meyerson*, contra esas maneras de ver. Encontramos en sus obras más de una confirmación de nuestras ideas...

Ya hemos hecho alusión al evolucionismo, notemos que con alegría hemos encontrado en *Allers* varios textos que reaccionan contra la "diosa evolución", aun desde el punto de vista propiamente biológico (Cf. p. 218): "El evolucionismo clásico está *"definitivamente en declinación"*. Las ideas expresadas (p. 218-219) mucho se asemejan a las de los eminentes biólogos de la "Idéalistiche Morphologie" (O. Kuhn, Gehlen, Von Uexkull, etc. ...) cuyas grandes líneas hemos expuesto en "Pensée catholique", nº 11: "Science allemande, Théologie romaine, et Evolution" (pp. 24-31). En una carta de enero de 1950, Allers subraya vigorosamente el carácter apriorístico de la evolución clásica.

Axioma 6: La cadena de las asociaciones libres conduce a las causas reales de los fenómenos mentales.

Este último axioma es de una importancia enteramente fundamental, puesto que es uno de los pilares del método psicoanalítico. Como habremos pronto de volver sobre esto, no insistiremos por ahora.

Allers no se limita a esta reconstrucción fiel y formal a la vez de los principios psicoanalíticos. Sino que también los decanta para mostrar sus ideas madres, en uno de los mejores capítulos de su excelente obra.

Los axiomas que preceden permanecían aún en el plano de la psicología. De hecho, implicaban a su vez toda una filosofía de fondo (teoría del conocimiento; idea sobre las relaciones entre el alma y el cuerpo; moral).

Nos resulta forzoso comprobar que la filosofía fundamental de *Freud* y de sus discípulos clásicos es ruinosa [7].

Para ellos, la sola verdadera manera de comprender al hombre es genética (en el sentido más evolucionista del término: reducción de lo superior a lo inferior, del adulto a sus conflictos infantiles, de los valores morales o estéticos a una sublimación de la *libido*). Además, todo conjunto se resuelve en elementos simples, y se explica adecuadamente por ellos (es una de las formas de lo que *Allers* llama el "Elementismo" o "Elementalismo", cuyo origen remonta según él al nominalismo medieval que despedaza el dato para llegar al asociacionismo del si-

7 *Successful*... cap. IV: "The Philosophy of Psychoanalysis".

glo XIX pasando por el empirismo inglés de los siglos XVII-XVIII). Por consiguiente, no hay más que una diferencia de modalidad, no de naturaleza, entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu; empleando sus nombres: entre la biología y la psicología.

¿Cuáles son las raíces últimas de esta manera de ver?

En su tesis sobre "La Méthode psychanalytique et la doctrine freudienne" el señor *Dalbiez*, al mismo tiempo que pretende disociar estos dos aspectos de la obra estudiada, declara en varios lugares que la filosofía implícita del maestro vienés sería, para la teoría del conocimiento, un franco realismo, y, en lo concerniente a las relaciones entre pensamiento y organismo, algo bastante cercano a la concepción aristotélica sobre el alma forma del cuerpo, opuesto *no sólo* al materialismo, *sino también* al espiritualismo platónico o cartesiano.

Allers no lo cree, y nosotros somos de su parecer. Es falso, en primer lugar, que la filosofía freudiana sea un objetivismo respetuoso del valor del conocimiento: Ella es, por el contrario, según la expresión allersiana, un "*subjetivismo extremo*" que deroga de hecho toda posibilidad de existencia objetiva, de verdad objetiva naturalmente, de valor objetivo" [8]. *Allers* va a buscar ciertas raíces de esa filosofía en *Schopenhauer*. Sea lo que fuere de esta cuestión puramente histórica, resulta del todo incontestable que para *Freud* los objetos no son susceptibles de

8 Op. laud. p. 104.

evaluación sino en función de la "cathexis", o carga afectiva (puramente subjetiva) que nos lleva a considerar esto más bien que aquello, a desear tal aspecto de lo real más bien que tal otro. Los objetos no son deseables porque tienen un cierto valor por su propia naturaleza, independientemente del espíritu humano, sino que tienen un valor porque son deseados, lo que, en suma, es una transposición axiológica del escepticismo de los sofistas griegos más radicales, un *Protágoras* por ejemplo. *Allers* llega hasta decir que la lógica del pensamiento freudiano, lejos de ser el realismo, sería más bien el idealismo bajo su forma más extrema, es decir, el solipsismo. No existiría, en último límite, más que nuestro "ego" individual (Pedro, Pablo o Santiago). El lector, sobre todo si está prevenido a favor de *Freud*, protestará contra esto oponiendo todos los textos en los que los psicoanalistas hablan de la importancia "de los demás", de nuestras reacciones frente a "otro", etc.... Sin embargo, no es eso, tal vez, sino una engañifa, pues el "otro" para *Freud* es sólo un "objeto sexual", integrado, pensado, concebido, deseado *subjetivamente* en función de *mi* "cathexis", de *mis* necesidades, de *mis* tendencias, etc.... De donde proviene lo que *Allers* llama la "deshumanización" implicada por el psicoanálisis [9 y 10]). Se ve,

---

9 y 10 Se podría aquí señalar una curiosa aproximación entre freudismo y existencialismo ateo: Tanto uno como otro son un sincretismo de idealismo subjetivista y de craso materialismo. En "l'Être et le Néant", *Sartre* escribe simétricamente. El "para-sí" (= la conciencia) es "aquello para que y *aquello por que* hay un mundo" (idealismo) y: "*La conciencia no es otra cosa que el cuerpo*. El resto es nada y silencio" (materialismo) (p. 395). Estamos en una era de decadencia intelectual en la que no preocupa ni es tenido en cuenta tan siquiera un mínimo elemental de cohe-

pues, que es menester una buena dosis de benevolencia para creer que la gnoseología freudiana concuerda con toda espontaneidad con la de *Aristóteles* o de *Santo Tomás*...

Si ahora volvemos a considerar uno por uno los axiomas, o presupuestos del psicoanálisis tales cuales los hemos expuesto más arriba ("elementalismo, determinismo, evolucionismo naturalista, aplicación a las funciones superiores de procedimientos en uso en el estudio de los reflejos, etc.), es imposible negar que la inspiración fundamental del psicoanálisis es *materialista.*

"Hemos tratado de materialismo a la filosofía de *Freud;* es, en verdad, un *materialismo sin atenuación.* Ninguno de sus axiomas, ninguno de sus principios metodológicos puede ser mantenido si no se los apoya sobre un fundamento filosófico absolutamente materialista" [11].

Nada hay, pues, de común entre el pensamiento de *Freud* y el de la escolástica tomista tampoco en este punto. Freud ha insistido, sin duda, sobre el papel que desempeña el factor psíquico contra una cierta forma epifenoménica de materialismo tan cara a la psiquiatría clásica (algunos dicen: "asilar"), pero esto no significa, sin embargo, que rehuse él reducir el psiquismo a una función biológica más o menos decantada. Menos benevolente sobre este punto que el señor *Dalbiez,* un freudiano católico, el

---

rencia. Ciertamente que no será la manía por la concepción "dialéctica" de la Verdad, tan cara a ciertos católicos "avanzados" la que nos curará de esta extravagancia...

11 *Successfull,* p. 92, v. id., p. 88, p. 94-99, 79, etc.

Dr. *Nodet*, escribía, en los "Cahiers Laënnec" de mayo de 1948: "La posición de*Freud es la de un materialismo lógico e integral*". No sería posible hablar mejor...

A este respecto nos escribía *Allers* el 10 de enero de 1950: "Si se llama a Freud aristotélico porque cree en la unidad de la persona humana, la semejanza es muy débil: La unidad aristotélica es la de la substancia de estructura hilomorfa, pero la unidad en la que piensa *Freud* es la de la substancia química. El hilomorfismo es enteramente unitario en el sentido de que la unidad del ser es afirmada, pero es "dualista" en cuanto que esta unidad es la de dos principios. Una idea tal estaba muy lejos del pensamiento de *Freud*".

Desde el punto de vista moral, el freudismo se presenta como un *hedonismo absoluto*, una moral del placer, extremadamente rudimentaria [12]. La psicología humana, según los psicoanalistas, es guiada por el "principio del placer", es decir, que somos movidos únicamente por la búsqueda de los goces sensibles. Tal es la raíz profunda de nuestras actividades, sean las que fueren. Pero los fracasos que experimentamos, en especial en nuestra niñez, nos enseñan a soslayar y a dar un rodeo ante el obstáculo, a renunciar a veces a la búsqueda inmediata del placer, a hacer en cierto modo triunfar, en las personas

12. Evidentemente no acusamos a Freud ni de haber sido él mismo un libertino —nadie ignora que fué modelo de marido y padre de familia...— ni de haber predicado el libertinaje. Pero el odio a la moral sexual, sobre todo cristiana, resuma de cada página de su obra. Ver nuestro artículo ya citado "A propos de la Psychanalyse", pp. 47-49.

menos filósofas, a *Epicuro* sobre *Aristipo de Cirene*... De ahí el "principio de realidad", que queda como un simple medio de defensa, o una expresión disfrazada, del "principio del placer", y nada más. Lo menos que se puede decir, es que se ve mal cómo se puede conciliar una concepción tal del hombre, digna de los hedonistas antiguos, no digamos ya con la moral evangélica, sino siquiera simplemente con la moral natural, tal como la entienden *Platón* y *Aristóteles*, fundada sobre la existencia en nosotros de una razón y de una voluntad irreductibles a los apetitos sensibles, y apoyada sobre las inclinaciones superiores que forman parte de nuestra "Physis" tan realmente como las tendencias orgánicas (y aun más, puesto que denotan nuestra diferencia específica...). Pero, para *Freud*, ¿nuestra verdadera personalidad no reside, acaso, esencialmente en el "ello" (o "eso"), es decir, en nuestros instintos elementales y brutales?...

Subjetivismo, materialismo, hedonismo: nada tenemos que esperar del freudismo en el plano filosófico, he aquí una primera comprobación [18]. Debemos ahora mostrar que el *método* psicoanalítico, él mismo, está ligado a la doctrina freudiana, que él mismo descansa sobre asombrosos sofismas y que su "éxito" terapéutico no es más que aparente.

---

13 No menos evidente resulta que *aquí* no criticamos esta filosofía de conjunto con el objeto de mostrar su miseria. Suponemos ya conocidos esos puntos. (Para una exposición de la doctrina tomista sobre estos diversos temas, ver nuestro *St. Thomas D'Aquin*, Colección "Pour connaître", Editor Bordas, en especial los capítulos "Valeur et Nature de la Connaissance", "Philosophie de la Nature", et "La Conduite humaine".

II. — METODO PSICOANALITICO Y DOCTRINA FREUDIANA

Después del señor *Dalbiez* [14] muchos autores de nuestros días, especialmente en el mundo intelectual católico, estiman que la disociación entre método y doctrina es obvia. La cosa sería muy sencilla: Así como el uso del cálculo infinitesimal o del microscopio no implica teoría alguna en particular, así el uso del psicoanálisis en nada supondría una adhesión a las vistas especulativas del freudismo.

Esta analogía, digámoslo claramente, es falaz. Puede valer en las ciencias de la materia, pero *no podría extenderse sin previa justificación al dominio de las ciencias humanas*. En efecto, en estas últimas disciplinas, se encara uno con un todo, el hombre, cuyo análisis puede, en cierta medida, examinar separadamente varios aspectos, pero sin olvidar que el todo es más que las partes y no se reduce a éstas. No se ve, pues, cómo se podría psicoanalizar a alguien prescindiendo totalmente de toda vista sobre el inconsciente, sobre los complejos, sobre la "libido", etc... Por lo demás, no es esto lo que pretenden hacer exactamente los defensores del "método": ellos *admiten en este dominio una buena parte de las vistas de Freud y de los freudianos ortodoxos*. Lo que ellos quieren rechazar es la metafísica y la moral (o "amoral") freudiana. El resto les parece bueno. Sucede sólo que ya tienen el dedo

14 "La Méthode psychanalytique et la Doctrine freudienne", 2 vol. Desclé De Brouwer, 1936. Ver también *Mortimer J. Adler*: "What Man has made of Man", Nueva York, 1938, del cual, no hace mucho, el señor De Corte ha hecho recensión en la "Revue Thomiste".

en el engranaje y todo el brazo será asido, porque esas vistas de psicología freudiana son, ya lo vimos y lo volveremos a ver, *solidarias de una metafísica cientista, determinista, naturalista,* etc...

En un hermosísimo estudio dirigido contra el señor *Baruzzi*, Dalbiez escribía en 1928: "Parece, a primera vista, que puede uno ponerse de acuerdo sobre un método común, pero, analizando, percíbese que es una ilusión. *Siendo reflexivo, el punto de vista metodológico no puede ponerse en primer lugar; un método presupone una doctrina, el método de un Stuart Mill* o el de un *Descartes* carece de sentido y de valor a no ser que se admita la metafísica o la anti-metafísica de estos pensadores" [15]. Muy bien, ¿pero cómo puede decirse en seguida que se conserva el método de *Freud* rechazando su doctrina? Tal vez se responderá que los dos casos no son idénticos, pues en el ejemplo citado por *Dalbiez*, trátase de filosofía pura, en la cual el método y la doctrina son homogéneos y se mantienen, por así decir, en el mismo plano, mientras que el psicoanálisis sería una técnica médica, no solidaria como tal de una doctrina filosófica. Esto, en verdad, nos parece una escapatoria, puesto que el freudismo toma al hombre *en su totalidad*, y sus diversas aserciones están de tal modo ligadas que cuando se tira de uno de los eslabones se arrastran todos los otros. Tanto más cuanto que el psicoanálisis, tampoco descansa sobre hechos *en bruto*. Como muy bien lo dice *Lalande* "no es posible invocar

15 "Vie Spirituelle", Suplemento octubre 1928: "Une recente interprétation de St Jean de la Croix": dos artículos a continuación, por otra parte excelentes.

útilmente un hecho más que para confirmar o infirmar una idea". Veremos más adelante, al examinar el método en sí, el papel que desempeñan en él las prenociones especulativas (a propósito de la "resistencia", de la causalidad psíquica, etc.).

Tan verdadero es esto que, habiendo aceptado prologar una obra de *Mortimer J. Adler* (no confundir a éste con *Alfred Adler*) cuyas posiciones son análogas a las que defiende *Dalbiez*, el psicoanalista norteamericano *Alexander* no pudo dejar de comparar esta tentativa con aquella que quisiera asentar un edificio cuadrangular sobre una base circular...[16], lo cual permite a *Allers* decir, con un poco de ironía, que por una vez (la cosa es tan rara que puede ser subrayada) él está totalmente de acuerdo con los psicoanalistas clásicos que defienden solidariamente método y doctrina...

Allers justifica, por otra parte, su manera de ver mediante detalladas consideraciones sobre el método psicoanalítico y la manera con que éste concibe la *verificación:*

Supóngase, primeramente, una "cadena" de asociaciones libres, una especie de "fonografía" del pensamiento automático. A una palabra, a una evocación determinada, el sujeto se detiene bruscamente durante un tiempo más o menos largo, y a veces es muy difícil hacerle proseguir. Los freudianos atribuyen este hecho a una "resistencia", más o menos inconsciente, la censura se opone a todo pasaje de los materiales reprimidos en el plano de la conciencia, ésto bajo la influencia del "super-yo" que te-

16 *Successful*, p. 161.

me intolerables conflictos conscientes. *¿Esta resistencia es, ella misma, un hecho? No, sino una interpretación.* Los freudianos redarguyen que esta interpreptación se impone. ¿Por qué? En función de su concepción *general* del pluralismo de las tendencias, de lo inconsciente, etc..., es decir, de vistas especulativas, es muy claro... Es evidente, por otra parte, que los psicoanalistas, cuando someten a su procedimiento favorito de investigación a sujetos que están muertos, por ejemplo a *Leonardo da Vinci* o al faraón *Ecknaton*, no disponen de ningún criterio de verificación fuera de la coherencia de su interpretación (hasta su... diagnóstico) con el conjunto de sus vistas sistemáticas. Con un sistema diferente de coordenadas intelectuales, tomadas por ejemplo de *Jung* o de *Adler*, se obtendrían resultados a menudo más satisfactorios en materia de explicación psicológica [17]. En cuanto a los adultos vivos hagamos notar primero que existen infinidad de acontecimientos de la baja infancia, que escaparán *siempre de toda* verificación extrínseca (por el medio, etc...). Para los recuerdos (?) de la vida prenatal, tan caros a ciertos psicoanalistas, ello es mucho más cierto aún [18].

---

17 Cf. nuestro artículo de la "Pensée catholique" ya citado, pp. 43-45.

18 Ciertos analistas no sólo quieren remontar hasta los recuerdos de la vida prenatal desde la fecundación de la célula, sino que algunos hasta quieren explorar hasta la "memoria de la especie", en nuestra alma colectiva". Esta noción, explotada por la escuela de *Jung* (Jung mismo, *Ania Teillard*, etc.) existe por otra parte en *Freud* (Ver "Totem et Tabou" y más todavía en "Moïse et Monothéisme"). Heredada del panteísmo romántico (lo cual no quiere decir que *todos* los románticos hayan sido panteístas) y de la sociología del siglo XIX, no vale mucho, y nada le cuesta a *Allers* criticarla preguntando cómo, para estos autores materialistas, puede existir un pensamiento sin cerebro diferenciado y localizado. (*Suc-*

Queda el caso de que el sujeto se acuerde él mismo de tal o cual hecho hasta entonces olvidado, o que el síntoma mórbido desaparezca. Ahora bien, aún entonces, nada se impone absolutamente, porque primeramente, como lo ha hecho notar muy bien *Allers*, el recuerdo puede a menudo ser un seudo-recuerdo, una reconstrucción (como muchos de los prentensos "recuerdos de la infancia", que se explican por la repetición familiar de ciertos relatos) o provenir de una sugestión involuntaria del psicoanalista.

Queda aún el caso de la desaparición de un síntoma. Pero, además de que ella no valdría, en caso de verificación, sino para los casos patológicos, y no podría dar lugar a una extrapolación referente a toda la psicología normal (contrariamente a lo que hacen a cada momento los freudianos) debe hacerse

---

cessful, cap. IX: "Psychoanalysis and Ethnology"). En el mismo capítulo, el autor muestra cómo las investigaciones positivas de la etnología, lejos de aportar un apoyo de refuerzo al psicoanálisis desfalleciente, son, por el contrario, el objeto de una trituración altamente fantasiosa en la que el verdadero espíritu científico está lejos de encontrar provecho... Tomemos el famoso "complejo de Edipo": Los freudianos se apoyan sobre la mitología para decretar su universalidad. Desgraciadamente para ellos, no se encuentra relato de este género sino en Grecia y en una sola tribu de Asia. En lugar de ver ahí la estilización de una situación sexual de todos los hombres, sería preferible pensar que la leyenda griega se ha cristalizado alrededor de un hecho real más o menos deformado por las generaciones sucesivas. En todo caso, la cosa merecería discusión...

No contentos con remontar a la memoria de la especie, ciertos psicoanalistas van más lejos, quieren labrar un "bioanálisis" (sic). *Ferenczi*, en 1938, explica gravemente la nostalgia del agua y del medio marino que fueron la cuna de los seres vivientes. *Allers* se contenta muy legítimamente con acotar al margen: "*Difficile Satyram non scribere*" y nosotros no podemos sino aprobarlo. Acaso un día, gracias a una cierta "ultra-física", el psiconálisis irá aún más lejos y exhumará recuerdos heredados de la nebulosa primitiva. No perdamos la esperanza: ¡la ciencia ha hecho tantos progresos!...

notar, y *Allers* insiste en ello en capítulo aparte, que esta desaparición puede tener causas múltiples, y muy diferentes a la que le asigna el psicoanálisis. (Ver párrafo siguiente). *Allers* no es injusto cuando, con humor, escribe: "Por no importa qué reacción conteste el analizado a una explicación enunciada por el analista, leemos que la respuesta es siempre afirmativa: Asenso o negación, llanto o risa, indiferencia o rebelión, respuesta o silencio, todo no tiene más que un sentido, y este sentido es sí..." [19]. Los que conocen la mentalidad psicoanalítica no protestarán demasiado fuerte al leer estas líneas...

De tal suerte que lo bien fundado de las afirmaciones freudianas descansa en suma sobre el valor previamente aceptado del conjunto del sistema. Las supuestas "confirmaciones" tomadas de la etnografía no hacen sino poner en mayor evidencia el círculo vicioso.

Debemos ahora pasar al examen del método mismo:

III. — LOS ERRORES LOGICOS DEL PSICOANALISIS

Previo a todo examen propiamente médico de un método, hay que saber si éste no encubre alguna tacha lógica que lo vuelve estéril "ab initio". Ahora bien, nos dice *Allers*, el psicoanálisis no resiste un examen de este género [20]. Es, nos dice, un edificio imponente en sus apariencias, pero de hecho, esta

19 *Loc. laud.*

20 *Successful*, cap. II: *"The Logical fallacies of Psychoanalysis"*.

construcción no es coherente en el sentido formal; viola las leyes lógicas más fundamentales.

El psicoanálisis descansa, nos dice *Allers*, sobre una vasta *petición de principios:*

"Para servirnos de una comparación... que se diga a un químico que una cierta substancia contiene cloro y que esto sea para él una novedad que no está dispuesto a admitir sin prueba convincente. Preguntará, naturalmente, a su informante qué método ha empleado para establecer la presencia del cloro. Si se le responde: "Y bien, he disuelto la cosa en ácido clorhídrico", se resistirá él ha tomar en serio el experimento; puesto que el cloro está presente en el ácido clorhídrico (mismo), forzosamente se le encuentra al término del experimento, haya o no estado presente en la substancia original" [21]. Y añade *Allers* fríamente: "Es exactamente la situación del crítico del psicoanálisis... Así como el químico introducía en el curso de su experimento la substancia misma cuya presencia pensaba establecer, el psicoanalista, cuando aplica su método, ya ha aceptado las proposiciones cuyos resultados va a deducir" [22]. En efecto, hemos hecho notar precedentemente, en el párrafo sobre "Método psicoanalítico y doctrina freudiana", dos de los sofismas manifestados por *Allers:* el "sofisma de la *resistencia*" y el "sofisma de la *interpretación*" que, por otra parte, están estrechamente ligados. Consiste el primero en tratar como un *hecho* en bruto a una "resistencia" que no es sino una *hipótesis* especulativa (sólo se

21 *Successful*, p. 34.
22 *Ibid.*

comprueba la *detención* de las asociaciones en un momento dado, lo que no implica de modo alguno las vastas construcciones interpretativas del freudismo); consiste el segundo en pretender establecer *inductivamente*, esto es: a favor de la experiencia, una interpretación sistemática en la cual falta todo verdadero criterio de *verificación* (ver párrafo precedente). No insistiremos en ello, y nos aplicaremos a la consideración de un sofisma muy grave, señalado por *Allers* con rara penetración: el "sofisma de la *conexión causal*".

Nada mejor podemos hacer que citar directamente el texto, aunque sea largo: "No podemos asombrarnos que *Freud* no haya conocido sino la causalidad eficiente, teniendo en cuenta que aun aquellos de sus contemporáneos que se titulaban filósofos no han sabido más. La relación, sea la que fuere, de *signo* a cosa significada, de *símbolo* a cosa simbolizada, no puede ser *reducida* a la causalidad eficiente... La bandera, por ejemplo, simboliza la nación, pero la nación no es *causa* eficiente de la bandera. Tampoco se puede llamar relación causal en el sentido eficiente aquella que existe entre una palabra y la cosa que designa. *Freud* pretende que puede, mediante su método, descubrir el *sentido oculto* de un hecho mental. Un hombre sueña, por ejemplo, que sube una escalera, y el psicoanalista le dice que ese sueño simboliza las relaciones sexuales. Si concedemos a Freud, para comodidad de su argumentación, que su método lo hace verdaderamente capaz de descubrir el sentido oculto de un hecho mental, y que está en disposición de probar que un hecho mental es, más allá de lo que parece,

un símbolo, *nunca podemos, ni él tampoco, concluir que el descubrimiento de este sentido es equivalente al descubrimiento de una causa eficiente*" [23]. Detengámonos un momento para dejar constancia que esta posición es radicalmente opuesta, no sólo a la de *Freud*, sino también a la de *Dalbiez*, pues éste adoptando la idea misma de *Freud*, claramente declara que la relación del signo con la cosa significada tiene por fundamento el principio de causalidad: "*El sentido del sueño, constituye las causas del sueño*" [24]. Sin duda el señor *Dalbiez* hace, sobre la noción de símbolo en *Freud*, reservas que son restricciones [25], pero no ve en ella sino "*un error de palabras*" [26]. Para *Allers* hay mucho más: Retomemos el pasaje citado, allí mismo donde lo interrumpimos: "El descubrimiento (en cuestión) es de la misma naturaleza que el descubrimiento de la significación de una palabra que nunca habíamos oído todavía, por ejemplo una palabra de una lengua extranjera, o aun como la comprensión de un signo extranjero, verbigracia chino, o de un jeroglífico. Pero el *sentido* de un signo tal *no es* la *causa* de ese signo, y *muchos menos la causa de ese signo en cuanto es conocido por nosotros*. De la misma manera, el sentido de un símbolo no es la causa del símbolo, ni de la aparición de éste en un momento dado. Esta última aserción exige algunas precisiones: los psicoanalistas nos dicen que un cierto sueño está condicionado por nuestro deseo de ésto y de aquéllo, ha-

23 P. 40.
24 Dalbiez, t. I, op. cit., pp. 70-71.
25 Dalbiez, t. II, p. 166.
26 Ibíd., p. 168.

biendo sido estos deseos reprimidos y buscando ellos manifestarse. *Pero el símbolo no simboliza el deseo, simboliza el objeto deseado. El objeto es el verdadero sentido del símbolo*" [27].

Conocemos bien la respuesta de los psicoanalistas, ortodoxos o disidentes. Consiste ella en disociar dos tipos de pensamiento: el pensamiento racional, o lógico, cuyo objeto es, en efecto, el sentido (aquello por lo cual es especificado), y el pensamiento "dereístico" (cortado de lo real) o "expresión psíquica", que sólo traduce las tendencias subjetivas del ser humano. Para este último solamente, el símbolo estaría unido a lo simbolizado por una relación causal. A esta distinción, respondemos que ella ha sido elaborada *para hacer pensable* la concepción freudiana del símbolo como expresión de un deseo, y volvemos a encontrar aquí la petición de principio denunciada más arriba (sofisma de la interpretación). Por lo demás, la noción de expresión psíquica, y el vocablo mismo, son criticados por *Allers* de correlativa manera: *Freud* ha desconocido la noción adleriana, de la que volveremos a hablar más adelante, el "lenguaje de los órganos" (= fijación sobre ciertas reacciones orgánicas de elementos psíquicos profundos). Si una expresión es realmente en un sentido un símbolo, no todo símbolo es expresión: cuando se dice que el pabellón del almirante "expresa" la presencia de éste a bordo, no se emplea la palabra "expresión" en el mismo sentido que

27 *Successful*, pp. 40-41.

cuando se dice que tal gesto expresa la vergüenza o el desprecio, etc.[28].

IV. — TEORIA FREUDIANA DE LA SEXUALIDAD [29]

Aun cuando *Freud*, sobre todo en el último estadio de su obra, no niega la existencia de otras tendencias fuera de la "libido", da a ésta una importancia desmesurada. Es lo que ahora nos va a mostrar *Allers:*

Como el psicoanálisis es radicalmente evolucionista y "elementalista" (ver parágrafo I sobre la filosofía y el psicoanálisis), se ve obligado a explicar al adulto por el niño. De ahí la noción de sexualidad infantil. Las ideas de *Freud* se apoyan especialmente sobre actos tales como la succión del pulgar en el niñito, etc. La analogía sería sorprendente si se comparase la actitud del niño y la del adulto ocupado en juegos más comprometedores... Esto, nos dice *Allers*, en nada es decisivo, primeramente porque un análisis *más preciso* de los comportamientos revelaría probablemente entre éstos, aun en el plano fenoménico, grandes diferencias; y sobre todo, porque muy bien se puede admitir una mímica genérica, o general, de la satisfacción, de la cual la satisfacción sexual no sería más que una modalidad entre varias otras, específicamente irreductibles. Piénsese, por ejemplo, en la subdivisión de *Bühler*,

---

28 P. 36 y sig., y sobre todo pp. 130-131, en especial en la nota I de la pág. 131.

29 Volveremos en el cap. III sobre la concepción allersiana de la sexualidad, a propósito de las aplicaciones pedagógicas.

sobre placer de función, de satisfacción, y de creación [30]. Por lo demás, es muy fácil incurrir aquí en sofismas groseros: Un hombre toma amital, y duerme bajo el efecto de este producto. Esto no nos autoriza a decir, cuando vemos a alguien durmiendo de la misma manera, que ha tomado amital. . . [31]. Aquí, otra vez, volvemos a encontrar la perpetua petición de principio que está en la base del psicoanálisis (ver párrafo precedente). En particular, el hecho que se imagina universal del "Complejo de Edipo" exige las más graves reservas, tanto desde el punto de vista de los apoyos asaz ilusorios buscados por *Freud* en la etnografía (V. nota 18) cuanto en lo que concierne a la realidad e interpretación de la situación así designada. *Stekel*, freudiano independiente, trata a la teoría del "Edipo" de "*vasta mitología*", y Adler ha propuesto, para situaciones así designadas, una interpretación mucho más modesta y juiciosa, en función de la lucha entre la afirmación del yo y el sentimiento de inferioridad [32].

Allers entra en seguida a una discusión más detallada y técnica de la teoría freudiana de las zonas

---

30 Por ej.: "Successful", pp. 137-139. *Allers* se atiene a esta idea que vuelve a encontrarse en "Das Werden" y en otros estudios. Placer de función: por ej., niño que juega. Placer de satisfacción: hambre, sexualidad. Placer de acabamiento o de creación: cumplimiento de una tarea, v. g. De una manera general, independientemente de su armadura católica y tomista, el pensamiento allersiano mucho debe a los trabajos de los psicólogos de Würzburgo y a los de los fenomenólogos, así como a la "Individual Psychologie" de *Alfred Adler*.

31 *Allers* envía aquí a su contribución al Tratado de Kafka, Munich, 1922, y a su "Sex-Psychology in Education" (Raemer, St-Louis, 1937).

(32) Cf. *Adler*. "Le Tempérament Nerveux", Payot, Nueva traduc. 1948, pp. 73, 171, 172-174.

erógenas difusas y de los "instintos parciales" [33]. Todo el mundo admite la existencia de una curiosidad sexual, y también de la mezcla, en ciertos casos, de sexualidad y de crueldad, pero estos encuentros de hecho no implican ni vinculación necesaria, ni, sobre todo, identidad. Por otra parte, *Freud* cae regularmente en lo que *Allers* llama el "horaiomorfismo" o error que consiste en interpretar con una mentalidad de adulto cosas que, para el niño, tienen muy otra significación. (W. *Stern* ya había formulado objeciones análogas contra la teoría freudiana de la sexualidad infantil) [34]. La sexualidad no sólo no es el motor último de toda la personalidad humana, sino que también la actitud sexual es función de la actitud fundamental del "yo" ante el universo, respecto de ella la curiosidad es una de las formas de la curiosidad *total* del hombre ante lo real. Ya el caracterólogo berlinés *Fritz Kunkel*, cuyas ideas concuerdan en más de un punto con las de *Allers*, decía que la curiosidad de los niños concerniente al nacimiento depende, en principio, del mismo esquema que las preguntas formuladas sobre "las patatas, la lluvia o la electricidad", es decir, aquello que, para el niño, constituye el misterio del cosmos.

Se ve, pues, cuán poco dispuestos estamos a dejarnos convencer por lo que algunos llaman "psi-

---

33 *Successful*, pp. 120 y sig. Id.: "Character Education in Adolescence" (Nueva York, 1940).

34 Por ejemplo, se ve una manifestación del "instinto de destrucción" en el hecho de que un niñito desgarre un libro o despedace un automóvil de juguete. Ahora bien, lo que *para nosotros*, adultos, conscientes de la finalidad del juguete o del libro, es una destrucción, para aquél, a menudo no es sino un enriquecimiento (hacer varios libros con uno solo; obtener gracias a los materiales del automóvil roto, varias máquinas raras y nuevas).

coanálisis didáctico", que el freudismo pretende fundar sobre el estudio del psiquismo normal mismo, que se pretende que contenga los mismos temas (Edipo, etc...) que el psiquismo mórbido, estableciendo así (se cree) el valor universal del simbolismo freudiano: Los *a priori* interpretativos son aquí mucho más visibles que en el psicoanálisis aplicado a neurópatas, y no podrían evidentemente en caso alguno apoyarse sobre aquello que presenta a veces en materia terapéutica una apariencia de valor, a saber, la desaparición de un síntoma (puesto que, por hipótesis, no hay síntoma de lo normal...).

El psicoanálisis está ligado a una "falsa philosofia" materialista, relativista y hedonista; descansa sobre enormes sofismas lógicos; su teoría de la sexualidad es inaceptable. Mas, nos dirá el lector: Sin embargo, cura. Por ende, algo tiene de válido y fundado, y de ahí la necesidad de un examen propiamente médico.

V. — VALOR MEDICO DEL PSICOANALISIS [35]

Hagamos notar ante todo, nos dice *Allers* [36], que el psicoanálisis todavía está muy lejos de ser aceptado universalmente. Muchos psiquíatras de diversas escuelas desconfían de él y hasta lo rechazan, *y logran no obstante numerosas e interesantes curaciones*. No hay prueba experimental del valor *privilegiado* del psicoanálisis, *ni aun desde un punto*

35 Comparar con la presentación un poco diferente de nuestro artículo de la "Pensée Catholique", nº 9, pp. 52-54.

36 *Successful*, cap. VII: "Psychoanalysis and Medicine".

de vista puramente pragmático. Por lo demás, ningún método médico presenta valor curativo universal e incondicionado. Los mejores métodos pueden fracasar *Es absolutamente imposible dar un tanto por ciento adecuado de los éxitos obtenidos.* Pensemos en el psicoanalista que declaraba obtener un 80 por ciento (?) de curaciones en los casos de inversión... El "control" de los resultados es forzosamente no exhaustivo: la curación de una neurosis se traduce en la readaptación del sujeto a las tareas de la vida. Pero nunca puede decirse seguramente que una neurosis ha desaparecido *totalmente*, ni puede darse un pronóstico seguro de la no recaída.

Los psicoanalistas citan casos de neurosis que habían resistido a los otros métodos curativos. Pero, los psiquíatras de las escuelas opuestas citan, textos en mano, casos que habían resistido al psicoanálisis y que ellos han curado por vías totalmente diferentes (cf.: la escuela de Alfred *Adler*, para no hablar más que de ella). Uno de nuestros amigos ha conocido personalmente dieciocho personas psicoanalizadas. *Ninguna* ha sido curada... *La estadística, pues, nada prueba...* Por otra parte, sostiene *Allers*, muy justamente a nuestro entender, que una teoría no puede en caso alguno justificarse adecuadamente por la práctica médica en estado puro, sino que supone coordenadas especulativas, una "antropología" más o menos implícita que desborda en mucho el consultorio (ver cap. siguiente sobre la teoría allersiana de la neurosis). *No hay contradicción alguna en decir que el psicoanálisis es falso en sí, y que algunas personas pueden de hecho encontrarse curadas con ocasión de él.* Ya, en

medicina somática, es difícil decir aquello que, en una curación, corresponde al medicamento, a las circunstancias fortuitas y a la constitución del enfermo. ¡Cuánto más en medicina mental!

Existen las remisiones y liquidaciones espontáneas (más numerosas de lo que ordinariamente se cree) con ayuda de un choque emotivo, de una enfermedad o de un cambio de vida. Además, existe sobre todo el hecho de que, como lo veremos en el capítulo siguiente, el neurótico es un aislado, aprisionado en su trastorno. El psicoanalista, no en cuanto psicoanalista, sino en cuanto psicoterapeuta comprensivo, rompe esta barrera, esta caparazón de aislamiento. *Allers* reduce a este hecho simplísimo lo que los freudianos llaman "transfert" e introducen en toda su metafísica sexual. Así, no titubea en decir que el psicoanálisis, cuando tiene éxito, "cura *a pesar de él*". Tales casualidades jamás borrarán el carácter irremediablemente sofístico de las construcciones freudianas. Y claramente agrega *Allers*: "La experiencia del paciente no tiene ella misma *ninguna importancia;* es menos capaz que cualquiera de nosotros de decir lo que *realmente* le ha ayudado, y si el mismo éxito no hubiera podido ser obtenido por otro método" (p. 167).

VI. — BALANCE DEL FREUDISMO "EL ERROR QUE LOGRA EXITO"

"El psicoanálisis se nos manifiesta así como *un inmenso error*" [37]. Representa él, nos dice *Allers*, no

37 *Successful*, cap. "The place of Psychoanalysis in the history of human thought". La *impureza* de las fuentes freudianas explica que asistamos en

el porvenir, sino un pasado en trance de derrumbarse.

Es un residuo de lo más caduco que ha concebido el siglo XIX. Ni siquiera tiene la radical originalidad que a menudo se le atribuye. Cierto es que ninguna doctrina es creada "ex nihilo" y que es propio del género humano repensar materiales preexistentes. Ahora bien en el freudismo, todavía se discierne lo que flotaba en el "espíritu del tiempo" cuando fué concebido: La idea, y hasta la palabra de "sublimación", se encuentra en *Nietzsche*. La mecánica mental evoca irresistiblemente ciertas tesis de *Herbart*. La idea de un "alma colectiva" es la de la "Voelker-psychologie" y del sociologismo clásico. Las vistas filosóficas de Freud son las del evolucionismo cientista más desusado. Nada le cuesta a *Allers* establecer este hecho [38]. En una carta de enero de 1950, agrega interesantes precisiones acerca del ambiente parisiense en el que *Freud* trabajó

---

ciertos psicoanalistas a un verdadero delirio. Hemos hablado ya de *Ferenczi*, que quiere remontarse hasta nuestro inconsciente... marino o acuático, a partir de la vida sobre el globo. *Hermann* explica (?) el origen de la lógica formal por la defensa de un "super-yo" rígido. *Schilder* explica el origen de las matemáticas, especialmente de la aritmética, por el famoso "instinto de destrucción", lo cual, convengamos en ello, es bastante bonito: Contar, es despedazar... *Bergler* ve en todo juego un comportamiento sado-masoquista. *Burlingham* ve en la confesión de los pecados una forma de erotismo... bucal. Otro, explica la invención del fuego como resultante del frotamiento de un palito de madera dura en un pedazo de madera hueca y más blanda que habría sido primero (como por azar) un símbolo sexual. Todo esto pone de relieve la farsa, pero una farsa irritante a la larga, porque menoscaba muchas cosas que nosotros amamos y respetamos... Es penoso volver a encontrar pobrezas de esta laya, presentadas como adquisiciones definitivas de la ciencia, en la reciente "Psychologie affective" de *Pesch* (Bordas).

38 Ver *Successful*... cap. XII: "The place of psychoanalysis in the history of human thought".

con *Charcot*. Es exactamente, dice, el ambiente del materialismo encarnado por el Adriano *Sixte* del "Discípulo" de *Bourget*...

¿Cómo ha podido tener éxito una doctrina semejante, hasta en los medios católicos? Es interesante plantear esta cuestión...

Allers explica esta novelería mediante factores diversos, aunque convergentes, que caracterizan la mentalidad media del hombre de hoy. El *cientismo*, muy vivo aún en el gran público, a pesar de su abandono casi general por parte de la "élite" intelectual; el *irracionalismo*, con el gusto de lo oscuro, de lo inquietante, de los "monstruos que dormitan en nosotros", juntamente con la monomanía obsesiva que quiere explicar siempre lo superior por lo inferior. *Allers* establece un interesante paralelo entre freudismo y marxismo, en los cuales ve dos formas de lo que él llama muy lindamente la "mirada de abajo" [39] sin hablar del gusto por la jerga esotérica (el vocabulario freudiano ha llegado a ser de uso corriente en la conversación, las novelas, los "films", etc...; se cree así pasar por iniciados). Hay más: el carácter de nueva religión "herética" de la doctrina freudiana, señalado por varios otros autores fuera de *Allers*.

---

39 Los comunistas empezaron (cf. *Reich*) por alabar a *Freud*, destructor de la moral burguesa. Después, ya no quisieron ver en él sino a un pensador pequeño-burgués y reaccionario. Desde un punto de vista diferente, pero también interesante, se han establecido relaciones entre la concepción freudiana del psiquismo y las vistas de la "Réflexologie" de *Pavlov* y *Bechterew*. *Allers* añade flemáticamente "So has *Dalbiez*" (p. 152), pero, en lugar de ver en ello una confirmación del freudismo, ve su condenación (Mecanicismo de las dos teorías, "elementalismo" freudiano).

Para el público católico, hay que mencionar el perpetuo temor de pasar por atrasado, lo cual tendría por resultado hacer de nuestros correligionarios los *últimos* defensores del evolucionismo integral, del freudismo, si no es también de la dialéctica marxista de la historia... Porque, ¡ay!, existen "modos" en materia doctrinal. Sin embargo, *Allers* dice: lo importante es lo que dura, y la "modernidad" (o modernismo) de hoy será la antigualla de mañana... Hay que contar, además, la necesidad de una antropología total, de una vista del hombre que abrace todos sus aspectos. Pero, no será a *Freud* a quien habremos de pedírsela...

VII. — PSICOANALISIS Y EDUCACION

Todo lo que precede muestra cuanto hay que defenderse contra la aplicación cada vez más generalizada del psicoanálisis en la educación. (Es claro que hablamos del psicoanálisis *específicamente freudiano*, no de otros medios de exploración y de reeducación del psiquismo). *Allers*, por otra parte, nos precisa las razones que deben guiarnos en esta oposición:

Es evidente que una educación fundada sobre bases cristianas o simplemente espirituales no podría apelar a un método semejante, agravado por presupuestos ruinosos [40].

Hay sin duda entre lo normal y lo patológico más continuidad de lo que cree el común de la gente. Con todo, la tendencia freudiana a extender sin

40 *Successful*, cap. X: "Psychoanalysis and Education", sin hablar de las obras ya citadas en las notas precedentes.

cesar a lo normal lo que es de orden puramente patológico es discutible y peligrosa... Igualmente, es erróneo atribuir a la curiosidad del niño una naturaleza propiamente sexual (ver párrafo precedente sobre la teoría de la sexualidad). Se pretende que el psicoanálisis ayudará al niño a efectuar bien su evolución psíquica, en el plano de la higiene mental. Pero, dice *Allers* sabiamente, hay casos en los que una curación es más peligrosa que el trastorno que ella presume curar. En particular, ¿hay siempre interés en subrayar, poner a la luz y agrandar ciertos factores sexuales de la psicología infantil?[41]. El psicoanálisis es, además, demasiado optimista a su manera: cree que se puede suprimir todo conflicto, cuando el conflicto es de la esencia del hombre (ver cap. II y III). Se opone a toda objetividad de los valores morales (ver párrafo sobre la Filosofía del psicoanálisis). Es capaz de falsear las relaciones entre educadores y niños (cf.: una madre imbuída de la

41. Paralelamente, cf. los textos siguientes ya citados en nuestro artículo de la "Pensée catholique", nº 9:

"*No existe obra más peligrosa que el psicoanálisis.* Al volver así la atención de la conciencia, y de modo obsesivo, sobre imágenes sexuales, córrese el riesgo de turbar gravemente su equilibrio. Se intenta, en cierta manera poner la casa al revés, puesto que, precisamente, el subconsciente parece realmente tener por función arrojar sombra sobre ciertas cosas" (*Dr. Biot*). "Una parte importante de nuestro mecanismo psicológico *debe* permanecer inconsciente para funcionar normalmente. Así se oculta el mecanismo de un reloj detrás del cuadrante, para que las agujas se destaquen sobre éste e indiquen claramente la hora. Si el reloj fuese transparente y dejase ver todos sus engranajes, la lectura de la hora haríase muy difícil" (Dr. Tournier). El profesor *Lhermitte* hace análogas reflexiones a propósito de los obsesos (op. cit. p. 15). Léase también a este respecto las profundas observaciones de *J. Rolin* ("Drogues de police", Présences, Plon, pp. 229-230 y 279). El espantoso "Journal d'un médecin malade" del doctor Allendy muestra claramente la descomposición provocada por la obsesión psicoanalítica.

teoría del complejo de Edipo). Pone en sospecha y compromete la *autenticidad*, la *espontaneidad*, la *ingenuidad* de los sentimientos fundamentales, lo cual destruye la confianza en nuestros motivos de acción moral. La señora *Marise Choisy* misma confiesa categóricamente: "*Hay una contraindicación general para el psicoanálisis clásico de los adolescentes y aun de los niños*". Procediendo de una entusiasta freudiana, esta confesión es de gran valor (*Psyché*, 30-31, p. 367).

Los psicoanalistas pretenden apartar del campo de sus preocupaciones puramente técnicas los problemas morales o religiosos. Sin embargo, *de hecho*, no les es posible hacerlo: Todo hombre lleva consigo, y hasta en su comportamiento, su "sistema del mundo" [42]. El psicoanalista está impregnado, quiéralo o no, de una atmósfera naturalista anticristiana. Y ya, entonces, o bien el paciente corre el riesgo de sufrir su influencia, o bien estará en guardia, resintiéndose en ambos casos la curación misma.

Allers nos ha referido que un psiquíatra católico norteamericano fué a buscar a *Jung* y se sometió al análisis, no como neurópata sino como deseoso de estudiar la técnica. Al cabo de algún tiempo, preguntó a *Jung*: "¿Debo continuar, no obstante las divergencias entre su sistema del mundo y el mío?" *Jung* le respondió: "*Si usted es católico, y si tiene interés en seguir siéndolo, sería mejor que dejara de venir aquí*". Conocemos, por nuestra parte, y de

42 Pp. 208-210 del capítulo sobre la religión.

modo personal, reacciones análogas provenientes de los medios freudianos franceses [43].

VIII. — CONCLUSION: ADVERTENCIA A LOS CATOLICOS

Allers, cuya moderación en la manera de expresarse es notable para cualquiera que frecuente su obra, no puede aquí contenerse de levantar el tono, pues existen problemas tan graves que no es posible mantenerse indiferente:

"Hay personas que se imaginan que pueden creer en el valor de la religión y en la verdad del psicoanálisis sin ser convencidas de contradicción. *Se imaginan esto sea porque no conocen suficientemente los dos términos*, sea porque su espíritu es de una especie que puede instalarse en las contradicciones, o también, acaso, no poseen bastante crítica como para darse cuenta de ello..." [44]. Ninguno de los que han penetrado el espíritu del psicoanálisis, y, que, al mismo tiempo, están enteramente al corriente de lo que constituye lo esencial de la fe sobrenatural, puede creer que los dos sean compatibles. Ha sido subrayado, tanto por los católicos como por los protestantes, que *el psicoanálisis es fundamentalmente anticristiano:* No hay manera de salir de este dilema: *Se creerá en Cristo o en el psi-*

43 Ver "Psyché", ns. 30-31, declaraciones diversas del P. *Beirnaert* y de la señora *Choysi*. El P. *Leycester King* declara: "Conozco personalmente varios casos en los que el consejo y el tratamiento de un psicoterapeuta no católico, se ha comprobado fueron *muy perjudiciales* para pacientes católicos" (p. 307). Ver, además, pp. 361, 362 y 365.

44 P. 197.

coanálisis [45]. La religión, para *Freud*, es una ilusión (cf.: "L'Avenir d'une illusion"). Los ritos religiosos son prácticas de tipo obsesivo, neurosis de grupo, que hay que reemplazar por el reinado de la ciencia. Lejos de atenuar estas vistas, *Freud* las ha mantenido en su integridad en una de sus últimas obras: "Moïse et le Monothéisme" (Gallimard), pero para hacerlo se apoya sobre una obra extravagante que rechazan *unánimemente* los etnógrafos, y en la que se considera a Moisés como habiendo sido matado por los judíos (?). Entre los protestantes, los que son favorables a *Freud*, como *Pfister*, son la excepción: Hombres del valor del Dr. *Runestam*, de Upsala, defienden una posición muy cercana a la de *Allers*.

Las ideas de los freudianos sobre religión testimonian una "increíble ignorancia"; Freud es "un sectario" en lo que concierne al Cristianismo. El psicoanálisis es "una enorme herejía" [46], no en el sentido en que lo entiende la teología católica, sino en el sentido más general con que *Chesterton* y *Belloc* emplean esta palabra: Disociación de lo real total en detrimento de la unidad verdadera del objeto. Ojalá que los católicos se defiendan contra este espejismo. *Allers* declara fríamente: "Estamos obligados a concluir que un católico debe guardarse de contactos demasiado directos con las ideas freudianas. Si está suficientemente instruído a su respecto, evitará por sí mismo ese contacto. Si no lo está, se

45 Pp. 197-198. Ver además: "The Psychology of character", pp. 317 y 318.

46 Pp. 202-203, 238-239, 241, 246.

le deberá advertir" [47]. Vano en absoluto sería, nos dice él, esperar hacer con *Freud* lo que los Padres de la Iglesia y los grandes escolásticos han hecho con los filósofos griegos: En éstos, el error era adventicio, o, por lo menos, eliminable. Se encaraban doctrinas realistas, objetivistas, respetuosas de los valores racionales y éticos. Aquí, no hay tal: el error está en la raíz. Ninguna "asunción" es posible [48].

Allers, en su contraofensiva, no se hace ilusiones acerca de lo que le espera: Los psicoanalistas, en lugar de responder a las objeciones, psicoanalizan de nuevo a sus contradictores para descubrir horríficas "resistencias". (Así es, no lo olvidemos, como el mismo *Freud* "explicó" el cisma de Adler...) Pero, además de que este procedimiento de argumentación (abundantemente utilizado en otro plano por los marxistas frente a los opositores "burgueses") evoca algunas veces las maneras de los médicos de Molière, el fondo de la cuestión no recibe con ello luz alguna: que nuestro maestro de Wáshington o nosotros mismos estemos cargados de complejos en *nada* cambiaría el contenido lógico de nuestros argumentos. Sólo un "psicologismo" bobo, que han tratado como se merece *Husserl* y *Scheler*, podría engañar a este respecto: Que se responda, pues, a lo esencial, es decir, a nuestros argumentos, en lugar de descalificarnos previamente a toda discución. Hay que creer que la cosa no es tan fácil, puesto que ninguna respuesta firme, hasta aquí, ha sido dada a las pertinentes y coherentes críticas de Rudolf *Allers*.

47 P. 210.
48 P. 214.

Capítulo II

LA NEUROSIS

No podemos, ni queremos, quedar en una impresión negativa. Por importante y urgente que sea, la crítica del freudismo no es, ni mucho menos, el todo de la obra allersiana, que se propone esencialmente ser positiva. Es por eso que ahora podemos, sin tardar más, exponer las ideas del maestro de Wáshington sobre la naturaleza, causas y remedios de la neurosis.

Ubicaremos primeramente la neurosis entre los trastornos que puede sufrir el ser humano. Diremos después una palabra sobre el problema nosográfico (clasificación) tal como lo encara Rudolf *Allers*. Abordaremos, finalmente, la tan discutida cuestión de las causas de la neurosis (factor psíquico y factor corporal). Esto nos permitirá considerar el contenido de la neurosis, la actitud fundamental que en ella se manifiesta, lo cual nos conducirá al problema delicadísimo de las relaciones entre neurosis, santidad y pecado. Algunas indicaciones sobre la terapéutica allersiana completarán este capítulo cuyo interés es visible.

I. — NEUROSIS Y ENFERMEDAD

De manera que asombrará a más de un lector y acaso escandalice a ciertos psiquíatras clásicos,

Allers rehusa llamar a la neurosis "enfermedad" en el sentido ordinario:

No solamente algunos "síntomas neuróticos" aislados y más o menos esporádicos nada prueban contra la normalidad fundamental de alguien (volveremos a hablar de ello más adelante, a propósito de las relaciones entre neurosis y santidad), sino que ni aun una neurosis plenamente caracterizada debe ser considerada como una "enfermedad" del mismo tipo que las otras, en razón de su profunda especificidad.

La distinción de lo normal y de lo patológico es ya muy delicada cuando se trata de medicina somática [1]. ¿Qué no será cuando se aborda la psicopatología? Se puede estar frente a tres actitudes: Irreductibilidad radical de lo normal y de lo patológico. Es, en un sentido, la posición de Ch. *Blondel* con su noción de "conciencia mórbida", bastante cercana a la de Lévy-Brühl "primera manera" sobre la "mentalidad primitiva", y de *Piaget* sobre la "mentalidad infantil" [2]. Identidad entre normal y patológico: es la más clásica concepción "siglo XIX" [3]. Es también, en un sentido, la de Freud que pasa constantemente de un dominio al otro y considera como válido en uno lo que es válido en otro. En fin, puede creerse en una continuidad fundamental de lo normal a lo patológico, con, sin embargo, diferencias de *modalidad* y de *orientación* en las "situaciones".

---

1 Cf. Dr. *Allendy*. "La guérison" (Denoël, 1934) y *Canguilhem*: "Essai sur quelques problèmes concernant le normal et le pathologique" (Estrasburgo, 1943).

2 Ver nuestro capítulo I, nota 6.

3 Ver *Canguilhem*, op. cit.

En esta última actitud se detiene Rudolf *Allers* (ver más precisamente el párrafo IV sobre el "conflicto"). Sentado esto, compréndese bien que escriba él por ejemplo: "Ellos (los neuróticos) no están enfermos sino en cuanto sufren, *y hasta una neurosis no es un enfermedad* en el sentido ordinario" [4], y todavía más:

"La neurosis es un trastorno de una clase particular. Lo que puede decirse de las enfermedades corporales no siempre se aplica a ella. Los trastornos neuróticos no deben ser clasificados ni con los trastornos corporales, *ni con los trastornos mentales.* (*Allers* piensa aquí en las psicosis propiamente dichas.) *No son verdaderas enfermedades,* en el sentido que esta palabra revela en medicina general... Lo único que la neurosis tiene en común con una enfermedad corporal es que ordinariamente —y hasta no siempre— ella causa un sufrimiento" [5]. Por asombrosas que a primera vista puedan parecer, estas vistas son comunes entre los psiquíatras y psicoanalistas (en el sentido más amplio) austro-alema-

4 *Alllers,* "Aridité-symptôme et aridité-stade". *Etudes Carmélitaines,* etc., 1937, p. 134. Asimismo ver "The Psychology of Character": "Los rasgos neuróticos "no son extraños a la naturaleza humana, ni son una perversión de ésta, sino que son el resultado *directo* de la naturaleza humana en dependencia de la caída. En el neurótico, pues, podemos discernir una exageración y una deformación de los caracteres generales... Nosotros reconocemos que entre una persona "normal" y una persona "neurótica" no puede ser trazada ninguna línea de demarcación fundada en un principio, y que todo *hombre, en un sentido, es un neurópata virtual*" (p. 235). Allers vuelve a menudo sobre esta idea.

5 *Successful,* p. 155. Vuelve a encontrarse la misma idea en la correspondencia epistolar del autor (cf. Carta de octubre, 1949): A propósito del neurótico, leemos: "El cliente —*rehuso llamarle enfermo*— porque la neurosis no es una enfermedad aunque ella cause sufrimiento, etc.

nes y suizos [6]. Lo veremos más extensamente en seguida, al estudiar las causas de la neurosis.

II. — EL PROBLEMA NOSOGRAFICO

(Clasificación)

Decimos: *neurosis*. ¿Es esta una denominación demasiado vaga, demasiado amplia? ¿Se puede hablar de una naturaleza, de un proceso común, para trastornos tan variados?

La psiquiatría clásica sería de parecer contrario, atribuyendo mucha importancia a las clasificaciones, y estableciendo "diccionarios de síntomas", como dice *Allers*. Las malas lenguas han llegado hasta decir que lo esencial, para un psiquíatra clásico, era clasificar a un enfermo llegando a ser secundario el resto... Sin llegar a tal extremo, se puede decir que las escuelas austro-alemanas y suizas han debido reaccionar contra tal tendencia. Y ello por dos razones: la primera, porque las clasificaciones en materia de patología mental varían grandemente de una escuela médica a la otra [7]; la segun-

6 Cf. *Jung*: "La psicología de los neuróticos, por otra parte, se sabe, no se distingue de la de los individuos reputados normales sino por rasgos insignificantes" ("L'Homme à la découverte de son âme", edic. du Mont-Blanc, pp. 15-16). *Ania Telliard*, discípula de *Jung*: "Los que sufren psíquicamente... no son necesariamente enfermos, sino seres particularmente sensibles, y por eso mismo, en conflicto con la vida real; una persona neurótica, sin ser alguien anormal, siente en exceso las dificultades de la vida" (Le Symbolisme du rêve", Stock, p. 21). Dr. *Odier*, freudiano independiente: "Estar nervioso no significa estar enfermo. Y ¿quién no está nervioso en nuestra época, excepto los grandes enfermos?" (*Les Deux Sources de la Morale*, p. 20, etc.

7 "El poco valor de las clasificaciones actuales de la patología mental es reconocida por *todos* los autores". Rogues de Fursac, por ej., escribe: "No existe actualmente —*y no podría existir*— en psiquiatría, clasifica-

da, porque no se ha avanzado mucho cuando se ha "pegado una etiqueta" sobre alguien; más interesante es su *historia*, el contenido concreto y particular de sus trastornos [8]. Hay que reconocer que el esfuerzo del freudismo en este sentido fué bastante juicioso. Pero la reacción es aún más nítida en *Adler* y en los adlerianos, ortodoxos o "disidentes", como *Fritz Kunkel* y *Allers* mismo. Estos, como su iniciador, hablan valientemente de "*Die Neurose*", sin especificar más, y creen en un esquema fundamental común a *todos* los trastornos neuróticos, a pesar de la multiplicidad de sus modalidades singulares. Escuchemos a *Allers*, por ejemplo: "Si queremos estar a punto de alcanzar la *esencia* de la neurosis, podría uno preguntarse si se puede, con razón, hablar "*de las*" neurosis, porque ellas aparecen bajo manifestaciones de tal modo diversas que una noción unitaria podría parecer sujeta a caución. De hecho, el histerismo, la fobia, la hipocondría, el tartamudeo, la neurosis del corazón o del estómago, dan en cada caso la impresión de ser algo particular. *Ahora bien, la experiencia nos enseña que en un solo y mismo individuo, todos estos casos pueden producirse, son intercambiables*" [9]. (Veremos más adelante que el autor explica esta variabilidad mediante causas *exógenas.*)

---

ción alguna que no sea artificial, etc." (*Dalbiez*, op. cit. t. I, p. 509). Ver también *De Tonquedec*: "Las enfermedades nerviosas o mentales y las posesiones diabólicas", Beauchesne, Prefacio, pp. 15-16).

8 *Dalbiez*, op. cit., p. 510.

9 The Psychol. of Character, de *Allers*, pp. 319-320. De ahí la juiciosa observación del autor en "Aridez-estado..." (ya citado): "Es difícil, y por lo demás, *poco interesante* ubicar este caso en uno de los cuadros nosológicos" (p. 13).

III. — LAS CAUSAS DE LA NEUROSIS

(Problema etiológico)

La psiquiatría clásica, de espíritu incontestablemente materialista (aun en medio católico) explica *no sólo* las *psicosis, sino también* la *neurosis* por perturbaciones corporales [10], lesiones, intoxicaciones, etc. Algunos, en sentido inverso, tienden a explicar todo psicológicamente [11]. Muchos otros autores recurren *no sólo* al factor psíquico *sino también* al factor orgánico, lo que a priori parece bastante prudente, pero se dividen en cuanto a las aplicaciones. Por ejemplo, *Freud* mismo admite dos clases de neurosis: las neurosis actuales (de origen somático, es decir, corporal) y las psico-neurosis (de origen psíquico, o psicógenas). Su nosografía no importa casi en la perspectiva en la que nos colocamos: lo que importa, es el principio mismo de esta discriminación. Pues bien, este principio ha sido abandonado por freudianos de espíritu independiente como *Jones* y *Stekel*, en provecho de una mayor importancia acordada al factor psíquico. Las posiciones de algunos de estos autores son todavía bastante sinuosas y ambiguas por momentos. La de *Allers* es perfectamente neta, y, sobre este punto, está muy cerca de la de

---

10 En 1930, cuando comenzamos nuestros estudios psiquiátricos en un gran asilo del norte, el digno médico jefe que presidía los destinos del establecimiento nos decía: "No es difícil: una espina en el cerebro, es el trastorno tal. Otra espina, es tal otro trastorno". Nada inventamos...

11 "Lo que llamamos demencia proviene *también* de las profundidades del inconsciente. Cuando lo consciente es demasiado débil, el yo se identifica con una figura de lo inconsciente, y la personalidad se disloca por sí misma: *resulta de ello la psicosis llamada esquizofrenia*" (*Ania Teillard*, op. cit. p. 51). La idea está tomada de *Jung*. Los freudianos y *Freud* mismo, por otra parte, han coincidido más de una vez en vistas análogas.

Adler: Las psicosis son verdaderas enfermedades, de origen esencialmente somático (precisaremos más adelante). La neurosis es *de origen primera y esencialmente psíquico.* ¿Sobre qué se funda esta manera de ver (que, sin duda, no agradará a todo el mundo) y qué significa exactamente?

Ella se funda, primeramente, en la idea de buen sentido de que ningún contenido psíquico (la neurosis no menos que otro) podría *explicarse* propia y directamente mediante lo *no-psíquico.* Este es el sentido del axioma de *Spranger,* que nos gustaría ver grabado en letras de oro sobre los muros de más de uno de nuestros institutos de psicología normal o patológica: *"Psychologica psychologice traduntur",* lo que quiere decir que los hechos psíquicos deben explicarse en términos de psiquismo... siendo todo fenómeno puramente material por sí mismo *sin común medida* con un conocimiento o un estado afectivo. Eso no es todo: la psicoterapia puede, más a menudo de lo que se cree, curar una neurosis. Este hecho supone la psicogenesia de los trastornos tratados. Como lo dice con buen sentido *Allers:* "Si la neurosis fuese de origen somático, ¿cómo comprender entonces el éxito de la psicoterapia? No puede persuadirse a un sistema nervioso defectuoso o a una glándula endocrina a que funcionen más normalmente" [12]. Así es como sujetos gravemente hipotecados en su constitución somática, pueden, mediante la psicoterapia, o hasta por la ascética voluntaria, mejorar mucho su estado y sus reacciones, y así es cómo sujetos de constitución casi idéntica pueden ad-

12 Carta de Allers, fechada el 2 de agosto de 1949.

quirir, bajo la influencia de factores exógenos, comportamientos muy diferentes, hasta opuestos [13].

En un estudio reciente [14], el Dr. Enrique *Ey* reducía a tres las concepciones de la psiquiatría: Reducción de la psiquiatría a la psicología, importancia privilegiada, hasta exclusiva, acordada a las causas y a los contenidos psíquicos de los trastornos considerados. (El Dr. *Ey* citaba a este respecto no sólo a *Freud* y su escuela, sino también a *Spranger*, *K. Jasper* y *Adler*, por ejemplo.) Reducción de la patología mental a la medicina somática (corporal). Ejemplo: la psiquiatría francesa, llamada "asilar" (De *Clérambault*, etc.), que reduce todo a causas anatomo-fisiológicas. El autor atacaba estas dos actitudes, y proponía se las reemplazara por una vista sintética, respetuosa de la *unidad* fundamental del hombre, rehusándose a disociar psiquismo y vida orgánica.

Este texto, simple y sesudo en apariencia, suscita en realidad un enfoque más preciso, y esto desde dos puntos de vista: Primeramente, porque no presenta adecuadamente la posición llamada "psicológica". Después, porque la solución propuesta no está exenta de equívoco.

Allers, por ejemplo (y la mayoría de los psicoterapeutas austro-alemanes o suizos incriminados por el Dr. *Ey*), están *muy lejos* de negar el papel que desempeña el factor corporal en patología mental. De tal modo es verdadero esto, que *Allers* relaciona con ese factor las psicosis, por lo menos la esquizo-

13 "The Psychology of Character", pp. 39-40, por ej.
14 "Études psychiatriques", Desclée De Brouwer, I.

frenia. Y aun para lo que concierne a la neurosis, le reconoce un papel importante, aunque *diferente* del que le asigna la psiquiatría de tipo materialista: queremos decir un papel de ocasión o de *condición* material (y no de causa propiamente dicha: algo más que una tonalidad hay entre estos términos, y aquí, otra vez, comprobamos la importancia de una sana metafísica general). Precisemos: Pensamos que nada mejor podemos hacer que citar un texto inédito de *Allers*, tomado de una carta de fecha 2 de agosto de 1949:

"*En tanto se tome la palabra neurosis en su sentido estricto, niego yo el papel causal de las disposiciones orgánicas*". Si se entiende a la neurosis en un sentido tan amplio como para que se haga entrar en ella a la esquizofrenia (lo que hacen algunos autores a que alude *Allers*), es diferente, pues entonces interviene un factor orgánico. De hecho, a menudo es muy difícil saber cuál de los dos casos se encara, pero esta dificultad del diagnóstico en nada suprime la especificidad de las dos entidades mórbidas distinguidas (del mismo modo que la dificultad en afirmar si tal ser viviente es planta o animal no suprime "ex genere suo", la distinción entre el mundo vegetal y el mundo animal...). La neurosis es psicógena, pues a menudo se cura mediante un tratamiento psíquico (ver más arriba). Pero, continúa *Allers*, se ha olvidado, en lo que concierne a la neurosis, que el cuerpo lejos de ser sólo un elemento de nuestra personalidad total, es también *un objeto de experiencia*. Su estado suscita una "experiencia del Universo" que es susceptible de variaciones (ejemplo: constitución asténica y renuncia forzada a cier-

tas actividades, etc....). "No es porque haya una correlación *necesaria (o una afinidad a lo Kretschmer)* entre la constitución asténica y un carácter llamado esquizótimo, o antisocial, etc...., aunque *pueda* ser este el caso a veces; sino que hay "*respuesta inteligible a una experiencia de una naturaleza determinada*" [15]. El elemento corporal sería, pues, *ocasión* o *condición* (habría aún que distinguir) del trastorno neurótico, y no *causa eficiente* propiamente dicha. Esto en cuanto a la neurosis.

Sería interesante enfocar la psicogenesia de un trastorno en la perspectiva filosófica de Santo *Tomás de Aquino*. En una carta de enero de 1950, *Allers* esboza una solución, fundada en la distinción entre el papel del alma informando al cuerpo, y el de la parte espiritual del alma obrando sobre las facultades sensibles. Estas vistas, cuyo detalle no podemos dar aquí, convergen de modo muy interesante con las que hemos enunciado nosotros a propósito de la noción escolástica de "redundantia" y "refluentia" ("Pensée catholique", n° 13).

"La psicosis propiamente dicha, *es otra cosa*". Esquizofrenia y demencia precoz (si son diferentes) son enfermedades *orgánicas*, hasta (diremos) del sistema central". (*Allers* no pacta, pues, con la teoría

15 "Psychol. of char.", pp. 42-43. *Allers* distingue *causa* y *ocasión* (aquí no dice condición). Un hombre débil físicamente, o transitoriamente debilitado, tiene de su cuerpo una experiencia de un cierto tipo, una "vital consciousness" que colora sus reacciones y da a su conducta materiales de un cierto estilo, si puede decirse.

P. 301, *Allers insiste sobre la necesidad de estudiar a los niños difíciles y a los sujetos neurópatas desde el punto de vista corporal* (perturbaciones glandulares, vegetaciones adenoides, *intoxicaciones alimentarias*, etc.). Por consiguiente, sería absolutamente injusto reprocharle jugar al puro espíritu...

psicológica de la esquizofrenia, sostenida por ejemplo por *Jung* de Zurich y hasta por *Freud* en ciertos lugares.) Falta la psicosis maniática, depresiva o ciclotimia (*Allers* no tiene en vista otro caso en el documento citado, que reproducimos casi literalmente). Aquí, *Allers* es más reservado: "Yo no creo que se pueda indicar, en este caso, factores orgánicos". Una *predisposición* orgánica hereditaria es posible, *pero nada más:* "El ataque mismo, la psicosis, manía o melancolía, tiene *probablemente* una etiología (causas) de orden mental. Recuerdo una observación de Pierre *Janet:* que *siempre* se encuentra una causa, una *experiencia,* un *choque* de alguna naturaleza precediendo al ataque melancólico, pero que hay que buscar, para encontrar esta causa, no sólo en el pasado inmediato, sino más lejos, porque existe un período más o menos largo de incubación" (carta citada).

Y prosigue *Allers intrépidamente* (es la palabra que conviene):

"No pienso que haya *un* psiquíatra que espere *realmente* encontrar alteraciones anatómicas en la locura circular... Si hablan de ello, aquí y para la neurosis, es más bien una *hipótesis, que ellos prefieren, no sé por qué...*"

Es bien manifiesto que esta posición, por discutible que pueda parecer a la mayoría de los psiquíatras franceses, está, en todo caso, muy lejos de tratarnos como "puros espíritus" y de hacer tabla rasa de nuestra unidad fundamental...

Hemos dicho que la posición que se nos ofrece en cambio, y que apela a una vista unitaria del hombre a la manera sanamente aristotélica (hiloformismo)

está tal vez más sujeta a caución de lo que parecería. A menudo, no parece que ella escape de un cierto confusionismo metafísico que salva mal la *especificidad del psiquismo*. No tememos decirlo: A fuerza de querer reaccionar contra el dualismo cartesiano o platónico, se termina por no distinguir suficientemente la vida mental y sus condiciones orgánicas. Así es como el Dr. *Giscard*, que sin embargo apela a Santo *Tomás de Aquino*, reprocha a *Freud* el ser *demasiado espiritualista*, porque admite trastornos psíquicos sin raíz orgánica. De la misma manera, habiendo escrito el Dr. *Marie* que nuestro físico y *nuestra moral* no son sino la simple consecuencia de nuestro estado bioquímico, el P. *Barbado*, sabio dominico italiano, ve allí una tesis totalmente tomista. *Tampoco habría que confundir hilomorfismo aristotélico y epifenomenismo a la manera del siglo XIX*. De lo contrario, todos los compromisos serían posibles, y se llegaría a encontrar sabor tomista a las fórmulas del P. *Teilhard de Chardin* mismo: "No más espíritu, ni materia, sino *espíritu-materia*" [16].

16 Ver nuestro estudio *in* "Pensée catholique" nº 8, "Une métaphysique neo-chrétienne", p. 273. El P. *Bouyer*, del Oratorio, es igualmente bastante severo con la psiquiatría francesa oficial. Cf. "Vie Intellectuelle" de diciembre de 1947, especialmente pp. 98-99: "Parece extremadamente difícil para los franceses imaginarse de verdad que algún acontecimiento en el dominio del pensamiento pueda producirse fuera de sus fronteras. Vivimos de una reputación tal de universalidad que nos parece casi superfluo informarnos de lo que los demás pueden descubrir, persuadidos cándidamente de que guardamos definitivamente el tesoro de ideas del cual debe vivir el mundo. Es un sueño en el cual entre nosotros, y dentro de poco en nosotros solos, sobrevive el siglo XVIII. Mas, tiempo sería ya de que saliésemos de él si no queremos hacer el papel de atrasados cuando nos gloriamos de iluminar al mundo, y si no queremos pasar por campesinos del Danubio cuando creemos estar en la delantera de la civilización occidental. Existe un dominio científico en el que nuestras agradables, pero peligrosas ilusiones, se comprueba que son particularmente burdas, y en el

Si la neurosis no es de origen fundamentalmente orgánico, se sigue de ello un saludable optimismo práctico, un rechazo categórico del Mito de la Herencia fatal a la manera del siglo XIX y de sus continuadores. "*No existe disposición específica de la neurosis*". Lo que puede llamarse "nervios débiles" u otras fruslerías, pertenece sea al lenguaje popular, sea al residuo de concepciones cientistas perimidas y batidas en retirada... Claro que hay disposiciones a la neurosis; son las fallas de educación, etc.... Consideramos como inaceptables esas teorías que quieren hacer depender las neurosis de alguna modificación corporal; un "sistema nervioso débil" que estaría en la base de los fenómenos neuróticos debe ser completamente desechado. Esta idea proviene de una concepción esencialmente materialista, etc." [17].

---

cual sería muy especialmente de desear que se las disipe lo más rápido posible, es el de la psicología y sus diversas aplicaciones a la vida. En ningún dominio, acaso, no permanecemos más cándidamente impregnados de un "cientismo" que nos parece el "nec plus ultra" del progreso cuando en realidad no hace más que hacer sonreir a nuestros vecinos más caritativos. *Así como nuestra psiquiatría se atiene de ordinario a un organicismo en desuso*, nuestra psicología experimental cree haberse emancipado definitivamente de los prejuicios espiritualistas porque se limita al sector más estrecho de la psicofisiología. Pero no se percibe que, así, se permanece remachado a posiciones polémicas desde hace mucho tiempo dejadas atrás en todas partes, excepto entre nosotros, mientras se abstiene uno de estudiar, en virtud de *a priori* dogmáticos, todo lo que no sea sensación o mecanismos cerebrales. Si la psicología pura presenta entre nosotros, casi en todos, estos dos caracteres de estrechamiento y de atascamiento voluntario, no hay porque asombrarse de que la psicología aplicada reemprenda, mediante atrevimientos revolucionarios, la continuación laboriosa de experiencias unilaterales, que, en cualquier otro país de Europa o de América, *casi ya no tendría sino un interés cuasi arqueológico*". Sin embargo, hasta en los Estados Unidos de Norte América el "cientismo" desempeña aún un papel muy pernicioso, dice *Allers*.

17 "Psychol. of char.", loc. cit. *in* nota (13) y p. 325 v. g. El principio de oro de todas las escuelas de inspiración adleriana es el de no atribuir un rasgo de carácter a la herencia o a la constitución sino cuando las

Hagamos notar, finalmente, para terminar con las generalidades concernientes a las causas de la neurosis, que Rudolf *Allers* atribuye muy poca importancia al problema de lo inconsciente que está en el centro del freudismo; por ejemplo, se notará que toda la crítica del psicoanálisis expuesta por nosotros en el capítulo precedente ni siquiera ha abordado este problema, en el cual *Allers* no ve más que un corolario, por otra parte de mediocre importancia, de la filosofía freudiana [18]. La doctrina allersiana se compone muy bien con lo subconsciente. Del mismo modo, un autor suizo hacía notar, hace ya algunos años, que el supuesto subconsciente se llamaría mejor, para Adler, lo "incomprendido", es decir, que la significación de nuestros actos se encontraría a menudo ante nuestros ojos sin que le prestemos (o queramos prestarle) atención. A este respecto, ciertas ideas de *Sartre* nos parecen bastante fundadas. La "Psychologie des profondeurs", a lo *Freud-Jung*, corre riesgo a menudo de no ver los arrecifes a flor de agua, o si se quiere, busca, demoliendo toda la casa, la "carta robada" que está debajo de las narices en la canastilla de la correspondencia...

Nos falta ahora examinar cómo se manifiesta el factor psicológico que explica la neurosis. Este será el objeto del parágrafo siguiente:

---

explicaciones por el medio familiar, escolar, etc., se han manifestado insuficientes. Tenemos demasiada tendencia a calificar de "innato" a las manifestaciones del niño, olvidando que éste es *muy rápidamente* "condicionado" por su medio. Cf. *Psychol. of Char.*, pp. 10-111. Contra la frecuencia de recurrir a la herencia patológica en materia psíquica ver *Adler* ("Tempérament nerveux", p. 327), nº 1, *Jasper* ("Psychopathologie générale", pp. 414-415) y muchos otros.

18 *Successful*, p. 31 (cap. I).

IV. — CONFLICTO Y NEUROSIS

Allers reprocha a *Freud* concebir mal los conflictos que se producen en nosotros:

"El nombre de conflicto debe ser reservado para situaciones mentales en las cuales el espíritu es tirado de un lado a otro por dos fines opuestos. Existe un conflicto de los deberes. Existe conflicto entre nuestro impulso hacia el placer y nuestra conciencia. Pero el nombre de "conflicto" está fuera de lugar si se tiene en vista a los instintos. Tan poco entran los instintos en conflicto cuanto las fuerzas físicas. No hay conflicto entre dos imanes, cuando cada uno de ellos atrae un trozo de hierro. El hierro se mueve hacia el imán más fuerte. El organismo animal obedecerá al impulso del instinto más fuerte. Algunas fuerzas físicas o instintos son antagónicos, pero jamás constituyen una verdadera situación de conflicto. Los instintos son concebidos por el psicoanálisis al modo de las fuerzas físicas. Lo que es verdadero de éstas es verdadero de aquéllos. Hablar de un "conflicto entre instintos" es gran impropiedad, porque así uno será conducido muy fácilmente a la idea de que los verdaderos conflictos son debidos sólo a un antagonismo entre instintos. No hay duda de que éste es el parecer de *Freud*. Pero no es verdadero...". (Allers habla en seguida de una estrellamar cuyas terminaciones están sumergidas en diversas soluciones salinas de igual concentración mientras el cuerpo está en seco): "Ella no se desplazará, porque los excitantes son todos de la misma intensidad. Este animal se comporta realmente como el famoso asno (de Buridan). Se queda plantado. El

psicoanálisis no ve diferencia alguna esencial entre los instintos y así las formas simples de atracción y excitación son ilustradas por medio de los ejemplos citados. El resultado de un antagonismo instintivo no proviene de una elección o de una decisión, sino que resulta de una diferencia de intensidad. La verdadera analogía, por consiguiente, no es la decisión o la elección, sino el paralelógramo de fuerzas tomado de los tratados de mecánica. La voluntad libre es verdaderamente una noción que no puede hallar sitio en el sistema psicoanalítico" [19].

En realidad, dada la naturaleza humana, la existencia y la naturaleza del conflicto deben ser concebidas diferentemente. Este se manifiesta esencialmente entre el amor y el instinto (nosotros preferiríamos el término apetito sensible) [20]. El amor verdadero, muy lejos de ser sólo una forma más o menos hábilmente enmascarada de los factores instintivos, es de sentido opuesto al instinto.

El amor es altruísta, en tanto que el instinto es egocéntrico. El amor implica elección y sacrificio; el instinto (lo veremos en el capítulo III) tiene por función servir de *instrumento* al amor, y no otra cosa. Tanto más cuanto que la personalidad total es muy otra cosa que un haz de tendencias, aunque éstas estén jerarquizadas.

Opuesto a *Freud* en lo relativo a la *naturaleza* del conflicto, *Allers* lo es también respecto del *papel* que hay que reconocer que desempeña en la vida

19 Ibíd. p. 78 y también p. 12, sobre el "fisicismo" de la noción freudiana de "resistencia".

20 El instinto, para nosotros, es un fenómeno *de conocimiento* y no de apetito. Cf. nuestro *S. Thomas d'Aquin*, Bordas, nota 47, p. 63.

psíquica: *Es imposible eliminar el conflicto de nuestra vida interior.* El cándido optimismo (heredado del siglo XIX) que anima a *Freud* y a sus discípulos es enteramente vano. Seres compuestos, finitos, imperfectos, no podemos nosotros esperar alcanzar una especie de equilibrio estático y satisfecho, a la manera de los personajes del "Mejor de los Mundos" de *Huxley.* La lucha forma parte de nuestra naturaleza limitada (*y caída:* muchos cristianos lo olvidan).

Sólo que *Allers,* en lugar de creer que el conflicto entre lo "alto" y lo "bajo" es por sí mismo generador de trastornos psíquicos, ve en él, a condición de que se lo tome bien, una fuente indispensable de grandeza y de enriquecimiento: "Si las dificultades inherentes a tales conflictos no son consideradas como una "injusticia", como "algo que no debiera existir", el equilibrio mental no se resentirá por ello. Los conflictos no son, *en sí mismos,* causas de perturbación moral (= psíquica, aquí). No lo llegan a ser sino cuando el individuo, en lugar de aceptar la vida tal cual es, es decir, más o menos erizada de dificultades, adopta una actitud de rebelión contra su suerte" [21]. Volveremos sobre esto, a propósito de las relaciones entre neurosis y santidad, y también a propósito de la terapéutica allersiana. Contentémonos, pues, con comprobar que *"El conflicto resulta de la estructura ontológica de la personalidad humana; es necesario para su desarrollo moral"* [22]. Asimismo, en lugar de ser negado, como lo es por

21 "L'Amour et l'Instinct", "Etudes carmélitaines", 1936, p. 120.

22 Ibíd., p. 121.

el optimismo de los siglos XVIII y XIX, o divinizado, mantenido como un término y un ideal supremo, como lo es por Nietzsche o los surrealistas por ejemplo, el conflicto debe ser finalizado y superado [23]. Tócanos ahora ver de más cerca las causas del conflicto y su contenido:

El hombre, en cuanto ser limitado, imperfecto, encuéntrase en una condición profundamente inquietante y peligrosa: La Naturaleza, en gran parte desconocida, rodéale amenazándole en la medida en que le ayuda (y a veces en mayor medida). El tiempo, el espacio, con la espera y la incertidumbre que de allí derivan, a cada momento nos hacen experimentar nuestros límites. El prójimo mismo, aunque metafísicamente sea de la misma esencia que nosotros y que, cristianamente, sea nuestro hermano, a menudo está cerrado y es incomprensivo al mismo tiempo que incomprensible para nosotros. En todo caso, de ningún modo rompe nuestra profunda soledad. Dice *Bernanos:* "Siempre se está solo". De modo parecido, *Allers* declara, en un lenguaje muy aristotélico o más bien muy tomista: "El ser racional tiene esto de particular, que su existencia y su esencia se reflejan en su conciencia: *La soledad sentida es el correlativo subjetivo del aislamiento ontológico.* Cuando dos seres finitos se tocan, no se trata ahí del contacto (directo) de dos substancias, no hay más que accidentes que, directamente, obra uno sobre otro. No tenemos nosotros conocimiento alguno inmediato de las substancias, las adivinamos como

23 Sobre las tres posiciones posibles ante el conflicto de la existencia (negación pura y simple, divinización, o superación); ver la interesante obra de *J. Molitor* "Tragique et triomphe dans le Christianisme", Casterman.

estando "detrás" de los accidentes" [24]. Las leyes del grupo limitan nuestra libertad. En cuanto a la enfermedad y a la muerte, se sabe cuanta importancia le atribuye, sobre todo a esta última, el pensamiento contemporáneo (Cf. "L'Etre vers la Mort", de *Heidegger* y la filosofía sartriana).

En general, estamos en cierto modo contenidos por las leyes de la realidad. La actitud del hombre ante un universo tal es muy espontáneamente la de la angustia [25] cuando las frágiles barreras erigidas para protegernos han mostrado su carácter ilusorio:

"(La angustia) surge cuando el edificio de las ilusiones metafísicas se derrumba. La cuestión de la angustia ha sido muy estudiada, estos últimos años, sea en psicología descriptiva sea en la filosofía llamada de la existencia. Por divergentes que puedan ser las opiniones emitidas sobre la angustia, no dejan de concordar en un punto: Todos los autores declaran que la angustia está íntimamente ligada a la *experiencia de lo desconocido*, y *que ésta está emparentada con la experiencia de la nada*. Todas estas contribuciones a la psicología de la angustia están fuertemente influídas por la filosofía de S. *Kierkegaard*, que es también el padre de la "filosofía de la existencia". La angustia pone al hombre frente a lo desconocido y a la nada, o bien *es la reacción del hombre cuando se ve confrontado con la nada y lo desconocido*. K. *Goldstein* muy luminosa-

24 Ver nuestra *Introduction au Thomisme*, pp. 1, 52 y 130-142.

25 La psiquiatría clásica distinguía: angustia (esencialmente somática), y ansiedad (psíquica). Esta distinción tiende cada vez más a esfumarse en las obras recientes. (Cf. *J. Boutonier*, "L'Angoisse", cap. I). Aquí tampoco nosotros haremos distinción alguna.

mente ha caracterizado a la angustia como una "*reacción de catástrofe*"; cada vez que el hombre se encuentra en una situación de catástrofe, aparece la angustia..." [26]. Lo cual no implica forzosamente que la angustia sea, por definición, un fenómeno mórbido:

"El hecho, *en sí*, no implica el diagnóstico de neurosis. Ciertas personas, que sufren angustia, no son ni neuróticos ni alienados, sino simplemente están afectados por algún trastorno orgánico (tuberculosis, trastorno endocrino, enfermedad del corazón). En otros casos, la angustia está plenamente motivada, sin que haya neurosis: Un hombre colocado en alguna situación peligrosa experimentará, a menudo, angustia, aun cuando no piense en absoluto en ese peligro inminente. Dirá entonces que no hay motivo de angustia, porque desvía voluntariamente su mirada de la causa real de esta angustia. En fin, una cierta evolución de la vida religiosa conduce, dependiente de ella, a una angustia de la que volveremos a hablar..." [27]. Es, pues, fácil concebir que una *tensión* se establece entre lo que quisiéramos ser, o hacer, y la respuesta que nos proporciona lo real. Pero, en el hecho, ¿qué es lo real? El hombre de la calle ante esta pregunta enarcará las cejas: "Pues... lo real, es lo que existe". Muy bien, pero la idea de lo que existe o no, no podría en último análisis ser independiente de lo que se piense del universo, de su naturaleza y de su sentido. La res-

---

26 *Allers "Aridité - stade..."*, pp. 143-43 y 146. Ver, igualmente, "Psychol. of char.", pp. 114-121.

27 *Aridité-stade*, pp. 142-143.

puesta no será, pues, la misma para un cientista (materialista o positivista) del siglo XIX y para un autor espiritualista y cristiano. *Todo es solidario, en un sistema del Mundo:* La manera cómo un psiquíatra moderno trataría a una émula de Juana de Arco no podría ser la misma según, se adhiera a un materialismo "asilar" o a una vista más espiritual de los fenómenos mentales... Como muy bien lo dice *Allers:* "La concepción que uno se hace del no-yo incluye mucho más que el mundo visible de los hombres y de las cosas. El reino de las ideas, de las verdades, de los valores, es en sí mismo un mundo..."[28].

Para un cristiano, Dios, el alma, la gracia, el más allá... no sólo son realidades, sino que son realidades más consistentes, más "irrompibles" que el mundo de la materia: La liturgia y la Escritura insisten en ello constantemente, y el comportamiento de los santos está enteramente impregnado de esto. El Cardenal *Newman* tuvo por epitafio la hermosa fórmula: "Ex umbris et imaginibus ad Veritatem"...

El hombre se encuentra, pues, colocado ante este dilema: aceptar o rechazar lo real, aun en lo que tiene de más inquietante, comportarse de conformi-

28 *Psychol, of Char.*, p. 9. Esto tal vez nos incite a revisar la famosa jerarquía de las funciones mentales debidas a *Pierre Janet*, que ubica a la actividad intelectual por debajo de las tareas materiales, en cuanto al "sentido de lo real", exigido. *Eymieu* decía ya muy bien (aunque dependa él muy estrechamente de *Janet*): "Habría que decir, "cuando ella bate ideas abstractas sin llegar a nada, porque de otro modo "el manejo de ideas abstractas constituye en ciertos casos una "adaptación a la realidad". El filósofo, por ejemplo, al construir sus teorías, remueve y coordina *más realidad*, desde su punto de vista, que el comerciante vendiendo su mercadería". ("Le gouvernement de soi-même", 2ª serie, p. 153).

dad con las normas *objetivas de la realidad* [29]. La aceptación franca y total es la del hombre enteramente normal, es decir, del santo. (Volveremos más adelante sobre las relaciones entre santidad y normalidad psíquica según *Allers).* Pero hay tres maneras de violar el orden ontológico de los seres y de los valores:

"La anormalidad de una acción es, en ciertos casos, causada por la ignorancia o una visión errónea del orden [30]. *Es más o menos el caso del alienado* (psicópata). En otros casos, el sujeto obra contra leyes no sólo conocidas por él, sino cuya validez no pone en duda. Es, entonces, *la rebelión abierta, el satanismo declarado.* En fin, existe una tercera actitud que se ubica en cierto modo *entre las dos precedentes:* Es la rebelión cuya naturaleza tanto como su existencia ignora el sujeto mismo" [31]. Tal sería, según Rudolf *Allers,* el caso de la neurosis. Esta constituiría un conflicto de raíz metafísica, una actitud en falso frente a lo real.

Es notable la gradación de ideas, de *Freud* a *Allers:* Para *Freud,* todo conflicto psíquico se reducía a un choque entre elementos instintivos (no siendo el "super-yo" mismo sino un haz de elementos de la misma naturaleza que las fuerzas brutas a

---

29 Puesto que la filosofía de *Allers* es realista (en el sentido propiamente filosófico de una distinción entre el pensamiento y su objeto) la moral considerará ella misma los valores como objetivos (ver nuestro *S. Thomas,* cap. sobre el conocimiento, *passim,* y moral general, íd.). Cf. *Allers* "Réflexions sur la Pathologie du Conflict", *Etudes Carmélitaines,* 1938, t. I, *"Las leyes que regulan la normalidad de las acciones son las del orden objetivo de los valores".* Es perfectamente claro. Tanto peor para los escépticos y sus compadres idealistas...

30 Natural y sobrenatural: los dos son distintos y solidarios.

31 "Pathol. du conflict", *Et. Carmélitaines,* 1938, t. I, p. 26.

las que se opone) y la sexualidad desempeñaba el papel principal. Para *Adler*, la sexualidad no es más que un elemento utilizado por algo más profundo, el deseo de afirmación del yo [32].

Allers, finalmente, va a mayor profundidad aún que *Adler*. Aunque debe mucho a éste, lo ha sabido superar: El conflicto adleriano no es, él mismo, sino el biombo que oculta algo más profundo todavía: "el conflicto metafísico". "*Jamás he visto neurosis que, en último análisis, no sea una cuestión metafísica no resuelta... Estas cuestiones metafísicas que ellos (los neurópatas) se plantean no son máscaras. No hay, "detrás", un conflicto de tendencias, ni una voluntad de poderío, sino la última y capital cuestión que inquieta a esos seres*, y a la cual no se han atrevido a dar respuesta, o no se han atrevido a plantearse verdaderamente..." [33].

Allers, después de haber escrito estas líneas, ha precisado sus vistas sin abandonarlas de modo alguno: "En mi primer libro, dije que el neurótico sufre un conflicto metafísico. *Todavía lo creo*... Pero creo también que *un conflicto tal toma necesariamente la forma de un conflicto moral*, o que un problema ontológico (*Allers* propone en otra parte que más bien se le llame: *óntico*, es decir, que afecta al ser en lo que tiene de intrínseco) como el del lugar del hombre, y de *este* hombre individual, en el orden real es *también* un problema moral. El

32 Volveremos sobre ello en el cap. siguiente, a propósito del papel de la sexualidad en el niño y en el adolescente. Ver, desde un punto de vista general, nuestro artículo ya citado de la "Pensée catholique", nº 9, p. 46.

33 *Psychol. of Char.*, p. 327.

hombre es "colocado" (o "situado") pero él se coloca sin embargo. Como su personalidad no es simplemente dada sino que debe ser desarrollada por él mismo, constituye un deber para cumplir, y no solamente un don recibido, así el hombre debe consentir en ocupar el lugar que le pertenece y al cual pertenece" [34].

La neurosis es, pues, el resultado de una rebelión inconsciente, o mejor mal consciente, contra lo real y los valores. Vamos a examinar sus características desde un punto de vista descriptivo, o fenomenológico:

Diremos sólo unas palabras sobre las manifestaciones más clásicas y más triviales del temperamento nervioso, o neurótico: Sensibilidad y emotividad excesiva, susceptibilidad. Esta es en lo esencial un rasgo de egocentrismo, una reacción contra nuestros semejantes que han faltado a la misteriosa etiqueta, al ceremonial secreto decretado más o menos conscientemente por el sujeto. Son de notar, también, la dificultad en decidir, o, inversamente, la enorme precipitación. Cuando un sujeto tal pide consejos, generalmente es para descargar sobre otro su propia responsabilidad más bien que para modificar realmente su conducta. Las dudas especulativas (tendencia al bizantinismo intelectual y a las incertidumbres fundamentales) y el escrupulismo moral son muy frecuentes, y constituyen para el "yo" así trabado un excelente pretexto para no cumplir nada efectivamente (nada de compromiso, ni de riesgo, etc...). Naturalmente, que el sujeto

34 Carta del 2 de agosto de 1949.

estará persuadido de la espantosa unicidad de lo que experimenta, que nadie es capaz de comprender fuera de él mismo. De ahí, reticencias, soledad, huída del prójimo, descorazonamiento que puede llegar hasta el suicidio. Porque, a un cierto grado de trastorno, el universo entero produce decepción. El neurópata reprocha, en el fondo, a las *cosas el que sean lo que son y no lo que él quisiera que fuesen.* Por ahí, volvemos a estar en contacto con la idea allersiana fundamental de la inobjetividad del neurópata, que desearía en el fondo, exactamente como el pecador orgulloso (aunque según otras modalidades. Cf.: párrafo siguiente), ser *como Dios* y dictar a la Naturaleza sus leyes [35].

Todos estos aspectos de detalle se reducen, por otra parte, a un pequeño número de rasgos fundamentales que caracterizan a la neurosis: la *"artificialidad"* y el *egocentrismo.* Precisemos algo más:

La "artificialidad" puede revestir dos, hasta tres, aspectos. En primer lugar, hay que mencionar la "artificialidad de la experiencia". Ella se manifiesta cuando un ser humano es atraído al mismo tiempo por dos o tres objetos de interés. Es, en suma, el caso en el cual no estamos enteramente en la experiencia del momento. Vivimos enteramente, por ejemplo, nuestra contemplación artística cuando

35 Cf. "Psychol. of Char.", pp. 86-93, sobre todo p. 90. "Esta pretensión: Si las cosas fueran lo que deben ser, el mundo obedecería a *mis* pensamientos y a *mis* deseos", equivale, en su forma extrema, sencillamente a: "*Yo debo ser omnipotente*". Notemos que ya *Adler* (que no creía en Dios) veía en la actitud neurótica fundamental un "deseo de ser como Dios". En el pensamiento de Allers, en su sistema del mundo, la cosa adquiere su pleno significado. Un enfermo de *Jung* decía: "Si conociese el *sentido* y el *objeto* de mi existencia no sabría qué hacer con estos trastornos nerviosos!".

enteramente nos damos a ella, cuando estamos llenos de ella, en toda objetividad, sin otro pensamiento, y sobre todo sin desdoblarnos para preguntarnos el efecto producido a otro por nuestra actitud. En el caso inverso, se trata de la artificialidad que resulta de una posición entre dos impulsos de tipo consciente (con mayor o menor claridad, es verdad). La segunda forma de artificialidad se manifiesta entre el ser de una persona y su comportamiento. No se trata de decir que el hombre es en este caso un "poseur" que ostentaría más cualidades o dones que los que realmente tiene: puede ser verdadero lo inverso, es decir, puede ser que el hombre esté más dotado de lo que parece para la observación exterior. Pero, en toda hipótesis, experimentamos un sentimiento de malestar, de discordancia, de no-verdad, en presencia de tales sujetos.

Allers admite, en fin, una tercera forma de artificialidad, más difícil de circunscribir y de definir. Consiste en un rechazo de nuestra naturaleza y de nuestra condición fundamental de criatura, de que hemos hablado más arriba, y sobre lo cual volveremos al hablar de las relaciones entre santidad y neurosis... *Allers* estima que la artificialidad, sobre todo bajo su segunda y tercera forma, se vuelve a encontrar siempre en la neurosis, y que es uno de sus caracteres esenciales [36]. Lo mismo en cuanto al *egocentrismo:* El neurótico defiende una posición perdida, es presa del miedo, y hasta de la angustia. Así, repliégase cada vez más estrechamente sobre sí mismo. *Allers* lo compara con alguien que se

36 *Psychol. of Char.*, p. 3, pp. 322-326.

mirase en un espejo que no reflejara su fisonomía ni nada del mundo exterior. De ahí el autoerotismo, o narcisismo, las reacciones melancólicas, etc... Con frecuencia se ha opuesto a esta aserción los dolores tan penosos del neurópata, sean ellos morales o corporales. Pero la dificultad no es más que aparente, porque esos dolores son en realidad provocados por el sujeto (no decimos de manera consciente) con el objeto sea de atraer sobre él la atención, sea de volverse incapaz de actividad fecunda y "comprometedora" en el plano social, sea por cualquier otro fin mórbido, todavía egocéntrico (¿quién no conoce niños "nerviosos" que están sujetos a síntomas penosos —y reales, por lo demás— con ocasión del nacimiento de un hermanito, o en vísperas de un concurso escolar?...).

Muchas cuestiones se plantean, sin duda, en el espíritu del lector. Creemos que podemos responder a algunas de ellas, entre las más importantes, encarando los problemas que nacen de las relaciones entre pecado, santidad y neurosis:

V. — SANTIDAD Y NEUROSIS

Ya en la escuela adleriana más clásica se asiste a una especie de convergencia, o de simbiosis, entre lo concerniente a la salud psíquica y lo que se refiere al orden moral y espiritual. Esta vinculación está en oposición formal, no sólo con la psiquiatría materialista oficial, sino también con el psicoanálisis freudiano. Sábese que para *Adler*, el motor esencial de la actividad humana débese buscar en el anatagonismo entre *afirmación del yo* (la expresión

"voluntad de poderío" es aquí bastante equívoca, porque rezuma egocentrismo) y el sentimiento de inferioridad. Todo hombre oscila entre estos dos polos de atracción, ciertamente no de manera pasiva (aunque librepensador, *Adler* siempre ha protestatado contra el determinismo freudiano) [37], sino bajo la influencia de nuestras condiciones de vida. Si la afirmación del yo, más o menos contrariada, no puede satisfacerse por la socialización de la tendencia y el "sentimiento de comunidad" [38] y de útiles "supercompensaciones" (desarrollo de aptitudes, etc.) el sujeto corre riesgo de caer, sea en la delincuencia (robo, crimen, etc.), sea en la neurosis, refugio ilusorio del inadaptado, y cuyo mecanismo fundamental no difiere en naturaleza de la delincuencia. Por esto es que se puede decir muy justamente que "para *Adler*, la neurosis es *una enfermedad del sentimiento de comunidad*" (C. *Baudouin*), y que se puede leer en una obra adleriana

37 De una manera general, la oposición *Adler-Freud* es radical e insuperable. Recae no sólo sobre el papel que debe atribuirse al factor sexual, sino también sobre el papel que desempeña el pasado y el futuro (ver fin del capítulo), sobre el predominio del análisis o de la síntesis en la psicología, etc. ... Algunos independientes como *Baudouin* lo han subrayado perfectamente. Es menester, pues, considerar como dependiendo de la prestidigitación intelectual el capítulo del libro ya citado en que la doctora *Cave* se esfuerza en mostrar que, en el fondo, *Adler* dice las mismas cosas que *Freud*, y que no desea aparecer contradiciéndolo sino por orgullo y maldad. Hacemos notar a la señora *Cave* que el psicoanálisis freudiano de *Adler* podría muy bien ser reemplazado por un análisis adleriano de *Freud*. La cosa ha sido hecha ya, y no carece de pimienta: Freud niño, dirigido de manera autoritaria, judío humillado, fastidiedo por su pequeña estatura, etc. ... Tales ejercicios son, a decir verdad, de muy poca fecundidad científica...

38 El sentimiento de comunidad desempeña en *Adler* un gran papel. Los que han acusado a este autor de "nietzscheísmo" (lera social demócrata!...), sean ellos católicos o no, hubieran hecho bien si le hubieran leído con un poco de atención...

un tanto pesada, pero extremadamente rica e interesante: "...Una concepción social que hace coincidir el punto de vista individual de la higiene con el punto de vista social de la moral: para gozar de buena salud, es preciso cultivar el altruísmo. La psicología de Alfred *Adler* muéstrase, ciertamente, como la tentativa más extrema que haya sido hecha hasta el presente para justificar una tesis de moralidad social partiendo de un puesto avanzado de las ciencias biológicas" [39]. En forma parecida, leemos también a propósito de un disidente protestante del adlerismo —de quien nosotros hacemos mucho caso por nuestra parte— Fritz *Kunkel* (caracterólogo berlinés actualmente en la Universidad de Los Angeles): "Una vez más, en esas psicologías que consideran la conducta del hombre en el seno de la sociedad, y condicionan su equilibrio psicológico por su adaptación a ella, la moral invade todo. Se confunden, pues, preceptos psicológicos y preceptos morales" [40]. Tendríamos reparos que oponer a las expresiones un poco brutales de este texto. Siempre queda que, en el incrédulo militante y agresivo que fué *Adler*, como en los adlerianos cristianos, hay una vinculación bastante estrecha entre los problemas morales y los problemas de caracterología y de psicopatología. No disimulamos la "grita" que va a desencadenar esta actitud, que realiza por una vez la unión sagrada de los psiquíatras "clásicos" y de los freudianos, estos hermanos enemigos, pero

39 O. *Brachfeld*, adleriano independiente, en "Les Sentiments d'infériorité", edición du *Mont-Blanc*, p. 178, n. 1, citando a *H. De Man*.

40 *Brachfeld*, a propósito de *Fritz Kunkel*, a quien, por otra parte, juzga mal, op. cit., p. 100.

solidarios en su concepción naturalista del hombre y de su arte. Por ello es que avanzamos lentamente, tratando de evitar, si no las oposiciones (ellas son inevitables) por lo menos los contrasentidos (un optimismo acaso excesivo nos inclina a pensar que ellos son —o serían... — evitables):

Hemos dicho, en nuestra Introducción, que *Allers* debía mucho a *Adler*, por lo menos en la primera parte de su obra, porque, después, su síntesis se ha manifestado cada vez más personal. Así no nos extrañaremos de comprobar que también en él existe una vinculación entre el aspecto psicológico y el aspecto moral, o espiritual, de los problemas humanos.

Ciertos textos fundamentales son particularmente característicos a este respecto. Leemos, por ejemplo, en la principal exposición de conjunto de las ideas allersianas:

"Así como el orgullo fué el pecado original, así como en cierto modo es también el objetivo último de todo pecado pasado o presente, *así también oculto y privado de acceso a la conciencia, es la causa fundamental de muchas y hasta probablemente de todas las anomalías y perversiones del carácter*" [41]. En otra parte: "Existe un cierto mínimum de "*salud moral*", que cada ser humano puede y debe alcanzar... En el sistema católico, se llama *estado de gracia, estado de "un hijo de Dios"* [42]. En otro lugar, el artificialismo de la neurosis es señalado como un efecto de la caída original [43]. Y, finalmente, el golpe de gracia para el lector francés formado en las disci-

41 *Psychol. of Char.*, p. 95.
42 Pp. 284-285.
43 P. 325.

plinas clásicas: "síguese que la *salud moral*, en sentido estricto, no puede desarrollarse sino en el terreno de una vida *santa*, o, por lo menos, de una vida que *tiende* a la santidad" [44]. Parece que nadamos en pleno confusionismo. Nociones morales y nociones psicopatológicas parecen confundidas aquí. Pero ¿es así realmente? ¿O incurrimos nosotros en un contrasentido? Conviene prestar atención a una cuestión tan delicada.

Hemos visto, en el párrafo III, que *Allers* distingue tres maneras de violar la ley moral, es decir, de hecho, de traicionar nuestra condición de hombre: Una consciente y deliberada (pecado en el sentido clásico); otra, radicalmente inconsciente, y por ende, no imputable (alienación mental pura); y, *entre las dos*, esa curiosa entidad que se llama neurosis, estado de un sujeto que puede ser muy inteligente, libre en una cierta medida, pero que sin embargo ignora, más o menos profundamente, el sentido y la raíz de su propio comportamiento y de las deficiencias que presenta.

Es incontestable que *Allers* establece *una diferencia real y seria entre neurosis y pecado*. Pero rehusa desconocer las *analogías* entre éste y aquélla, y cortar los puentes entre los problemas de espiritualidad y los problemas médicos en materia psíquica.

Juzgamos conveniente ubicar su actitud con relación a dos corrientes que comparten (con bastante desigualdad por otra parte) los autores actuales: Existe una concepción que llamaremos *moralista*, sea de los solos trastornos psíquicos, sea de *toda* en-

44 Pp. 326-327.

fermedad, prácticamente identificada con el pecado y que, como tal, puede y debe ser sometida a consideraciones y curas espirituales. Se encuentran ejemplos de ello en las antiguas concepciones que hacían de la locura un "castigo del pecado", y en las doctrinas como la de "Christian Science" de la Sra. *Eddy*. Lo médico es absorbido por lo moral. En el extremo opuesto colócase la inmensa mayoría de los médicos y psiquíatras (sobre todo en Francia). Su actitud podría llamarse *"purismo médico"*, actitud que so pretexto demasiado evidente de que la neurosis no es un pecado, y que la medicina no es la moral, rehusan considerar que el hombre es un *todo* y no un agregado de aspectos; y que, por consiguiente, hay una sinergia inevitable de las diversas actividades que lo estudian. Si se quiere distingamos, *pero no separemos*... Entre estas dos posiciones se sitúa Rudolf *Allers*, siguiendo a un cierto número de caracterólogos austro-alemanes y suizos de diversas escuelas [45] que quieren distinguir y unir, que no quieren identificar sacerdote y psiquíatra [46], pero que rehusan, igualmente, separarlos y quitar al psicopatólogo su sistema del mundo. El P. *Nedoncelle* escribía recientemente, de manera muy sesuda: *"Hay una orientación moral que es inherente a la psicoterapia... No por artificio los adjetivos "sano"*

45 Nombremos, de memoria, a *Adler, Haeberlin, Maeder, F. Kunkel*, entre otros muchos. El Dr. *Tournier* ("Medecine de la Personne", Delachaux et Niestlé) tomó primero este camino. Después, prácticamente se ha retractado ("Technique et Foi") concordando mucho más con el psicoanálisis.

46 Para convencerse de ello, basta leer el artículo de *Allers* en "Etudes Carmélitaines". "Trouble et Lumière", 1949: Autour d'une Psychologie de la confession", sobre todo pp. 88-91.

y "malsano' conciernen a los valores éticos y a la higiene, a la vez" [47]. No olvidemos que un autor tan considerable como *Jung* de Zurich, refiere el caso de un joven cuyos contenidos de conciencia eran de diamantina claridad, y que, sin embargo, no se curaba de su neurosis, a causa de una falta moral propiamente dicha a la que había rehusado atribuir un papel causal en sus malestares psíquicos... [48].

Este enfoque nos va a permitir comprender mejor las ideas de *Allers* en lo que atañe a las relaciones entre santidad, gracia y neurosis (decimos propiamente neurosis, porque el problema de las psicosis es extraño a los trabajos esenciales de *Allers* y, por consiguiente, también el problema de las relaciones entre psicosis y vida espiritual):

Hemos visto (párrafo III) qué era el "conflicto" en el sentido allersiano, y la aparición de la neurosis, cuando la tensión interior es demasiado fuerte y estalla en nosotros una rebelión más o menos consciente. El papel de la rebelión y del egocentrismo, del rechazo de lo real unido al miedo, nada tiene que pueda chocar a la inteligencia. Podríamos aquí citar numerosos testimonios convergentes, tomados de autores de quienes no puede sospecharse a veces que conozcan a *Allers* ni que sean favorables a su pensamiento [49]. Surge de ello que el hombre más se-

47 *In* "Réflexion sur la Psychanalyse", Bloud, p. 97. Esta fórmula está precisamente dirigida contra el "separatismo" de *R. Dalbiez* y del Dr. *Odier*.

48 *Jung*, "L'Homme à la découverte de son âme", pp. 28-29.

49 *Gide* dice de *Nietzsche*, que no se volvió loco, sino que "*se* hizo loco". *G. Thibon* ha consagrado al problema un hermosísimo artículo ("Nietzsche et St. Jean de la Croix", *Etudes Carmélitaines*, octubre 1934). Se ha notado el papel del "conflicto metafísico" (que *nada* nos obliga a tomar por una superestructura de algún trastorno orgánico), en la vida y extra-

guramente preservado de un trastorno tal será aquel que acepte su destino de creatura, sea en sus límites generales, sea en sus modalidades individuales:

"Del hecho que la artificialidad es un componente esencial del comportamiento neurótico, se sigue que *la única persona que puede estar enteramente libre respecto de la neurosis es el hombre cuya vida discurre en una entrega auténtica a las obligaciones naturales y sobrenaturales de la vida.* (Subrayado en el texto.) En otros términos, *más allá del neurótico, no hay más que el santo*". (Subrayado en el texto.) [50].

Aquí, las preguntas se multiplican en el espíritu del lector: ¿Cómo *Allers*, que es, no lo olvidemos, un especialista práctico de la psicopatología al mismo tiempo que profesor, puede olvidar que numerosos personajes virtuosos, hasta santos, han estado afligidos más o menos gravemente por trastornos psíquicos? Por otra parte, ¿cómo sitúa con relación a la neurosis al hombre honesto medio, que, manifiestamente, no es un neurópata ni un santo?...

Seriemos las preguntas. Comencemos por la más

ña muerte del filósofo *Léquier*. En un reciente número (mayo, 1948) de los *Cahiers Laennec*, el Dr. *Igor Caruso*, profesor en el Instituto de Medicina pastoral de Viena, escribía: "Puede suceder, haciendo simplemente desaparecer un conflicto disolviéndolo por medio del análisis, psicológico, que se descuide por ello mismo la profundidad del problema *espiritual* que se encuentra *en la base del conflicto*" ("Psychotérapie et valeurs de l'existence", p. 59). Se encontrarían vistas análogas en el Dr. *Baruk*: "Psychiâtrie morale, individuelle et sociale" (Presses Universitaires).

50 *Psychol. of Character*, p. 326. Aquí una vez más, tendríamos sin trabajo refuerzos inesperados. Cf.: el Dr. *Jolan Jacobi*, discípulo de *Jung*, escribe: "Por otra parte, el *verdaderamente* religioso no es neurótico... *El verdadero santo se manifiesta, justamente, por el hecho de que no se vuelve neurótico*" ("Etudes Carmélitaines", núm. citado, 1949, pp. 128 y 132, etc.).

delicada: La que concierne a las relaciones entre los santos y los trastornos neuróticos que se les atribuye.

Allers comienza haciendo notar que no hay "diccionario", o catálogo de síntomas (esto a pesar de una tenaz ilusión difundida no sólo entre el gran público sino también entre ciertos psiquíatras, autores de manuales que hacen suponer que a cualquier estudiante de medicina, no importa cuál, le hará posible un diagnóstico relámpago...): "Tanto en psicopatología como en caracterología o en psicología normal, *ningún* síntoma posee una significación *determinada si es aislado del todo cuya parte es*. En psicopatología no hay sino muy pocos síntomas, que, tomados en sí mismos, revistan una importancia patognómica (ejemplo: las alucinaciones de pequeños animales en los delirios de intoxicación); no existen del todo en caracterología ni en psicología normal. *No existe —sirviéndome de nuevo de una palabra que ya he usado varias veces— "diccionario de síntomas"*. Está probado desde hace tiempo en psiquiatría que todo diagnóstico debe estar basado en la naturaleza de la personalidad *total* y que se corre riesgo de incurrir en graves errores garrafales si uno se fía en algún síntoma aislado. Lo mismo sucede en caracterología. Cierto rasgo de carácter adquirirá una significación *muy diferente*, según se encuentre unido a uno o a varios rasgos diferentes. Rasgos, aun aparentemente equívocos, como la animación o la flema, adquieren muy distinto significado según la personalidad a la cual pertenecen" [51]. Por consi-

51 "Aridez-estado", p. 133. Id. *Psychol. of Char.*, pp. 298-299 y 326-327. Carta del 6 de octubre de 1949, etc.

guiente, una vida espiritual aun intensa podrá ladearse y oscilar a veces en la neurosis. Mas, no hay que suponer que el acabamiento espiritual de la persona, acabamiento que se llama santidad, esté constituído por algo neurótico, ni tampoco que pueda coexistir con una neurosis verdadera. A menudo *Allers* ha sostenido, contra los freudianos y otros defensores de una psicología naturalista, que la santidad y la vida mística no son en *sí mismas* algo patológico. Pero este punto de vista no le es peculiar, es común a todos los psiquíatras espiritualistas, aunque a veces sean no-cristianos. Así, pues, no insistiremos en ello. En cuanto a decir que la santidad auténtica y una verdadera neurosis no podrían coexistir, no se considera ya del mismo modo y, aquí, *Allers* provocará contra él la oposición concorde de la gran mayoría de los psiquíatras católicos mismos, sin hablar de eminentes teólogos, religiosos y seculares. Con todo, posee *Allers* un excelente recurso para responder: Es, precisamente, su distinción entre síntomas aislados y significación del conjunto. "Las fases neuróticas (en la vida de los santos) son siempre episódicas, como puede probarse mediante el estudio de tales vidas; ellas representan períodos de transición en los cuales la batalla contra el "yo, sombrío déspota", se empeña hasta la victoria, elevando al hombre hasta un plano de vida más alto. La repetición de tales episodios se hace por ello más comprensible, porque corresponden a etapas diversas en el progreso del hombre y conducen a una absorción sin cesar más completa en Dios" [52]. Según el

53 *Psychol. of Char.*, p. 326 y ref. nota precedente.

escorzo allersiano, si el santo puede ser atacado por *síntomas* neuróticos, jamás es afectado por la *esencia* de la neurosis, porque su actitud fundamental es la única que verdaderamente está libre del egocentrismo, sea éste pecaminoso y formal, o material y neurótico.

Esta doctrina ha suscitado, de nuestra parte, un pedido de aclaración que nos ha valido preciosas indicaciones de Rudolf *Allers*. Se explica en particular en una carta de fecha 6 de octubre de 1949: "He dicho, como usted lo sabe, que sólo el santo está verdaderamente más allá de la neurosis. Es indudable que hay personas que no manifiestan huella alguna de neurosis y que podemos considerar como perfectamente normales. Pero lo que les distingue del santo, es que éste está *inmunizado* contra la neurosis: no será neurótico en ningún caso. Para él, el conflicto metafísico —hoy preferiría decir *óntico*— *no existe ya; está él más allá de la neurosis porque está más allá de la rebelión:* Pero de ahí no puede concluirse, naturalmente, que los hombres no neuróticos sean por eso mismo santos... Quisiera insistir sobre el hecho de que aquí hablo de la santidad *heroica*, la santidad en el sentido *estricto* de la palabra. La *"santidad ontológica", es decir, el estado de gracia que justifica la esperanza de la salvación eterna puede, sin duda, coexistir con un estado neurótico.* (Por tanto, *Allers* no confunde de modo alguno neurosis y pecado.) *Es posible, pero creo que es raro.* ¿Por qué? El neurótico está en general demasiado preocupado de sí mismo, es fundamentalmente egocéntrico". Esto proporciona a *Allers* la ocasión de precisar sus vistas acerca de las relaciones entre neu-

rosis y pecado, que serán materia, lo sospechamos, de muchas controversias. Ya escribía en 1927, en "Etudes Carmélitaines":

"Hay motivo para preguntarse si no existe relación bastante íntima entre la neurosis y el pecado... La idea de una curiosa proximidad entre la situación del pecador y la del neurótico impónese con cierta fuerza ante la actitud de esos enfermos, que, sabiendo lo que deberían hacer y sintiéndose capaces de hacerlo, persisten sin embargo en sus hábitos anormales o viciosos. Hay en el comportamiento de estos enfermos algo que se parece mucho a la conducta del pecador endurecido" [53]. El autor vuelve,

53 Aridez-estado, pp. 149-151.

Estas vistas allersianas no carecen, por otra parte, de equivalentes más o menos directos en otras perspectivas del pensamiento, o en la obra de otros autores. G. *Thibon* escribe, por ejemplo: "Podría mostrarse el papel y la parte de la elección libre en la génesis de *ciertos* trastornos mentales. Sucede a veces que un alma orgullosa se encuentra colocada en la encrucijada del yo y de la verdad: La salud de su espíritu puede depender entonces de su libre elección. Ciertos trastornos sistematizados tienen por raíz una desviación plenamente consciente de la voluntad. Colocada frente a un deber humillante, pero liberador, el yo, *dueño aún de sus dinamismos sensitivos* (subrayado por el autor mismo) rechaza libremente el llamado de la verdad. Y esta decisión central proyecta, encarna, la mentira orgullosa en las profundidades de la vida inconsciente. El "pliegue" ha sido hecho; ésta será la cadena sin fin de la locura. Un instante de elección hace inclinar para siempre la oscilante balanza del inconsciente: Todo un destino viene a culminar en un acto libre", "Nietzsche et St. Jean de la Croix", *Études Carmélitaines* de octubre de 1934, p. 50, nota 1. El autor aplica estas vistas a *Nietzsche*, sin desconocer sin embargo el papel de la enfermedad corporal: "El suicida de su razón aparece como la consecuencia normal de la elección mostruosa de su voluntad... "Dios" gritábale su orgullo; "Bufón", replicaba la honestidad de su espíritu. La locura conciliará todo. Será él "el bufón de las eternidades"... (p. 86).

Leemos igualmente en la "Psychopathologie générale" de *Jaspers* consideraciones análogas, cf. p. 358-359, en la que el autor cita a *Charcot* (no obstante ser poco sospechoso de espiritualismo excesivo...) quien escribía: "Existe un momento entre la salud y la enfermedad en que una y otra parece que dependen del enfermo". La señora *J. Boutonier*, cuyas

después de doce años, a la misma idea en una carta (ya citada): "Cuando se ha estudiado un gran número de casos (de neurosis) se tiene la impresión de que la neurosis no es enteramente algo impuesto, un destino contra el cual el hombre sería impotente. En la vida de casi todos esos hombres ha habido momentos en los que entrevefan más o menos que les era posible cambiar el curso de su vida, y desoyeron el llamado. *Binswanger* refiere en alguna parte que visitó a *Freud* y le preguntó: ¿Cómo es que un neurótico, particularmente en un caso de obsesión, es analizado hasta que no queda nada en su inconsciente, y sin embargo no es curado?" La respuesta de

---

ideas son, en general, bastante poco conforme a las nuestras, escribía sin embargo: "...Sin la libertad humana la neurosis no existiría; no llegaremos al extremo de decir que el hombre elige la neurosis, porque la elección de que se trata no es una elección tal como esta palabra tendería a hacerlo creer. Pero basta comprobar que la neurosis no puede desarrollarse sino con ayuda de esa plasticidad del psiquismo humano que permite igualmente la floración de monstruosidades y la expansión de la sabiduría y de la santidad" ("L'Angoisse", Presses Universitaires, p. 291).

Sería, pues, interesante examinar las relaciones entre los trastornos psíquicos (de naturaleza neuropática especialmente) y la aparición, seguida de aumento de volumen, de las doctrinas de aberración que nos sumergen desde hace cierto número de años, si no de siglos. Existe sin duda acción recíproca. Más de un escritor, hasta más de un filósofo modernos dan muestras de desviaciones psíquicas. Ciertas particularidades de su sistema pueden depender de ello. A su vez, la actitud adoptada puede aumentar y desarrollar aquello que hubiera quedado siendo una simple predisposición del carácter. El caso de *Nietzsche* ha sido insinuado más arriba. Más de un crítico (*R. Dalbiez, F. Mentre*, el P. *Webert, M. Cresson*) han subrayado sin amenidad el carácter teratológico de ciertas formas de idealismo. Pero, sobre todo, actitudes y obras como las de *Lautreamont*, los surrealistas, *Gide, Sartre*, etc., no dejan de presentar algo de anormal, en el sentido más profundo del término. Por lo demás, sería bastante tonto que se nos tachase de psicologismo a propósito de esta observación, puesto que nuestras comprobaciones nunca nos han impedido discutir el contenido de estas doctrinas y los argumentos que pretenden apuntalarlas. Solamente, pensamos que un análisis allersiano de tal obra a la moda no sería inútil. Acaso volvamos sobre ello en un estudio ulterior...

Freud es (proviniendo de él) una de las más asombrosas: "Puede ser", dijo, "que esa gente no *quiera* hacer pleno uso de su libertad..."

Por nada del mundo quisiéramos que este texto induzca a algún lector a crisis de escrúpulos y sentimientos de indignidad o de culpabilidad. *Allers*, lo vimos, no generaliza absolutamente; además, él pretente sentar *principios* y no juzgar individuos. Su humanidad, su bondad, su caridad, son cosas muy conocidas por todos los que le conocen un poco; no debe verse en él al acusador de aquellos a quienes asiste tan concienzudamente, sino a alguien que está asqueado por el naturalismo de tantas escuelas psiquiátricas (que incluyen hasta católicos).

De todo ello surge que la diferenciación entre santidad y neurosis es, *de hecho*, muy difícil, y que ella no puede, a menudo, ser hecha sino "*a parte post*", es decir, cuando ya no hay tiempo. *Allers* dice francamente: "Si Santa Teresa hubiera muerto antes de alcanzar los grados superiores de la vida mística, ¿se la hubiera clasificado o no entre los neuróticos? Lo ignoro. Hoy, teniendo ante los ojos esta vida en su *totalidad*, es fácil excluir de ella la neurosis" [54].

Al final del capítulo examinaremos, después del estudio de la psicoterapia allersiana, una objeción tomada del carácter "dogmático" o "teológico" de esta sistematización.

VI. — LA TERAPEUTICA ALLERSIANA

No hay que olvidar que *Allers* es médico al mismo tiempo que hombre de especulación, y que las cues-

54 "Aridité. Étude", p. 133.

tiones prácticas le importan mucho. El lector se pregunta ciertamente cómo concebir la psicoterapia allersiana. Vamos a darle alguna idea, ubicándola, primeramente, en su contexto doctrinal y relacionándola con sus principios fundamentales, y, después, detallando un poco las modalidades de su aplicación.

Fundamentos y principios:

Surgen, evidentemente, de todo lo que precede relativo al conflicto "óntico" y moral, la jerarquía de los valores, la concepción sintética de la psicopatología y de la antropología total, que hace intervenir varias disciplinas (medicina, moral, filosofía, teología...).

Sin confundir lo más mínimo dirección de conciencia y psicoterapia, *Allers* se ve obligado a hacer una advertencia que a menudo también hemos hecho nosotros, a saber, que, dado que el "conflicto metafísico" es la raíz última de nuestras dificultades, "una dirección de conciencia inteligente, paciente, apaciguadora, y *estrictamente religiosa* puede llegar al nudo mismo de la neurosis" [55]. "No obstante, no todo neurópata está en estado de reconocer este problema ni de ver que hay un problema. En ese caso, es necesario realizar un trabajo difícil de elucidación y de educación para conducir al sujeto al punto en que uno podrá abordar el problema. Esto exige una psicoterapia sistemática" [56].

---

55 *Psychol. of Char.*, pp. 327-328. El célebre psicólogo inglés, *Hadfield*, declara igualmente: "Hablando como médico, estoy convencido de que la religión cristiana es uno de los medios más eficaces para dar a los neuróticos aquella tranquilidad de espíritu, aquella armonía y aquella paz indispensables para el retorno del equilibrio y de la salud".

56 Ibid., p. 327.

Es perfectamente vano querer suprimir el conflicto en el hombre. Vimos más arriba que fluía de nuestra condición fundamental. Más aún: aunque ello fuese posible, no sería de desear, porque el conflicto es, *de suyo*, fecundo. El instinto, o aquello que bastante impropiamente se llama así (las tendencias animales) es "la materia sacrifical del Amor". "El instinto existe *para* proporcionar un elemento al sacrificio. He ahí realmente lo que reprochan a la moral cristiana toda aquellas doctrinas que, en nombre de la naturaleza y de la libertad, preconizan una moral sexual nueva" [57]. "*Mas, nada es más contrario a las exigencias de la personalidad humana, más inhumano que un horror tal al sacrificio*" [58]. "Si las dificultades inherentes a tales conflictos no son consideradas como una "injusticia", como "algo que no debería existir", *el equilibrio mental no se resentirá por ellos.* Los conflictos *en sí mismos* no son causas de perturbación moral (mental). Sólo llegan a serlo cuando el individuo, *en lugar de aceptar la vida tal cual es, es decir más o menos erizada de dificultades, adopta una actitud de rebelión contra su suerte*" [59]. La cobardía puede inclinarnos a las capitulaciones. Por lo demás, ella es variable en sus modalidades según las épocas y los medios: Un explorador polar o un héroe guerrero no se atreverán tal vez a ir al dentista. Los héroes de Homero manifiestan con alaridos su dolor físico. El indio consi-

57 "Amour et Instinct", in *Etud. Carmél.*, p. 118. Piénsese, por ej., en *Gide* y en las "nuevas" teorías sobre el matrimonio a la *Russell*...

58 Ibid.

59 Ibid. Cotejar estas maneras de ver con las de *Duynstte* de la Universidad de Nijmegen (Holanda), resumidas por nosotros en nuestro artículo de la "Pensée catholique", nº 9, pp. 48-49.

dera como propio de su honor el callarse en medio de las peores torturas. "Los tiempos modernos parecen tener la misma idiosincrasia frente a todo dolor *moral*. Los hombres de hoy parece que quieren evitarlo más aún que al dolor físico. Y cuando el dolor moral se ha hecho inevitable, *procuran librarse de él tratándolo como un síntoma*, lo cual, en verdad implica una concepción degradante del sufrimiento". *Allers* cita aquí el caso de una mujer que fué a someterse a su tratamiento: Habiendo perdido a su hija recientemente y sintiendo dolor por ello, consideraba que estaba "enferma" y que necesitaba asistencia... Ahora bien, "en principio, no se escapa de la neurosis si no se acepta la situación humana tal cual es" [60]. No hay que tomar esta regla de conducta en el sentido de una no-resistencia tolstoiana al mal. Existen casos, dice *Allers*, en que la rebelión contra la injusticia es necesaria, sea que el sujeto injustamente tratado sea otro o seamos nosotros mismos. Pero rebelarse para defender la verdad y la justicia ultrajadas, es *restaurar el orden objetivo de las cosas, y no violarlo*. No se trata de una reivindicación egocéntrica. Por desgracia, dice *Allers*, "los hombres han llegado hasta el punto de juzgar idénticos sus deseos y sus derechos; o ven en unos la prueba de los otros" (carta del 10 de enero de 1950).

Se ve, pues, cuánto interés preventivo y curativo puede ofrecer una sana formación cristiana. *Dubois de Berne* (un incrédulo) decía: "Es muy raro que un cristiano que vive auténticamente su religión llegue a ser neurótico"...

60 Ibid., p. 122.

Adler y su escuela proponen al hombre amenazado de neurosis por su sentimiento de inferioridad un desarrollo de sus facultades que supere, si es posible, sus deficiencias. Personas que poseían mala vista se han esforzado en llegar a ser grandes pintores, y lo han logrado. Ha sucedido igual a hombres enfermizos que se dedicaron a la guerra y a la aventura. Se encontrarán, sin esfuerzo, muchos ejemplos. En realidad, Fritz *Kunkel* ha hecho notar el equívoco y a veces el peligro que hay en ello: empeñarse en compensar "per fas et nefas" una deficiencia, es siempre sufrirla, es quedar sojuzgado a ella.

El cristianismo nos ofrece una perspectiva más rica: el cumplimiento modesto de nuestros destinos, aunque éstos carezcan de brillo, y hasta sean abyectos a los ojos de los hombres. Un enfermo grave e incurable, un enfermo que constituye una carga para el medio que le rodea, no carecen ya de causa final: pueden, a su manera, ser útiles en el plano invisible del Reino de los Cielos, y escapar a la desesperación sabiendo que tienen un Padre (un católico añadirá: y una Madre), aun cuando estén huérfanos según la carne... "Presa del terror, a menos que podamos refugiarnos en los brazos de personas que nos inspiren confianza y sentimiento de seguridad, *nosotros estamos en la situación del niño.* Al hombre le ha sido concedido, como a los niños, el poder refugiarse en un lugar en que puede sentirse en seguridad, en que sabe que le espera el amor" [61]. Mas:

61 Creemos inútil responder al reproche (probable por parte de los freudianos) de infantilismo, que presentará a *Allers* como mal librado de algún complejo. El capítulo precedente nos libra, esperamos, de tal prevención.

"Para llegar allí, sin embargo, *es preciso ser simple como un niño*. Se dice que los neuróticos son naturalezas complicadas; tal vez sería más exacto decir que las naturalezas complicadas están amenazadas por la neurosis. Para permanecer firme frente a los conflictos, dificultades y tentaciones, *hay que ser simple. Para curar la neurosis no hay necesidad de un análisis que descienda a las profundidades del inconsciente para extraer de él no sé qué reminiscencias, ni hay tampoco necesidad de una interpretación que vea modificaciones o máscaras del instinto en nuestros pensamientos, nuestros sueños y nuestros actos. Para curar una neurosis es menester una verdadera "metanoia"* (= conversión, en el sentido más general del término), *una revolución interior que sustituya el orgullo por la humildad, el egocentrismo por el abandono.* Cuando lleguemos a ser simples, podremos por fin vencer al instinto mediante el amor que constituye —si se le deja desarrollar— una fuerza maravillosa e invencible. Pero para llegar a esta simplicidad, a esta actitud ingenua con relación al mundo y a uno mismo, es menester hacer entrar en juego la segunda de las grandes fuerzas puestas a nuestra disposición por la bondad divina: la *verdad*. Estas dos fuerzas, la verdad y el amor, son las solas invencibles. . . Para librarnos de las cadenas que nos sujetan a los valores inferiores, para poder resistir las tentaciones que, de fuera y de dentro, surgen tan frecuentemente, para permanecer firmes a través de los inevitables conflictos de la existencia, no habremos de fiarnos del estoicismo que, en el fondo, no es sino una forma refinada de orgullo, *ni habremos de entregarnos a la búsqueda de causas subconscientes,*

perdidas en la lejanía nebulosa de un pasado problemático. Como en filosofía o en psicología, *no hay punto de vista más peligroso en materia de psicoterapia o de ascética, que aquel que hemos llamado "mirada de abajo". Es preciso levantar la vista hacia las alturas de nuestra vida y del ser en general".* (Y *Allers* concluye evocando los hermosos versículos 5 y 7 del salmo VIII, "Minuisti eum paulo minus ab Angelis...") [62].

Modalidades de aplicación:

Allers no se abstendrá, ni por asomo, de explorar el psiquismo de los sujetos que llegan a consultarle. No hay objeción contra el método asociativo mismo, despojado evidentemente de su interpretación freudiana, e iluminado de otro modo. Así mismo, los cuestionarios y las conversaciones serán de uso corriente y a veces suficiente.

Como *Adler*, *Allers* está muy lejos de atribuir al "inconsciente" (?) el papel exhorbitante que le atribuyen *Freud* y *Jung*, para quienes, según la feliz expresión de Olivier *Brachfeld:* "No somos nosotros los que tenemos sueños, son los sueños los que nos tienen..." Por lo demás, el sueño, para *Allers* como para *Adler*, está vuelto hacia el futuro más bien que hacia el pasado más o menos lejano; lo que importa, es menos este último que los esbozos de solución para los problemas de vida que esquicia el sujeto. *Adler* de buena gana llamaría al "inconsciente": "incomprendido": Un conjunto de datos que no se sabe leer ni poner en orden, pero que no está forzo-

62 Art. laud. loc. div., pp. 120-124.

samente oculto a mil leguas de profundidad. De buena gana diría, como el doctor *Baruk*, que a fuerza de buscar los "contenidos latentes", háse olvidado los "contenidos manifiestos", como los agentes de policía de la "Carta robada de Edgar Pöe" que destrozan pisos y paredes para encontrar una carta que se encontraba ante sus ojos, en la canastilla de la correspondencia... La posición de *Adler* y de *Allers* no sería muy opuesta en este punto a la de J. P. *Sartre* y a su concepción de un "psicoanálisis existencial" (tomado, por otra parte, de *Binswanger*), sea lo que fuere de las teorías erróneas a las que *Sartre la vincula*. Mucho menos aceptaría *Allers* decir con los freudianos ortodoxos que la "toma de conciencia" cura los trastornos, si se pudiera decir, "ex opere operato". En una carta que nos escribió a raíz de nuestro artículo de la "Pensée catholique" sobre el psicoanálisis, declaraba especialmente: "Tiene usted mucha razón cuando dice que el simple retorno de las materias reprimidas no basta. La confianza que lleva a los psicoanalistas a creer que todo se arreglará *ipso facto*, parte de la concepción naturalista, mecanicista, que yace en el fondo de la doctrina freudiana" (carta del 29 de marzo de 1949). Recordemos que esta manera de ver es compartida hasta por autores favorables al psicoanálisis, sin hablar de numerosos psiquíatras independientes como el profesor *Lhermitte*.

Será, pues, menester ingeniarse para captar "el plan de vida" del neurótico para poder ayudarle a reconstruir algo entre sus ilusiones compensadoras rotas, según un axioma a menudo citado por *Allers*: "No sé todo, pero sé algo; no puedo todo, pero puedo

algo". Y a un cliente que le dice: "Tenía una gran casa, y ahora está en ruinas", responde *Allers:* "Utilice las piedras o los ladrillos, para edificar una pequeña casa sólida": es decir, adáptese a las tareas modestas, pero *reales,* que le ofrece la vida.

"*No hay,* según *Allers, técnica estereotipada, método de psicoterapia "standard".* Precisamente, reprocha a los psicoanalistas el haber contribuído a hacer creer lo contrario al gran público. Una de sus últimas cartas contiene al respecto útiles precisiones:

"Para que el hombre llegue a su fin... es menester ante todo que sepa dónde está colocado por el momento y lo que ahora es. Aun cuando se sepa adónde se quiere ir, nunca se llegará allí si no se sabe de dónde se parte... Este conocimiento de sí mismo es sobre todo conocimeinto de los *fines. El porvenir es más importante en nuestra vida que el pasado.* La idea que el hombre se forma del lugar que se le "debe", determina su conducta *mucho más que sus experiencias pasadas* — conscientes o no" (carta del 6 de octubre de 1949). "Me parece", escribe *Allers* (carta del 10 de enero de 1950) "que nunca se ha hecho notar lo suficiente el papel desempeñado por la anticipación del futuro. Se dice que el niño "quiere" esta manzana. ¡Qué esperanza!: quiere comerla; quiere la posesión y la consumisión de ella. En cierto sentido, el fin de todo querer, es aquello que *todavía no es*". Así, pues, se ayudará al cliente a adquirir conciencia de sus posibilidades y de sus orientaciones de conjunto. Todo neurótico tiene un mal "plan de vida". Hay que ayudarle a corregirlo. "¿Será entonces menester que haciendo psicoterapia, se enseñe al cliente una nueva moral? No

es esta, se dirá, la tarea del psicólogo o del alienista. *Sin embargo, muy bien puede ser que esta sea exactamente su tarea.* (Aquí, de pasada, critica *Allers*, una vez más, la concepción "neutralista" e impersonal, por otra parte quimérica, de los freudianos ortodoxos). "La psicoterapia es *más* que esto, y *otra cosa*. Esto no quiere decir que deba hacer proselitismo. Pero *el psiquíatra debe poseer, él mismo, un sistema claro, consistente, una vista sistemática de lo que es el hombre, y debe estar dispuesto a asumir la responsabilidad de la conducción de otro*, respetando, al mismo tiempo, las convicciones de su cliente, en cuanto ellas no son abiertamente contrarias a la moral".

Allers concluye: "Si me pide usted una descripción detallada sobre la manera de obrar, *no sabría qué responder*. Uno de mis amigos ha comparado una vez la psicoterapia con una partida de ajedrez: hay lo que se llama aperturas, gambito, partida indiana, etc.... Los tratados de ajedrez explican esos movimientos, ocho, doce movimientos que se pueden aprender de memoria. Pero, una vez que se ha llegado a establecer una cierta posición, comienza la *combinación, la invención personal* del jugador. El genio puede servirse de alguna apertura clásica; pero lo que distingue al genio del jugador mediocre, es que aquél sabe arreglarse un plan y, sobre todo, que puede modificarlo según los movimientos de su adversario. Sucede lo mismo con relación a la psicoterapia. El éxito del psicoanálisis freudiano se debe en parte a que proporciona una técnica de la que puede hacerse uso en todos los casos. Este carácter da al psicoanálisis la apariencia de un método muy científ-

fico. Pero el hombre es una persona absolutamente *única*. Mejor dicho: ...Nunca la semejanza entre dos casos es del mismo orden que la que se puede comprobar en las enfermedades orgánicas".

VII. — CONCLUSION: PSICOPATOLOGIA Y SISTEMA DEL MUNDO

Al terminar este capítulo, debemos responder a una objeción cien veces esgrimida contra las tesis expuestas antecedentemente: La concepción allersiana no sería "científica" porque es solidaria de una concepción metafísica, y hasta teológica del universo, especialmente en su teoría de las relaciones entre santidad y neurosis.

Notemos, ante todo, que el autor no hace de ello un misterio. Insiste, él mismo, en numerosos lugares acerca de sus fuentes tomistas y católicas [63]. En sus obras como en su correspondencia, a menudo se ha explicado al respecto con la mayor nitidez. En una carta del 2 de agosto de 1949, leemos en especial: "Lo que yo reprocho a *Freud* no es tanto que parta de ciertas suposiciones generales y, en efecto, supraempíricas, *sino que lo haga en forma subrepticia, sin*

63 *Psychol. of Char.*, pp. XIII, 300 y 359 entre otras. Id. en *Successful*, sobre la imposibilidad de psicología "pura", pp. 87, 168, 220 (sobre *Moore* y *Dilthey*, aprobados en este punto por *Allers*). Ver también: "Aridez-estado", p. 140: "Una psicología referente a la *totalidad* de la personalidad, psicología que podría llamarse *"antropológica"*, debe abocarse al conocimiento de esos problemas. *Personalmente, estoy convencido de que nunca será posible formarse una opinión exacta de la naturaleza de los trastornos neuróticos si se quiere eludir esta cuestión (metafísica) limitándose a consideraciones psicológicas"*. Ver, además: "El amor y el instinto", pp. 91-92.

percibirlo. La falla de los psicoanalistas, es dar como evidentes aserciones arbitrarias, o partir de una filosofía de la naturaleza humana que ni siquiera tratan de justificar; y, también, de no notar las contradicciones de sus teorías confrontadas con el *conjunto* de los hechos. Es incontestable que no puede construirse antropología alguna sin una base axiomática (en el sentido amplio). Los criterios son el análisis lógico (no-contradicción y encadenamiento riguroso de las nociones) y la confrontación con el dato, para dar razón de él". Igualmente, explica *Allers* el éxito del freudismo por la necesidad insatisfecha de una antropología total y reprocha a los pensadores cristianos haber descuidado la elaboración de una disciplina sintética, que tome sus materiales y sus luces de la convergencia de varias ciencias subordinadas a la sabiduría (carta del 29 de marzo de 1949.) Y sobre este punto gustosamente le damos la razón contra el excesivo separatismo de ciertos autores.

Además, nos interesa subrayar un hecho que escapa, no se sabe por qué, a la mayoría de los críticos psicoanalistas: *ellos están, a este respecto, exactamente en el mismo caso que nosotros.* Su síntesis psicológica está inspirada por ciertas vistas generales sobre el hombre, la naturaleza, etc. Si no se dan cuenta de ello, es porque a menudo están imbuídos de la idea naturalista, tan bien criticada por *Dilthey* y por *Moore*, y pretenden que las "ciencias del hombre" sean tratadas como la física o la zoología... En el fondo del freudismo hay una metafísica de un tipo perfectamente determinado, y *Allers* se ha complacido en insistir en ello (capítulo I). Mas, no es éste un caso excepcional. La psiquiatría francesa ofi-

cial estuvo durante mucho tiempo, y en gran parte todavía lo está, dominada por un epifenomenismo materialista que hace época espantosamente [64]. Las teorías de *Jung* se emparentan estrechamente con el monismo romántico del siglo XIX; en *Sartre*, manifiestamente se trata de un psicoanálisis filosófico, lo cual no ha sido óbice para que muchos médicos se le unan. En nombre del materialismo dialéctico es como algunos médicos marxistas, tales como los doctores *Follin* y *Bonnafé*, interpretan su experiencia clínica. El doctor *Baruk* es solidario de una cierta filosofía a veces excelente, a veces inaceptable; Fritz *Kunkel*, está en la línea del protestantismo barthiano. El muy grande psiquíatra *Minkowski* ha escrito: "Toda buena filosofía es rica en enseñanzas psicológicas. La psiquiatría no podrá dejar de detenerse en ella. *No sólo nada perderá sino que, sin duda, ganará mucho haciéndolo*" [65]. E igualmente: "*Si me atengo a mi propia experiencia (debo declarar que) el pensamiento psiquiátrico y el pensamiento filosófico de tal modo están unidos que yo no podría separarlos*" [66].

En verdad, no se ve por qué lo que es legítimo para los demás no habría de serlo para nosotros. Decir que Rudolf *Allers* es un psiquíatra-filósofo, no es descalificarlo, es hacerle un cumplido y reconocer su superioridad con relación a aquellos que hacen filosofía sin saberlo (es decir, mal en la mayoría de los casos).

---

64 Cf. el texto del Padre *Bouyer*, citado en la nota 16.

65 "La Schizophrénie", p. 46.

66 *Revue de Métaphysyque et de Morale*, julio-octubre 1947

Capítulo III

CARACTEROLOGIA Y EDUCACION

I. — CARACTER Y CARACTEROLOGIA

La palabra carácter posee un significado a veces un poco flotante. A menudo, en los autores de lengua francesa, se entiende por temperamento el fondo innato de un individuo, y por carácter aquello que hacen del temperamento el medio social y la voluntad libre. Sin oponerse absolutamente a esta manera de ver, los autores austro-alemanes y suizos la emplean a veces un poco diferentemente. Así es como *Allers* nos dice que la psicosis, considerada desde un punto de vista fenomenológico no ya etiológico, es un trastorno de la personalidad (total), mientras que la neurosis es un trastorno del carácter, es decir, que se refiere a la escala de valores y al "plan de vida" al cual obedece la personalidad. Un carácter es una totalidad, y no un agregado o un haz de elementos simples. Un observador idóneo y perspicaz, aun cuando no sea psicólogo o caracterólogo de profesión, puede sin embargo descubrir en él aspectos privilegiados y reveladores, manifestados por el comportamiento [1].

La caracterología se divide, actualmente, en dos corrientes fundamentales: una acentúa el factor cor-

1 "The Psychology of Character", cap. I, y las obras sobre el carácter indicadas en la Introducción.

poral (endocrino, morfológico, etc.) con autores como *Kretschmer, Corman,* etc. [2]. La otra, acentúa el factor psíquico y los elementos adquiridos, con *Adler, Kunkel,* etc. A esta última actitud se adhiere Rudolf *Allers,* sin que por esto, ya lo vimos, desconozca el papel que desempeña el factor somático [3]. La palabra caracterología es, por otra parte, susceptible de recibir acepciones bastante diferentes. Así es como Fritz *Kunkel,* a quien *Allers* se acerca mucho en ciertos aspectos, declara al comienzo de su Introducción a la Caracterología, que esta disciplina no es para él una sistemática de las formas o de los tipos de caracteres, sino, en verdad, una técnica destinada a hacer comprensibles las actitudes y los comportamientos humanos. Y entonces, ¿qué método emplear? Reaccionando contra una concepción materialista y determinista, *Allers* distingue primeramente *función* y *acción.* La primera es biológica, común, en lo esencial, al hombre y al animal. La segunda supone nuestra naturaleza racional y espiritual; utiliza a la primera, pero no se reduce a ella [4]. No es de asombrarse, pues, ver que *Allers* se muestre severo respecto de toda una psicología "cientista" con la que ciertos autores franceses se obstinan en regalarse como si se tratara de una sabrosa novedad, no

---

2 Cf. *Kretschmer*: "La structure du corps et le caractère (Payot), y *Corman*: "Quinze leçons de Morpho-psychologie" (Stock) sin hablar de endocrinólogos italianos como *Pende,* etc.

3 Cf. capítulo II, párrafo 3, p. 33 y nota 13.

4 Cf. el estudio citado en *Etudes Carmélitaines* sobre la patología del conflicto. Desde un punto de vista más propiamente filosófico, hemos escrutado, en otra parte, el problema de las relaciones entre facultades espirituales y sensibles: "Elucidation d'une notion thomiste: l'idée de Redundantia" (*Pensée catholique,* nº 13).

obstante ser una antigualla. Pensamos, por ejemplo, en el "behaviorismo", tardíamente introducido entre nosotros y preconizado por gente como *Naville* o *Tilquin*. *Allers* ninguna ternura experimenta por una actitud de esta laya, él, que siguiendo a *Dilthey* y con tantos otros autores austro-alemanes y suizos, profesa la distinción entre las "ciencias de la naturaleza" y las "ciencias del hombre". A la cabeza de su estudio ya citado "El amor y el instinto", escribe clarísimamente: "Las explicaciones fisiológicas, para decir netamente lo que pensamos, *ninguna importancia* tienen para la psicología tal como nosotros la concebimos. Por consiguiente, ningún provecho esperamos obtener de las observaciones de psicología animal. El comportamiento de un ratón errante en un laberinto, *nada* puede enseñarnos acerca de la psicología del aprendizaje. La conducta de una chimpancé madre hacia su cachorro *ninguna* luz arroja sobre la naturaleza del amor materno humano. Observando a un pájaro que despliega su plumaje ante su hembra, registrando todas las fases de la persecución de la leona por el león, no vemos más claro en la cuestión del amor (humano) de los sexos" [5].

II. — FACTORES FUNDAMENTALES DEL CARACTER

Toda criatura viviente, y aun, de una manera más general, todo lo que existe, tiende a perseverar en el ser. Los escolásticos, y después *Espinoza* lo

5 *Allers*, artículo citado sobre el Amor y el Instinto, p. 92.

han hecho notar muy bien: *Omne ens in suo esse perseverari conatur*". Pero el hombre no puede vivir sin la comunidad. Vuelve a encontrarse aquí un tema adleriano conocido, y, por lo demás, capital [6], con la diferencia esencial, sin embargo, de que *Allers* coloca por encima de la comunidad humana reducida así a papel de medio, o por lo menos a papel de fin secundario, el mundo de las verdades objetivas y de los valores independientes del hombre [7]. Si la tendencia a la afirmación del yo no está limitada por el "sentimiento de comunidad", se convierte en el "hybris" de tipo nietzscheano, o más generalmente, prometeano... No lo impide el hecho de que ella no sea mala en sí misma [8].

La psicología naturalista y evolucionista atribuye una importancia considerable a las "impulsiones" elementales. Hace del hombre un mosaico de impulsos simples. Ella exagera mucho, nos dice *Allers*, cuyas vistas aquí coinciden con las de F. *Kunkel* acerca de la impulsión como *mito*. En el fondo, aque-

6 Sobre *Adler*, podrá leerse con provecho, no sólo sus propios textos, como "Connaissance de l'Homme" y "Le Tempérament nerveux" (Payot) por ejemplo, sino también la buena introducción general de *Madeleine Ganz*: "La Psychologie d'*Alfred Adler* et le développement de l'enfant" (Delachau et Niestlé) y *O. Brachfeld*: "Les Sentiments d'infériorité" (Ed. du Mont Blanc, Genève-Annemasse).

7 *Allers*, "Psychol. of Char.", cap. III, p. 13.

8 Metafísicamente, el ser es bueno, y, por tanto, también la naturaleza humana (ver aquí S. Thomas y los grandes escolásticos). Es absurdo considerar la existencia y la vida como malas y falaces, a la manera del budismo y de *Schopenhauer*. Un cierto amor de sí, siempre que esté subordinado a las jerarquías naturales del ser y a la voluntad de Dios, es legítimo: la caridad para con uno mismo fluye de las leyes fundamentales de lo real y de los valores. Así, la humildad cristiana no debe, absolutamente, ser confundida con una auto-depreciación de tipo masoquista, no obstante el despropósito corriente que así lo hace y al que no dejan de dar asidero ciertas obras de espiritualidad.

lla concepción no es casi más que "*una proyección de la moral hedonista sobre el plano de la biología*" [9].

El autor propone aquí reemplazar una dinámica de los instintos por una fenomenología de la captación de los valores vitales que se inspira en *Scheler*, pero rectificada por principios tomistas [10] sin negar de manera alguna la legitimidad y utilidad de una teoría de las facultades [11].

La tendencia a la afirmación del yo se encuentra limitada por la naturaleza, por nuestros semejantes, por las leyes morales, por la verdad objetiva (natural y sobrenatural) [12].

III. — LA VIDA PSIQUICA DE LA INFANCIA

Allers se niega a establecer una diferencia de naturaleza entre la psicología del niño y la del adulto. Se apoya, para hacerlo, en las obras de K. y Ch. *Buhler* [13], sin olvidar que *Adler* mismo explica el

9 Ibid., párrafo III, p. 17.

10 Ibid., p. 25.

11 *Allers*, "Evaluation" and the "Vis cogitativa", en "The New-Scholasticism", 1941. Desde un punto de vista diferente, pero complementario, el Dr. *Baruk* critica la concepción "cientista" y naturalista del hombre, mostrando que la conciencia moral, lejos de ser una elaboración artificial, forma parte de nuestra naturaleza espiritual y no podría ser negada sin mutilar al hombre verdadero" ("Psychiatrie morale, individuelle et sociale", Presses Universitaires, passim, en especial cap. V.

12 *Allers*, capítulo citado. Ver arriba nuestro cap. II, sobre el conflicto.

13 Cf. K. *Buhler*: "Die Geistige Entwicklung des Kinde" (Jena) y Ch. Buhler: "Kindheit und Jungend" (Leipzig). *Piaget mismo*, como *Levy-Bruhl*, ha terminado por renunciar a sus insostenibles concepciones: "Después de haber hecho todo lo posible por presentar el pensamiento del niño como diferente en naturaleza y no solamente en grado, *confesamos no saber ya lo que significan estas palabras*". ("Le Jugement moral chez l'enfant", citado por R. *Hubert* en "La Croissance mentale", t. I, VI, 2).

comportamiento del adulto y el del niño por el mismo esquema fundamental (oscilaciones entre afirmación del yo, sentimiento de inferioridad y sentimiento de comunidad). Aquí volvemos a encontrar los mejores temas adlerianos:

El niño es pequeño, no puede alcanzar aquello que quiere asir, es débil, no puede llevar o arrastrar aquello que quisiera. Los padres insisten, por otra parte (aunque sea con las mejores intenciones...), sobre sus deficiencias pueriles. Más grave aún: el niño se encuentra provisto de un conocimiento del mundo que es sumamente insuficiente en sí: el desarrollo de los fenómenos cósmicos, el comportamiento de los adultos, todo le desconcierta y le parece que se desenvuelve como lo haría para nosotros un "film" surrealista o un dibujo animado, en el cual no importa qué puede producir cualquier cosa. "Nunca se sabe lo que van a hacer los grandes", decía una niñita a *Allers*, y un niño de cinco años decía a su padre: "No te vayas, de repente podría ser Navidad..." [14]. El niño se ve reprendido por pecadillos cometidos ante extraños, cosa que no comprende. Como dice *Allers* con suave ironía: "Un comportamiento que es bueno para con el padre o la madre debería ser bueno, sin embargo, también para con los extraños..." [15]. Si se quiebra la voluntad del niño (es el objetivo supremo de más de un educador, desgraciadamente), carecerá ya de poder para el bien: se le habrá traumatizado y esterilizado [16].

14 *Allers*, op. laud., párrafo 5, pp. 30-35.
15 Ibid., p. 34.
16 P. 35-36.

Tanto más cuanto que el niño puede hallarse en desventaja a causa de varios factores, particularmente de naturaleza corporal, no porque éstos sean directamente corporales (salvo en los casos patológicos graves) sino en cuanto son traducidos psicológicamente, si así puede decirse, sobre el plano de la conciencia [17], es decir, como *ocasión* más bien que como *causa* en la acepción estricta de este término. Como hemos considerado este problema en el capítulo precedente a propósito de las causas de la neurosis, se nos permitirá no insistir ahora sobre él. El niño tratará entonces de sobrecompensar [18]. Todavía es menester que los que le rodean no agraven su situación mediante torpezas demasiado frecuentes, severidad o blandura excesivas. "*Nostra maxima culpa*", dice *Allers*. Muchos de los trastornos del carácter provienen de la situación del niño en la familia (varón o mujer, hijo mayor, menor o último, divorcio de los padres, etc.). Muchas cosas pueden explicarse así, comenzando por la enuresia, desesperación de médicos y padres... [19]. Allers hace un patético llamado a los padres y educadores, y no puede uno dejar de impresionarse aquí y en otros numerosos pasajes, por la bullente vitalidad de este pensador, por su inquietud frente a los estragos producidos todos los días por los errores del medio familiar. Ya decía *Kunkel* que los niños son

17 Párrafo 6, pp. 38-45, passim y "Medizinische Characterologie", así como "Psychologie und Psychiatrie" (artículo).

18 Párrafo 7, pp. 45-50.

19 Párrafo 8, pp. 50-55. Ver también cap. III, párrafo 4; cf. *Brachfeld*, op. cit., v. g., "Sentiments d'infériorité et constellation familiale" (pp. 147-155).

la bestia de carga de los complejos paternos, que sobre ellos van a desaguar los errores de juicio de aquellos cuya misión es formarlos. Quienquiera haya mirado un poco a su alrededor o en sí mismo no puede dejar de darle la razón. *Allers*, con ser hombre de doctrina y de tradición como pocos, yérguese enérgicamente contra la concepción autoritaria de la educación, y contra los sofismas invocados a favor de ella [20]. No se trata de domar fieras o de adiestrar perros, no lo olvidemos, sino de hacer madurar y florecer las personas que Dios nos ha confiado... Si un educador responde que, por lo menos, mediante esos métodos se tiene la seguridad de haber extirpado las malas inclinaciones, le responde *Allers* que ninguna ilusión es más ingenua que esa: el niño saldrá de su campo de experiencia, repleto de todas las desviaciones de carácter que se habrá desarrollado en él. A menudo obrará con astucia, y se hará un hipócrita; es todo lo que se habrá ganado. O sino, entonces, será como títere desarticulado, plegable en todo sentido y privado de carácter, en el sentido enérgico del término. No digamos tampoco: Enderecemos al niño y razonémosle a partir de los siete años (como personalmente lo hemos oído decir), porque lo esencial de la personalidad se forma muy temprano (*Adler* dice: hacia los 3 o 5 años). Debe tratarse de que el niño comprenda (en proporción a su desarrollo y a su capacidad) aquello que esperamos de él.

No le cuesta trabajo a *Allers* encontrar, en los santos pedagogos, textos muy favorables a su ma-

20 Párrafo 9, pp. 56-57.

nera de ver, y muy opuestos a esa especie de judaísmo que, con demasiada frecuencia, reina en los medios llamados "de principios" en el sentido peyorativo del término [21]. Escribe al respecto: "Se comete una injusticia con el niño si se le constriñe con restricciones demasiado severas y si se suprime su libertad —procedimiento inventado para la comodidad de los padres más que para el bien del niño— mas, se le daña también cuando se trata de ahorrarle toda "frustración", para emplear una palabra en boga en la psicología y pedagogía americana (Cf.: "The limitation of medical Psychology" en "Thought" de septiembre de 1942 y "The rôle of Reason in the Formation of Character with special reference to adolescence mind", extracto de "Le Maître et l'Elève", Montreal - "Ideas, Ideals, and Idols" capítulo 46 en "Conflicts of Power in Modern culture", etc...). Frustración quiere decir negativa de satisfacción inmediata y primitiva. Fácilmente se ve en ello la influencia de las doctrinas freudianas. "Es un verdadero contrasentido: querer por una parte preparar al niño para la realidad y para la vida de adulto, y, por otra parte, impedirle que conozca el hecho fundamental de las limitaciones y de los obstáculos que el hombre encuentra en todas partes. El absurdo miedo a las frustraciones hace que el niño no aprenda, a su debido tiempo, que sus deseos están necesariamente limitados o restringidos por los derechos de los demás. Los hombres han perdido toda idea exacta acerca de lo que es la libertad. Para ellos es, más bien, la licencia. Nada

21 P. 62.

saben de la existencia de las obligaciones y no hablan más que de derechos. Desde el *Bill of Rights* y la Declaración de los derechos del hombre, hanse leído innumerables libros, artículos y proclamas que subrayan los derechos, pero casi nada se ha leído sobre los deberes. Esta falsa interpretación de la "situación humana" júntase a la influencia de las ideas psicoanalíticas para producir un estado de cosas que no puede ser más deplorable". (Carta del 10 de enero de 1950).

La severidad excesiva es una exageración de la *distancia* (noción muy importante para *Adler* y su escuela). Revela, en suma, una *superestimación del educador por sí mismo* [22]. Es menester que los castigos sean proporcionados, no a la gravedad ontológica, o intrínseca, de las faltas cometidas por el niño, sino *a la idea que se forma de ellas.* Este principio elemental nos conduce, cuando se le desconoce, a desviaciones pedagógicas graves, como por ejemplo castigar la "mentira" del niño como si se tratara de una falta cometida por un adulto, cuando en realidad sus motivos a menudo son sumamente diferentes de lo que pensamos (¡y dichosos todavía si no castigamos más gravemente a un niño que ha roto un jarrón de alto precio que a aquel que ha roto, en las mismas condiciones, un objeto de valor mediocre!...). El niño, además, vive *en el presente:* olvida muy rápidamente el bien y el mal que ha hecho. Así, pues, es absolutamente pernicioso insistir y echarle en cara su falta durante días y semanas, haciendo así de él un reprobado habitual, y, según

22 Ver n. 20.

su temperamento, un desanimado o un rebelde rencoroso. Tampoco olvidemos de felicitarle cuando hace algo bien, y no imitemos a esos padres o educadores que sufren la aberración de creerse deshonrados si se les escapa una palabra de satisfacción o de aliento (so pretexto de que así el niño "no se relajará" o "hará mejor todavía..."). Allers insiste, en fin, sobre la absoluta *necesidad* de manifestar al niño la ternura que se le profesa. Hay que ser, sin duda, reservado, pero no estar obsesionado —como ciertos educadores medio jansenistas y medio freudianos.

El miedo, nos dice *Allers*, es más peligroso que la ternura en lo que concierne al despertar de la sensualidad: tiene él manifestaciones comunes con esta última, especialmente la congestión de las regiones abdominal y pelviana [23]. Será muy bueno pensar un poco más en ello cuando se use y abuse de amenazas para con los niños. También es preciso, dice *Allers*, recibir con benevolencia sus caricias, porque atribuyen a eso gran importancia, no teniendo —ellos que son pobres, es decir, gente que *nada* tienen de ellos— sino esta ofrenda para presentarnos [24]. ¿Cómo, entonces, pueden algunos padres (y conocemos tales) decir a un niñito que quiere besarlos: "Déjame tranquilo, me aburres", o cosas semejantes?...

No pudiendo dar satisfacción a las tendencias normales y profundas del niño, a su "sentimiento de comunidad", deberá esperarse ver nacer en él reac-

23 Ps. 70-71.

24 Párrafo 10, p. 75-86.

ciones indeseables. El individuo lesionado replegaráse sobre sí mismo, y se consolará, como en general lo hacen el pobre, el enfermo y el débil, con el ensueño, creándose un dominio para sí en el que reinará sin rival y sin disputa, en el que rehará el universo a su manera [25]. (Estas vistas no son desconocidas para nosotros, han sido expuestas a propósito de la neurosis en el capítulo precedente). La voluntad de comunidad debe ser estimulada, en principio por la familia. Si ésta es evidentemente deficiente, habrá interés en retirar de ella al niño. Esto no quiere decir que *Allers* quiera ni el más mínimo mal para la familia, sin duda alguna. Estima, por el contrario, que un medio familiar sano y recto *basta* al niño y que, en contra del parecer bastante difundido por la "nueva pedagogía", los grupos de niños organizados en "repúblicas" no son estrictamente necesarios [26]. Por otra parte, es preciso no olvidar que *Allers*, no obstante todas las quejas formuladas por él contra una concepción rutinaria de la educación, está lejos de ser un pesimista. ¿Acaso no exclama?: "Cuanto más decididamente optimista se muestre la ciencia aplicada, menos pasivamente resignada será, y su éxito será más grande" [27].

IV. — LA ADOLESCENCIA

Todos los seres humanos no son ciertamente idénticos al nacer, pero, sobre todo, será el medio lo

25 Párrafo 11, p. 86-93.

26 Párrafo 12, p. 99.

27 P. 107. — *Minkowski* considera, igualmente, que el optimismo terapéutico posee por sí mismo un valor terapéutico. ("La Schizophrénie", p. 258).

que los condicionará de tal o cual manera [28]. El factor más temible de la vida psíquica, en la adolescencia, es el *miedo*. Este es un signo de mala adaptación (efecto y causa a la vez). El explica la timidez, la mentira, la rebeldía, hasta el crimen infantil. Hasta puede servir para dominar o para manejar a los padres y a los educadores [29].

En el niñito, la mentira proviene de una indistinción (por lo menos relativa) entre el mundo real y las imágenes subjetivas, los recuerdos, etc. Lo que nosotros calificamos pomposamente de mentira a menudo no es más que fabulación de tipo onírico, sin más. Conociendo mal las leyes de la naturaleza, el niño carece de puntos de referencia para discernir lo verdadero de lo falso, lo real de lo imaginario. Agrégase a ello el gusto por la broma, una especie de humor mistificador que conocen bien aquellos que viven con niños adolescentes y los estudian de cerca. Hay que mencionar también el deseo de sondear la "omniciencia" paterna, de ver, permítasenos la expresión, lo que "prende" y lo que no "prende". En fin, el miedo y el repliegue sobre sí (evitar los castigos, no confesarse a sí mismo su nada). Igualmente, *Allers* cree sumamente poco en una disposición mitomaníaca constitucional: los factores adquiridos son para él lo esencial. A medida que el niño avanza en edad, un nuevo factor contribuye a incitarlo a la mentira, es el *atractivo de lo prohibido*, la idea de violar el código moral o de refundirlo a su

28 Cap. II de nuestra obra, sobre el papel de la herencia y del medio.
29 *Allers*, op. laud., cap. III, párrafo 2, p. 114-121.

manera ("*Eritis sicut dii*", también aquí, aunque de un modo más o menos velado)[30].

Esta propensión puede hacerse más vivaz y más activa según la situación familiar en que se encuentre colocado el niño. Cambio de escuela o de región; nacimiento de hermanos y hermanas, etc...[31]. *Allers* reajusta aquí la psicología adleriana del hijo único[32]. Pero, en una familia de varios hijos, el papel del mayor no lleva consigo sino ventajas: el niño corre riesgo de estar en desnivel, en falso, investido por los padres de una apariencia de autoridad que éstos revocan y niegan en la práctica, tratándole de ordinario como niño que es. Pueden resultar de ello trastornos del carácter. Los niños mal "situados" a menudo llegan a una actitud negativa para con los demás, al comadreo, a la delación. Su evolución, como —por lo demás— la de todo ser humano, sobre todo joven, es guiada en gran parte por un "ideal de carácter" que se han propuesto, más o menos conscientemente.

V. — EL IDEAL DE CARACTER

El ideal que se asigna cada uno puede ser enfocado de dos maneras, según se le considere como pudiendo ser alcanzado, o como absolutamente inaccesible. Este segundo aspecto de la alternativa puede, a su vez, dividirse en dos modalidades, sea que se estime uno fundamentalmente capaz de alcanzar el ideal, pero accidentalmente impedido por

30 Párrafo 3, p. 121-131.

31 Párrafo 4, p. 131-146.

32 P. 134-140, cf. nota 19.

nuestra cobardía, o por otro... o que, por lo contrario, uno lo estime francamente bueno para los demás, pero no para sí mismo [33].

El ideal considerado como inaccesible no podría ser *verdaderamente* querido, la actitud contraria sería sello de artificialidad neurótica, noción de que hablamos en el capítulo precedente. En el fondo, es el sentimiento de inferioridad el que nos incita a este divorcio entre ideal y realidad. No olvidemos el papel que desempeñan las dificultades familiares, y la estimación más o menos objetiva del papel de los padres [34]. Una madre autoritaria puede engendrar un temor a las mujeres que puede llegar hasta la homosexualidad (por lo menos en estado de tendencia) [35]. Puede existir conflicto, no sólo entre el ideal que nos proponemos y la realidad comprobada, que no siempre le corresponde, sino también entre dos ideales, dos finalidades "sobre-impresas" (superpuestas) si así pudiera decirse. Así, conviene —declara *Allers* con buen sentido— proponer a la gente sólo ideales elevados sin duda, pero proporcionados a su tipo de vida y a su vocación. (No se pone como ejemplo los estilitas a un carnicero). Es-

33 Cap. IV, párrafo I, p. 153-154. Ver también: "Ideas, Ideals and Idols" ("Conflicts of Power in modern culture", cap. 46).

34 Párrafo 3, p. 156-163.

35 Sobre el problema de la homosexualidad, se leerá con fruto a *O. Brachfeld*, op. cit., "Sentiment d'infériorité et vie sexuelle", p. 226-248, donde se refutan las concepciones fatalistas y materialistas de la inversión. El caso de André *Gide* es allí especialmente considerado con decencia y claridad. Se ve muy nítidamente que lejos de ser víctima de una "fatalidad fisiológica", como lo pretende él en su correspondencia con *Claudel*, y como ha tratado de justificarse por ello en el ignoble "Corydon", este escritor vive su afectividad falseada por su madre y por el tipo de educación que le fué infligido. (Cf. p. 242-243).

to no quiere decir que haya que tender a resultados mediocres: Nunca puede decirse que alguien haya desarrollado todo aquello de que es capaz. A menudo, es sólo nuestra rutina, nuestra idea preestablecida de Pedro o Pablo, sin hablar de nuestra malevolencia, que nos hace juzgar de modo derrotista [36]. Ciertos seres de elección mueren jóvenes habiendo agotado todas sus potencialidades y cumplido ya su destino. Así *San Juan Berchmans, San Luis Gonzaga, San Gerardo Majella, Santa Teresa de Lisieux.* Pero ellos constituyen una excepción de la que no podemos prevalernos. Es menester, sobre todo, buscar nuestra perfección espiritual pensando en la gloria de Dios, no de manera egocéntrica, y procurar lo mismo para aquellos que nos ha confiado la Providencia...

Es preciso evitar, sobre todo, que el niño fije sus miradas en falsos "valores": A menudo hemos sido engañados, hasta en ambiente calificado de cristiano, por la mentalidad antigua y pagana, en la que el "heroísmo" desempeña un papel capital, sean cuales fueren el clima moral y las consecuencias para los demás. El mito del "bandido bueno" es característico al respecto, y sólo Dios sabe qué lugar ocupa en las muchedumbres y en las historietas gráficas para niños [37]. Además, este heroísmo, aunque sea puro desde el punto de vista ético, nos podría hacer correr el riesgo, buscándole sistemáticamente, de extraviarnos una vez más: *Allers* comprueba, no

36 *Allers*, párrafo 5 ,p. 171-180.

37 Ver P. *Lasserre*: "Le Romantisme français", edición 1908 (Mercure de France), por ej., p. 196-223 (texto excelente y apto para curar de empachos al lector honesto y objetivo).

sin ironía, que generalmente entre las personas poco reflexivas y que ni soñaban con ser héroes es donde se encuentra a los héroes verdaderos, mientras que la preparación intensiva y la cultura en "vaso cerrado" de los sentimientos heroicos constituye un medio excelente para dispensarse de cumplir las humildes y cansadoras tareas cotidianas. Es menester, y suficiente, para ser virtualmente un héroe, *atenerse a una causa o a una idea más que a sí mismo*... No olvidemos que hasta el apetito de martirio puede ocultar muchas debilidades morales (entre los indios, el hombre incapaz de tomar parte en la guerra se dedicaba a padecer torturas con braveza, para probar que a pesar de todo era bueno para algo...) [38].

La lección que se desprende, es que todo se reduce al conflicto entre el orgullo y la verdadera humildad (que no es una auto-depreciación masoquista). Aquí, también, habrá de decirse: "Una vida católica, basada en principios católicos, puede resolver la antítesis de nuestro ser y proporcionar una solución de la tensión" [39].

---

38 Párrafo 6, p. 180-190. Es de gran importancia no estar en error acerca de la verdadera doctrina católica del martirio, bastante alejada del romanticismo que reina en ciertos ambientes que se creen ortodoxos. La Iglesia condena dos excesos simétricos: uno, que rechaza el martirio categóricamente (cf. El islam, que admite la apostasía externa: "Dios prefiere la tinta de los sabios a la sangre de los mártires"); el otro, que pretende que el martirio es la vocación obligada de todo cristiano (herejía montanista).

39 *Allers*, op. laud., párrafo II, p. 208.

VI. — CARACTEROLOGIA DE LOS SEXOS [40]

Es más difícil de lo que comúnmente se cree decir con precisión en qué difieren la mentalidad masculina y la mentalidad femenina. Se habla de psicología de la primera infancia, pero ésta está llena de errores de retrospección, por el hecho de que nosotros interpretamos con demasiada facilidad en función de nuestro espíritu de adultos cosas que, para el niño, tienen un sentido totalmente diverso. (Es esto el horaiomorfismo" de que hablamos a propósito de la sexualidad infantil, en el capítulo I). Por otra parte, se tiene tendencia a considerar como innatos aquellos rasgos de carácter masculino o femenino que resultan de la diferencia establecida por la sociedad en las condiciones de vida de los dos sexos. A este respecto, *Allers*, fiel al espíritu y al método de los adlerianos, se propone no atribuir a la innatividad anátomo-fisiológica *sino sólo* aquello para cuya inteligibilidad son insuficientes los factores exógenos.

A menudo se falsea el problema por el solo hecho de ser hombre o mujer quien escribe sobre estas cuestiones. (Un autor llega a decir que la mujer está "bajo lo normal" en ciertas mensuraciones concernientes a la acuidad sensorial, porque su acuidad no es idéntica a la del hombre...). Primera comprobación: la niña es, con frecuencia, depreciada con relación al varón, o por lo menos lo ha sido hasta ahora. Un amigo de *Allers*, interrogado con oca-

40 Cap. V entero, o sea p. 210-250.

sión de un reciente nacimiento en su familia, respondió buenamente: "*No es más* que una niña". La expresión es elocuente... La niñita ve a su madre en situación a menudo inferior a la del hombre (sobre todo en las clases pobres), confinada a tareas sin brillo, mientras el padre sale, posee dinero libre, goza de mayor prestigio, etc... Cuídase más, generalmente, el porvenir del muchacho que el de la hija (preparación para un oficio, instrucción más fomentada, etc.). De ahí una tendencia a los sentimientos de inferioridad, muy difundida, nos decía *Allers*, en las mujeres, y que tal o cual manifestación de coquetería o jactancia compensadora no deben ocultarnos.

Y sin embargo esta depreciación del sexo femenino es absurda, carece de fundamento, dice *Allers*, vigorosamente feminista en el buen sentido del término: ¿Sexo débil? Pero si la mujer resiste mejor que el hombre las enfermedades infecciosas y el contagio. Muere generalmente de mayor edad que el hombre. Entre los niños, la mortalidad de los varones es mayor que la de las mujeres. En cuanto a la resistencia al dolor, ninguna lección deben recibir las mujeres del término medio de los hombres: ella soporta las cargas de la maternidad, que son crueles; se prodiga sin medida en pro de las causas políticas o religiosas a las que se adhiere. Cuida a los enfermos mejor que el hombre. En lo relativo al vigor físico, tal vez debiéramos revisar un poco los clisés en uso; veríase, entonces, cuán gran número de mujeres son buenas agricultoras, y hasta (por chocante que ello sea en un sentido) buenísimos soldados. Nos enseña la historia a este respecto, con las

cultivadoras polacas y los batallones de amazonas del Dahomey, de China o de Rusia. Moralmente hablando, a pesar de las misoginias de temperamento (¡o de actitud!) tan numerosas en nuestro país, la mujer se sacrifica más fácilmente en sus tareas habituales, que el hombre. De tal modo, que *Allers* no titubea en decir que hay más mujeres buenas que hombres buenos, globalmente hablando. (Tanto peor para el lector varón...).

Una cuestión interesante es la relativa a la comparación entre las aptitudes intelectuales del hombre y las de la mujer. Aquí los depreciadores de la mujer triunfan de antemano, para ellos la partida está ganada.

Sin embargo, también en esto habría que moderar un poco su entusiasmo. En primer lugar, hay, en conjunto, menos mujeres que hombres en vías de estudio... El factor anatómico (cerebral) es muy difícil de interpretar. Además, el acabalamiento intelectual requiere una cierta confianza en uno mismo. Pues bien, hemos visto que a menudo la mujer se encontraba disminuída a este respecto por razones sociológicas. La prueba de ello está en que, en nuestros días en que el prejuicio misógino decrece, hay más mujeres intelectuales de valor que antaño. Los resultados de los exámenes y concursos lo demuestran. Asimismo, no hay que olvidar el papel de las mujeres que fueron colaboradoras o sostén de sus maridos, y cuyo humilde papel, por eficaz que haya sido, corre gran riesgo de pasar inadvertido. Queda por aducir la esterilidad de la mujer en materia artística (buena ejecutante, pero ninguna compositora, o casi ninguna). Allers parece aquí un po-

co incomodado e invoca la falta de confianza en sí, ya mencionada más arriba. La cosa podría ser discutida. En lo que concierne a la capacidad de alta abstracción, por ejemplo en materia filosófica, *Allers* hace notar justamente que las mujeres son capaces de razonar y de "silogizar" tan bien como los hombres. Pero su gusto por las ideas abstractas es generalmente menos vivo. (Corresponde al lector decir si es un bien o un mal...). Son más bien buenas discípulas que creadoras.

Falta todavía por considerar una cuestión interesante relativa al papel que desempeña la afectividad en la mujer y en el hombre. En esto, también, ciertos juicios deberían ser revisados. Sin duda, dice *Allers* que la niña o la mujer inducida a la sexualidad llega fácilmente a no interesarse ya en otra cosa, mientras que el muchacho o el hombre pueden hacer coexistir la desvergüenza con preocupaciones políticas, filosóficas, deportivas, etc... Pero no hay que establecer barrera demasiado alta entre las reacciones de los dos sexos desde el punto de vista sentimental. Por supuesto que la mujer es, término medio, más sensible y más intuitivamente reactiva que el hombre. Con todo, *Allers* critica al holandés *Heymans* (cuya obra alaba por otra parte) a causa del lugar en que coloca la emotividad femenina. *Heymans* estima que la mujer es *constitucionalmente* emotiva, y que su timidez y su "miedo" de ahí provienen. Según *Allers*, lo contrario es lo verdadero: Porque la mujer tiene "miedo", en el sentido general que hemos definido precedentemente, ella reacciona de manera emotiva. Puede verificarse el carácter exógeno de esas reacciones, dice *Allers*, com-

parando el comportamiento de la mujer con el de ciertos hombres, de ningún modo invertidos por cierto, pero que presentan rasgos de carácter femenino: se trata frecuentemente de personas cuya vida ha sido dura y ha sufrido catástrofe ("catastrofeada"), de donde proviene un doblegamiento de la confianza en ellos mismos. Mientras que una mujer colocada en condiciones de vida que son comúnmente las del sexo masculino, adquirirá un giro de espíritu masculino.

Cualesquiera que sean las reacciones afectivas que se tenga derecho a prever de parte del lector frente a las posiciones allersianas, no se podrá negar la utilidad de esta contribución a la caracterología de los sexos...

VII. — ADOLESCENCIA, PUBERTAD Y PROBLEMA DE LOS SEXOS

Volvemos a encontrar aquí un conjunto de cuestiones ya consideradas en el capítulo primero, pero que nos falta examinar de un modo más práctico y más utilitario.

La civilización actual hace cada vez más difícil una buena evolución física, mental y moral de la adolescencia. El hombre moderno pierde (o más bien: ha perdido ya hace mucho tiempo) el sentido de los valores fundamentales [41]. Está sin espina dorsal *(without blaskbone)*, nos dice *Allers*, aun entre los que, por su profesión o estado de vida, tendrían la misión de indicar el camino a los demás...

41 Cap. VI, párrafo I, p. 251-253.

De ordinario se atribuye un papel absolutamente esencial al factor sexual, en la evolución psíquica de la adolescencia. Ahora bien, si este factor es, en efecto, capital a su manera, no habría sin embargo que asignarle un lugar exorbitante, como lo hacen muchos pedagogos modernos, más o menos inspirados en el freudismo. *Allers* hace notar que los eunucos adultos han sufrido una evolución psíquica a pesar de su carencia corporal. En realidad, se trata de una inquietud *general* del adolescente ante el universo, que se concreta particularmente en el plano sexual. Sería absolutamente vano reducirla a un acceso morfológico y funcional de origen hormonal [42]. Es deplorable que los jóvenes se encuentren, en una época crucial de su vida, en internados, de los que *Allers* no piensa nada bien. El contacto con otros es más difícil que nunca en este período de la vida, y muchos dramas secretos podrán desanimar al adolescente. Guardémonos de creer que él es mal alumno porque es mentiroso, taimado, perezoso, etc... En realidad, lo contrario es lo verdadero: Estos defectos son reacciones contra su desaliento escolar. De ahí la necesidad de prodigarle estímulos, de ayudarle a tener un poco de confianza en sí. Esta idea —adleriana en el fondo— es importantísima. Gran número de educadores se creen encargados de persuadir al niño o al adolescente de que es un imbécil y un incapaz, para "tener a raya su jactancia y su suficiencia". El resultado obtenido corre el riesgo de ser peor que el mal, tanto más cuanto que a menudo el sujeto jactancioso e insolente no es más que

42 Cap. VI, párrafo 2, p. 253-257.

un desanimado que fanfarronea, como se silba de noche en el bosque para ocultar que se tiene miedo... Lo mismo en los niños llamados "débiles" o "degenerados", los estímulos bien administrados a menudo resultan eficaces; no lo olvidemos. Las modificaciones que intervienen en el psiquismo en la época de la adolescencia son mucho más que epifenómenos de la evolución corporal. Resultan de la ruptura con el cuadro pueril del mundo, que hasta entonces aseguraba una cierta estabilidad, una cierta seguridad al ser humano. Es todo el sistema del mundo, más o menos implícito, toda la "Weltanschauung" la que entonces se pone en tela de juicio [43]. Las reacciones fisiológicas de la pubertad acentúan aun más el sentimiento de inseguridad (relación entre la "vital consciousness" y los pensamientos, por ende inquietud. Compárense las aserciones de *Allers* precedentemente analizadas a propósito del papel que desempeña el cuerpo en la génesis de la neurosis). Necesitan entonces los educadores mucha paciencia y comprensión, y no una actitud de Cancerbero o de Padre Fouettard (adoptada, por desgracia, con excesiva frecuencia... "Es preciso domarlo o domarla", etc.). No debemos ocultarnos que la arrogancia del adolescente es una reacción compensadora contra las hesitaciones que experimenta ante el mundo y la sociedad (y ante él mismo sobre todo...). La importancia de las crisis de contenido religioso es entonces muy grande, y frecuentemente comprobada. El adolescente experi-

43 Párrafos 3, 4 y 5; cf. p. 257, 266, 268, 274 y el estudio "The rôle of reason in the formation of character with special reference to adolescence mind" (Montreal).

menta su soledad frente al mundo. (Volvemos a encontrar aquí el "conflicto metafísico" del capítulo precedente). ¿Cómo saldrá de ella sin la ayuda y la confianza de la sociedad? Comprendemos entonces fácilmente por qué el adolescente oscila entre un escepticismo estéril y una tendencia molesta al simplismo tajante (que no es más que una caricatura del verdadero y saludable dogmatismo metafísico).

Allers comienza formulando, con motivo del factor sexual, una advertencia que es, según nosotros, de una importancia absolutamente capital, aunque sea cotidianamente desconocida aun en ambientes católicos: *No existe pedagogía sexual distinta.* Entendemos por ello, no ciertamente que no se deba vivir honestamente en la presencia de los niños ni que no se deba llevarlos a preguntar al adulto con confianza en esta materia, sino que entendemos que es quimérico y peligroso querer considerar, teórica y prácticamente, el factor sexual *aislado.* Este es sólo un elemento, importante, es cierto, pero no único, ni siquiera fundamental y determinante del comportamiento humano [44]: "Si consideramos la actitud general de una persona y los principios fundamentales que gobiernan su vida, como algo análogo a un plan trazado... se puede decir que *todo ser humano posee una sexualidad apropiada a su esquema.* Esto implica que (subrayado por el autor) el comportamiento sexual de alguien *de ninguna manera está fijado de modo inmutable,* sino que puede ser transformado correlativamente al cambio de

44 Párrafo 7, p. 278-279. Ver también "Sex Psychology in Education" (Raemer, St. Louis).

su disposición de *conjunto*" [45]. No hay, pues, que envenenar la vida del adolescente (ni la del educador...) con una lucha obsesionante contra la sexualidad, sino que se debe formar el conjunto, la línea *general* del carácter, mediante una actitud *objetiva*, honesta, simple, llena de confianza, frente al destino humano. El resto vendrá por añadidura (siempre que, evidentemente, se adopten las precauciones requeridas por el régimen de vida: higiene, lecturas, etc.). Porque la sexualidad, según el genial descubrimiento psicológico de *Adler*, es un *medio* de expresión, un terreno de manifestaciones, para algo *más* profundo: la actitud del hombre frente a la vida. (Noción de "lenguaje" o "charla de los órganos" [46].

Allers no niega, de manera alguna (se lo impide su experiencia profesional) la existencia de conflictos sexuales graves en la adolescencia. Solamente no quiere que perdamos nuestra sangre fría frente a ellos (que es lo que le sucede a más de un educador), no quiere que nos engañemos acerca de su verdadero significado. Si queremos *comprender* bien primero, con serenidad, aquello de que se trata, ve-

45 Ibid., p. 283. A menudo hemos comprobado cuán difícil es hacer admitir esto en ciertos medios imbuídos de freudismo. Curiosa ironía, no solamente el freudismo no debe luchar contra prevenciones que se supondría debería encontrar, sino que, además, goza de favor anticipado en muchos, a causa de la "mirada de abajo" tan justamente estigmatizada por *Allers*. Además, ciertos sujetos humanos son de tipo genital, es decir, que todas sus reacciones se traducen mediante fenómenos específicos más o menos acentuados. *Adler* hace notar que es muy difícil hacer comprender los errores de *Freud* a personas que *creen experimentar* aquello que está bien fundado ("Le Temperament nerveux", p. 326, n. 1).

46 Sobre esta noción, cf. por ej., *Adler*, op. cit., p. 153-161 y 240, y *Allers*, id., p. 281-282.

remos que un cierto optimismo nos es permitido, porque los traspiés sexuales de la adolescencia pueden mantenerse dentro de límites que no afectarán gravemente la evolución psíquica del individuo. Existe, en todos nosotros, en cuanto somos seres imperfectos y caídos, un atractivo por lo que está prohibido. Ahora bien, el dominio de la sexualidad presenta cabalmente el carácter prohibido e inquietante que es el más apto para tentar las curiosidades adolescentes. Sobre todo si la educación ha consistido en gran parte, sobre este punto, en interdicciones, amenazas, declamaciones y procederes misteriosos. El niño que se hace adolescente, y que se encuentra más o menos en desnivel con relación a su medio, se inclinará a las infracciones de la moral aprendida, en un terreno que, evidentemente, ofrece compensaciones hedónicas, y carece de consecuencias sociales directas (a diferencia del robo, etc.).

El aspecto "rebelión" es tan manifiesto en ciertas faltas sexuales clásicas de la adolescencia, que ciertos sujetos que a ellas se dedican confiesan a veces no encontrar en ellas sino satisfacciones pobres y engañosas, pero que tienen la ventaja de desafiar las ideas aceptadas a su alrededor. De hecho, fantasías imaginativas de triunfo, de grandeza, de poderío, júntanse a menudo en el adolescente de los dos sexos para esta actividad, todavía infantil en algunos de sus aspectos.

El enlace entre esos actos y los defectos del carácter constituye el objeto de numerosas comprobaciones: el sujeto se vuelve moroso, pesimista, agresivo, indiferente a los valores habituales. Pero, *se comete el error de desconocer aquí también la verdadera*

relación de causa a efecto, que no es lo que se supone: El adolescente no es "difícil" *a causa* de las faltas solitarias, sino que éstas son, *como la dificultad del carácter*, el efecto de algo más profundo, más radical: el *desaliento* frente a un universo y una comunidad social en la que el sujeto no sabe ya bien lo que debe pensar y aquello que está llamado a hacer. Se ve, entonces, el carácter criminal e imbécil —hay que decir las cosas como son— de una actitud que todavía no ha desaparecido de los círculos educacionales, y que consiste en creer que hay que aterrorizar al adolescente con las consecuencias de sus prácticas. Fuera de que tal procedimiento es profundamente *inmoral* en sí, pues inspira no el aborrecimiento del pecado como desorden en sí, sino el miedo a las consecuencias materiales más groseras del mal moral, obtiene como resultado enloquecer al infeliz así "educado", y aumentar por tanto (ningún educador sensato: padre de familia, sacerdote, etc.... nos contradirá en esto) la frecuencia de sus faltas y la dificultad de salir de ellas...

Si, en efecto, esas deficiencias morales son en base a desaliento e inquietud, cuanto más se inquiete al sujeto más se le empujará en un sentido agravante. Es de buen sentido elemental... pero el buen sentido, desgraciadamente, es la cualidad de que carecen precisamente en gran número aquellos que tienen la misión de educar a los demás. Lo más triste del asunto es que, por lamentables que sean esas prácticas sexuales, no tienen por resultado (a menos que alcancen un ritmo demasiado considerable) las catástrofes que se les imputa. Tenemos especial interés en transcribir aquí, escribiendo en cris-

tiano, sobre un autor cristiano, y sobre todo para lectores cristianos, un pasaje característico de *Allers:*

"Se sabe desde hace tiempo que la aserción según la cual la salud se compromete por tales prácticas es *enteramente falsa* (subrayado en el texto). Esta idea es una supervivencia que proviene de un período perimido de la ciencia médica, y ha nacido de observaciones inadecuadas y mal comprendidas, así como de varios prejuicios que no resisten al examen. (Lo que sigue ha sido subrayado por el autor.) *Ha llegado el tiempo de desterrar de la literatura educativa una enseñanza tan falsa, y de apartar con el pie los diversos escritos "populares" sobre la cuestión*" [47]. Hay que agradecer a Rudolf *Allers* que se exprese tan claramente. Gracias a Dios, esta reacción se ha extendido ahora en el mundo médico, aun católico. Pero no se puede pensar sin estremecerse en las generaciones de adolescentes que se ha

47 P. 291. No olvidemos que la medicina clásica estuvo mucho tiempo dominada por las extravagantes cogitaciones del médico suizo *Tissot*, seguido por otra parte en lo esencial por católicos como *Debrenne* y *Surbled*. Se atribuía a las faltas solitarias un número increíble de enfermedades, más o menos mortales. Lucubraciones tales parecen hacerse para justificar las vistas de *Freud* sobre el enloquecimiento que se apodera del hombre frente a ciertos problemas, en virtud de prejuicios irracionales.

Esta "leyenda sombría" (Dr. *Hesnard*) se ha difundido y vulgarizado en innumerables folletos, tales como los inenarrables "Consejos de un padre de familia", que hemos visto, con pesar, citados elogiosamente en obras católicas. Sin duda, las faltas solitarias pueden ser vinculadas, en ciertas condiciones bien determinadas, con un trastorno psíquico, pero esto no implica de ninguna manera que quien haya cedido a ellas sea un psicópata o un neurótico...

Es mucho más útil para la educación de la pureza, subrayar vigorosa e inteligentemente el *valor* del ideal propuesto e invitarnos a poner nuestros ojos en un modelo enriquecedor. Es lo que decía muy bien el pedagogo *Foerster*: "*El núcleo, el sentido y la solución del problema sexual son captados más perfectamente tomando a la Santísima Virgen como punto de partida que consultando la fisiología*".

embrutecido (la palabra no es demasiado fuerte) mediante la amenaza de la tuberculosis, de la chochera, y de la locura a breve plazo. Si las predicciones no se han cumplido, han quedado en cambio los complejos psíquicos así producidos, ellos sí bien reales, y han producido muchos sufrimientos, que eran sin embargo evitables. Esto no quiere decir, entendámoslo bien, insistimos en ello, que la moral pueda amoldarse a faltas de este género. Estas son contrarias hasta a la ética natural, ello se comprende sin esfuerzo. No podríamos tolerar la actitud de los freudianos que consideran a estos actos como "normales" porque constituyen un estado, bastante corriente de hecho, de la evolución sexual del individuo. Hay un equívoco respecto de la palabra "normal": Algo muy difundido no es forzosamente normal por ese hecho, es decir conforme a la naturaleza de las cosas. En el caso ocurrente, no es conforme a la moralidad: su frecuencia nada le cambia. Por nuestra parte, bastante nos hemos escandalizado al oír a un médico freudiano (que salvo error, se dice cristiano) declarar ante un numeroso auditorio del Sudoeste que nada había que censurar a las faltas solitarias siempre que no excediesen una cierta frecuencia. Que se diga que no hay que enloquecer al delincuente, muy bien, y *Allers* insiste en ello bastante, lo hemos visto. Que se diga que fuera de ciertos casos extremos, un adolescente que comete esas faltas no es por ello forzosamente un "perverso" o un "desequilibrado", es del todo evidente. ¡Pero que no se diga que la cosa es *lícita*! Este aspecto de la cuestión concierne al moralista, y éste no puede dejar de comprobar aquí un radical desconocimiento de la

naturaleza y del papel del pecado: así como éste no es aborrecible en razón de sus *consecuencias temporales* (pues es *intrínsicamente* malo), así tampoco llega a ser bueno cuando no tiene tales consecuencias [48]. Todo lo que puede decirse, es que las condiciones concretas, subjetivas en las que ciertas de estas faltas son cometidas deben impedir a un espíritu recto que las agobie con anatema [49].

El narcisismo, cuyo importante papel se conoce en este dominio, no es primariamente sexual, como lo ha creído *Freud*, sino que expresa un egocentrismo, una adoración cuasi metafísica de sí mismo. Dos clases de niños y de adolescentes están predispuestos a él: los "sin alegría", aquellos a quienes se ha quebrantado y, en el extremo opuesto, los "mimados", los exigentes, que quieren satisfacciones a toda costa. Lo esencial aquí es, lo hemos dicho, una modificación de actitud ante la vida, no un análisis obsesionalmente sexual. *Allers* subraya los *numerosos* casos en que, *según su propia experiencia médica, "anomalías sexuales*, traducidas o no en acción, han desaparecido, en el curso de conversaciones terapéuticas (nótese la expresión) *aun cuando no habían sido mencionadas o lo habían sido poco.* Ellas

48 Cf. las sesudas observaciones hechas a este respecto por un eminente teólogo, el P. G. *De Broglie*, actualmente profesor en la Universidad gregoriana: "Malice intrinsèque du péché et péchés heureux par leurs conséquences" (*Recherches de Sciences religieuses*, junio de 1934 y números siguientes de la misma revista).

49 Sobre este tema se encontrará excelente lectura en el número de *Etudes Carmélitaines* de 1949 sobre "Trouble et Lumière", firmado por el P. *Philippe de la Trinité* ("Moralité objective et subjective", p. 57-65). Ciertos directores espirituales harán bien teniéndolo en cuenta...

eran sólo una forma, o una expresión, de la mala disposición que afectaba a *toda la persona*" [50].

No ha dejado *Allers* sin considerar un importante problema de la infancia delincuente: el del robo. Para los freudianos, el robo es el substituto de una falta sexual (del tipo estudiado aquí), o también, él incita y lleva a esa falta. Para *Allers*, el robo y la falta sexual no son sino *dos* expresiones de un *mismo* factor profundo: el desquite del individuo contra lo que le rodea y la sociedad, la tendencia a jugar al demiurgo. La falta sexual reemplaza a veces al robo, como un acto menos comprometedor y menos peligroso (pero también prohibido) reemplaza a otro [51].

Allers hace un llamado a los educadores para que realicen el inmenso esfuerzo que es indispensable para impedir que tantos niños y adolescentes sean "desesperados". La página que escribe sobre los suicidios de niños y adolescentes es una de las más *humanas* que un psiquíatra haya escrito sobre la cuestión.

VIII. — EL CONOCIMIENTO Y EL GOBIERNO DE SI MISMO

Para conducirse bien, hay que comenzar por conocerse bien, y esto es muy difícil. Sin duda, *Allers* está lejos de despreciar la introspección, con frecuencia se apoya en ella, pero conoce sus límites. Es menester escrutar nuestros objetivos, nuestra efecti-

50 *Allers*, op. laud., loc. cit., p. 296.

51 Cap. VIII, p. 306-309.

vidad, nuestras palabras, nuestra evolución y, sobre todo, *nuestra actitud de conjunto frente a la vida.*

No debemos ser ambiciosos, en el sentido peyorativo del término, lo cual no quiere decir que no debamos poner nuestra mira en superarnos al alcanzar ciertos fines. Se confunde a menudo acabalamiento (acabamiento o logro) de nosotros mismos y éxito... Ahora bien, el acabamiento verdadero, la realización de las potencialidades que son, por así decir, el contenido de nuestra vocación fundamental, de ningún modo es idéntico al éxito, es decir, a la consagración de nuestros talentos por los demás.

Muchos grandes hombres han sido radicalmente desconocidos por sus contemporáneos. El acabamiento no tiene necesidad de éxito, lleva en sí su recompensa ("He hecho lo que he podido"). Pero si aquellos mismos que admiten esta distinción en su significación especulativa raramente la *viven*, es porque, en un sentido, el deseo de un cierto éxito nos es natural. Ser reconocido por la comunidad humana satisface lo mejor y lo peor que hay en nosotros, la voluntad de poderío y las tendencias sociales más legítimas. Es preciso reconocer que en un cierto número de casos acabamiento y éxito se encubren. Nos queda por decir que el acabamiento, considerado en sí mismo, debe ser evaluado mediante criterios que tengan en cuenta las condiciones de vida individual, y no debe ser aplicado de manera "standardizada". (Ejemplo: un niñito que lleva un fardo muy pesado para él.)

Es, en verdad, lo que enseña la parábola evan-

gélica de los talentos... [52]. Debemos procurar incorporarnos a la sociedad humana, pero sin "conformismo", y sin olvidar que la caridad no es silencio ante el mal y el error. Y hasta hay personas cuya carga profesional, la vocación, es gritar cosas que a veces pueden herir. El mundo les reprochará su "falta de caridad", él que se entumece tan fácilmente en el mal. Sin embargo, si ellos no obedecen a móviles egocéntricos, con razón obrarán así [53]. Por otra parte, es difícil juzgarnos a nosotros mismos. Algunas personas, esforzándose en ello, corren riesgo de caer en el escrúpulo y en las ideas de inferioridad. Es menester ir hacia los valores mismos, sin cuidado inquieto egocéntrico de perfección, y hacerse ayudar para esto por un "*guía*" tal como lo enseña no sólo la tradición cristiana, sino también muchas civilizaciones orientales (India, China, Japón y hasta el Islam). Pero este guía no debe suplantar nuestra autonomía, sino enseñarnos a conducirnos, y a juzgarnos a nosotros mismos [54]. *Allers* considera que la psicopatología, y, en general, el médico, deben obrar una especie de simbiosis: no confundir sus actividades, sino sostener una con otra. No insistiremos más pues hemos considerado la cuestión en el capítulo precedente a propósito de la terapéutica allersiana [55]. Mu-

52 Cap. IV, párrafo 4, p. 163-171.

53 Cap. VII, párrafo 2, p. 341-342.

54 Párrafo 3, p. 344-347. El P. *Grandmaison* escribía muy bien: "Un buen director espiritual debe enseñar a prescindir de él; no se debe mantener a las almas en un estado de menoría espiritual, muy diferente, por cierto, del "espíritu de infancia". Este parecer, gracias a Dios, no es único. Más de un teólogo, y bien tradicional, piensa lo mismo.

55 *Allers*, cap. VII, párrafo 7, y el artículo de "Etudes Carmélitaines" sobre el mismo tema, citado en el capítulo precedente a propósito de la terapéutica allersiana.

cha razón tiene, pues, a nuestro sentir, de concluir así:

"Nosotros pensamos que hemos mostrado los límites de los medios humanos; y sostenemos que una psicología puramente naturalista... se estrellará si no se coordina con el conocimiento de los principios religiosos... Pensamos que la caracterología teórica y práctica aquí propuesta, no sólo no se opone al pensamiento y a la doctrina católica, sino que se basa en ella y la requiere para su acabamiento. En consecuencia, estimamos que muchas cosas que nos enseña la psicología reciente han sido conocidas desde hace mucho tiempo, y olvidadas solamente en parte. No sólo no hay conflicto entre la psicología moderna y la averiguación caracterológica (por una parte) y las verdades de la religión o los principios de la educación (por la otra), sino que, además, esas vistas convergen actualmente con la filosofía de la Iglesia" [56].

Al término de este estudio, recordemos lo que se ha dicho: No seamos cautivos del freudismo (capítulo I), ni del materialismo médico en el estudio de

---

56 P. 358-359 y 361. De antemano oímos el reproche de "concordismo" de los devotos exagerados. Pero, en primer lugar, se toma la palabra "concordismo" al revés. Este, en materia bíblica consistió no en interpretar la ciencia según la Biblia sino en interpretar la Biblia según la ciencia. Para no citar al lamentado P. *Descoqs* ("Autour de la Crise du Transformisme", Beauchesne, pp. 57, 58 y 59, n. 1) recurramos a un exégeta de la escuela amplia: "Después de haber querido reglamentar las ciencias según la Biblia (los exégetas) cayeron en un exceso opuesto: *interpretaron la Biblia según la ciencia. Esto fué el concordismo*" (*Coppens*: "Le Livre de la Genèse", cf. p. 44-45). Es muy claro. Los que merecen el calificativo de concordistas son pues, esencialmente, aquellos que retocan y recortan a su manera la enseñanza católica en función de las doctrinas que están de moda (evolucionismo integral, existencialismo, hegelianismo, marxismo, cientismo, freudismo...) y no aquellos que tratan honestamente de efectuar una síntesis *católica* de buena ley.

las perturbaciones neuropáticas (capítulo II). Antes bien, comprendamos que en el nudo mismo de nuestro destino es donde se plantea la cuestión, o el conflicto (*ibíd.*). Saquemos partido de estas comprobaciones para orientar a los demás, sobre todo a los jóvenes en busca de equilibrio (capítulo III), sin olvidar que nosotros mismos a menudo tenemos necesidad de tales enseñanzas [57].

Anhelamos no haber escrito en vano esta obra de iniciación en el pensamiento allersiano. Esperamos que llegue, en los medios más diversos, a suscitar reacciones que deseamos sean positivas y favorables aunque sea en parte...

57 Cf. las interesantes observaciones contenidas en el estudio de *Allers* titulado: "Some Remarks on the conditions of mutual cultural understanding" (extracto de "Approaches to group understanding").

INDICE

Introducción 7

CAPITULO I

LA CRITICA DEL FREUDISMO

La crítica del freudismo 13
I La filosofía freudiana 17
II Método Psicoanalítico y doctrina freudiana 26
III Los errores lógicos del Psicoanálisis 31
IV Teoría freudiana de la sexualidad 36
V Valor médico del Psicoanálisis 39
VI Balance del freudismo. "El error que logra éxito" 41
VII Psicoanálisis y educación 44
VIII Conclusión: advertencia a los católicos 47

CAPITULO II

LA NEUROSIS

La neurosis 51
I Neurosis y enfermedad 51
II El problema nosográfico *(clasificación)* 54
III Las causas de la neurosis *(problema etiológico)* 56
IV Conflicto y neurosis 63
V Santidad y neurosis 77
VI La terapéutica allersiana 90
VII Conclusión: Psicopatología y sistema del mundo 100

CAPITULO III

CARACTEROLOGIA Y EDUCACION

I Carácter y caracterología 103
II Factores fundamentales del carácter 105
III La vida Psíquica de la infancia 107
IV La adolescencia 114
V El ideal de carácter 116
VI Caracterología de los sexos 120
VII Adolescencia, pubertad y problema de los sexos 124
VIII El conocimiento y el gobierno de sí mismo 134

EL 13 DE JUNIO DE 1952
SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTA OBRA PARA
PLANTIN S. R. L.
BAJO SU DIRECCION Y CON TIPOGRAFIA PROPIA,
EN LOS TALLERES GRAFICOS BALMES,
RAUCH 1847,
BUENOS AIRES.